Bethany Bells

Las 3 normas del amor según LADY HELEN



Selecta

Las tres normas del amor según lady Helen

Bethany Bells

Selecta

Capítulo 1

Primavera de planes, castigos y caracoles franceses

Aquel día, lady Helen Bowler, hija mayor del marqués de Terrace, tenía trece años —«y medio», según solían apostillar su amiga Annabelle y ella— y se encontraba en la gran ventana del aula destinada a los niños de la familia, en Terrace House.

Era una habitación amplia, colorida y luminosa, decorada con dibujos alegres y grandes jarrones con flores. Estaba amueblada con unos pupitres de aire encantador, un piano de pared adornado con pinturas de rosas, una mesa para la profesora muy bonita y una gran pizarra en la pared del fondo.

El aula estaba situada en la planta baja del edificio y daba justo al enorme jardín trasero, al que habían salido más de una vez por la propia ventana de un salto para aterrizar blandamente en la hierba.

De hecho, era lo que le hubiera gustado poder hacer en ese momento a la joven lady Helen.

El jardín la llamaba, el sol, el suave sonido del viento agitando los parterres y las ramas de los árboles; los destellos de la luz en las

paredes de cristal del invernadero o el sonido de la gran fuente decorada con unas ninfas de piedra.

Pero allí estaba, prisionera como una princesa en su torre, con los codos apoyados en el alféizar y el mentón descansando sobre sus pequeñas manos, mientras sus grandes ojos violeta seguían continuamente el ir y venir de los criados que estaban preparando una zona del jardín para que sus señores tomaran el té.

Todo el que la miraba se decía que, algún día, se convertiría en una mujer preciosa, puesto que era una niña bellísima; y todo el que la conocía se preguntaba cómo alguien de rostro tan delicado y rasgos tan dulces, podía ser un diablillo semejante, capaz de las travesuras más descabelladas.

Ese día, su aspecto no podía ser más angelical, con su bonito vestido de muselina azul lleno de delicados bordados. Llevaba el cabello rubio, largo hasta la cintura, suelto en rizos gruesos y brillantes. Lo único que lo controlaba un poco era una cinta azul —del mismo tono del vestido— usada como diadema y cuya gran lazada ondeaba suavemente al viento.

Estaba muy hermosa, sin duda alguna, era una niña muy bella, y más cuando sonreía como en esos momentos, pensando en sus grandes planes para el verano.

A su lado, su amiga del alma, lady Annabelle Sanders —ambas habían nacido en otoño, con pocos días de diferencia, por lo que siempre celebraban sus cumpleaños juntas—, mostraba mucho menos entusiasmo.

—¡Qué bochorno! —exclamó, dándose aire con un ejemplar de *Line upon Line; or, a Second Series of the Earliest Religious Instruction*, la soporífera obra para jóvenes de Favell Lee Mortimer, famoso por su tono sombrío y nada entretenido. Annabelle, hija de los condes de Caltrey, unos buenos amigos de los marqueses, iba a

pasar el verano con ellas, mientras sus padres viajaban por toda Europa por unos asuntos diplomáticos de lord Caltrey—¡Creo que me voy a derretir!

—¿Y qué haremos con el charco? —replicó Helen, y las dos rieron.

Annabelle también era muy bonita, aunque, a diferencia de Helen, a ella sí le parecía importante cuidar el aspecto. Por eso llevaba el pelo castaño claro, casi del color de la miel iluminada por el sol, recogido en pulcras trenzas que luego había enroscado a los lados de la cabeza, y hasta las había adornado con algunos alfileres de cristal que simulaban formas de florecillas.

—Da igual —replicó, encogiéndose de hombros con ecuanimidad —. Lo poco que deje se secará enseguida.

Ciertamente, el verano parecía anunciarse con mucha antelación en Terrace House, una de esas mansiones blancas y solemnes, rodeada de jardines y custodiada por imponentes verjas de hierro forjado, como las que jalonaban todo el elegante y exclusivo Kensington Palace Gardens. Desde primera hora de la mañana había hecho mucho calor. Por eso, poco después del almuerzo, los grandes ventanales de la mansión seguían abiertos de par en par y dejaban escapar las notas alegres del piano que lady Lorna, de once años, tocaba a sus espaldas, con más entusiasmo que precisión.

A cambio, se colaban dentro las voces y los pasos apresurados de los criados, que resonaban sobre la grava de los senderos del jardín mientras iban de un lado a otro llevando cosas, preparando todo lo necesario para que los marqueses, las tres jovencitas y una tía abuela paterna que vivía con ellos —y con cuya herencia esperaban contar algún día—, tomaran más tarde el té bajo los árboles, en una zona cercana a la fuente, donde hacía más fresco.

Allí, gracias al perfume de los parterres de flores y el murmullo de las hojas de los robles, los plátanos, los castaños de indias, tilos y

olmos que crecían por todas partes, se estaba mucho mejor. De hecho, aunque todavía quedaba más de una hora para el té, la marquesa y la tía Gormlaith se habían sentado ya allí mismo, bajo el enorme roble de una de cuyas ramas colgaban los dos columpios de las niñas de la casa, unos asientos labrados con toda delicadeza con forma de partes traseras de cisnes y forrados con almohadones mullidos, rebosantes de lazos.

Los criados habían colocado allí un par de sillas cómodas y una mesita con una jarra de limonada fresca, y la marquesa y la tía Gormlaith charlaban a ratos, aunque era bien sabido que no se apreciaban demasiado.

Pero no podía negarse que el buen tiempo ponía incluso de excelente humor a la anciana, que hasta dejaba de quejarse de sus eternos dolores de rodillas… aunque no de todo lo demás.

Se acercaba el verano, sí, estaba ya en el aire. Y para las habitantes más jóvenes de Terrace House, aquel verano en concreto prometía ser aún más memorable que cualquier otro. Y no solo por el hecho de que lady Annabelle fuera a pasarlo con ellas. ¡Estaban tan felices haciendo planes! Se iban a divertir muchísimo durante las cuatro semanas que pasarían en el viejo *cottage* de los abuelos junto al Támesis, nadando y jugando a los piratas en botes de remos; y, luego, a su regreso, con la competición especial que se habían propuesto ese año: conquistar a lord Peter Swann.

Helen ardía en deseos de que llegase ese momento. ¡No había joven más apuesto que él! Alto, esbelto, gallardo, de pelo muy negro y ondulado, con unos increíbles ojos verdes y una sonrisa maravillosa. No sabían qué edad tenía —quizá catorce, quizá quince —, pero daba igual. Siendo tan atractivo, se le podría perdonar que fuera incluso un viejo de dieciséis.

Claro que no era de sorprender semejante físico, porque su padre,

el conde de Deelright, era con diferencia el hombre más agraciado de todo el vecindario —Helen tenía que admitirlo en su corazón, aunque jamás lo diría en voz alta, porque le parecía una traición contra su propio padre, al que adoraba y que no podía ser más guapo—. Lástima que también fuese uno de los más antipáticos.

Pero lord Peter no era así. Y ese año, Annabelle y ella —Lorna también quería, pero no iban a dejarla, porque era demasiado pequeña—, iban a disputarse su corazón.

¡Lo iban a enamorar!

Claro que, eso todavía estaba por llegar. Tendrían que esperar a volver del *cottage* y a que él regresase de Italia, donde iba a ir ese verano, como premio a sus buenas notas en Eton.

Como el conde de Deelright era tan desagradable, no había ningún trato entre vecinos. Lo poco que sabían era a través de Oliver, uno de los lacayos de Terrace House, que tenía también catorce años y en el año que llevaban sus vecinos allí, se habían hecho buenos amigos.

La puerta del aula se abrió a su espalda y Helen y Annabelle se volvieron hacia el interior, tras intercambiar una mirada resignada.

—¡Lady Lorna, deje de aporrear ese pobre piano ahora mismo! —ordenó la señora MacFadden, la institutriz en Terrace House desde que la anterior huyó tras quedar convencida de que había un fantasma en la casa, como había ocurrido ya con otras, antes—. Está claro que su educación musical ha sido dejada de lado de un modo lamentable. No sé si tendrá solución, pero ya nos ocuparemos de eso.

Lorna, que se había interrumpido bruscamente, la miró con ojos brillantes, pero apretó la boquita para no llorar y no dijo nada; tan solo se apartó del piano y fue hacia su pupitre con la cabeza baja. Helen frunció el ceño. Ojalá ya fuera mayor, muy mayor, y pudiera

despedir de un puntapié a brujas como aquella. ¿Cómo se atrevía a tratar así mal a nadie? Lorna no tocaba tan mal, y además le gustaba el piano, y MacFadden lo sabía. Decirle eso había sido una crueldad.

Deseó tirarle algo a la cabeza, pero no era el momento adecuado. Optó por ir arrastrando los pies hasta su pupitre, desde donde la miró implorante.

—Señora MacFadden, ¿no podríamos dejar hoy las clases de la tarde? —preguntó, quejumbrosa—. ¡Hace tanto calor que creo que voy a desmayarme!

—Y yo —asintió Annabelle.

—¡Y yo! —se apresuró a unirse Lorna.

La señora MacFadden las miró con enfado. Era una mujer severa, escocesa de nacimiento y con más arrugas en la frente que una sábana mal doblada —aunque había que admitir que tenía una cabellera envidiable, negra y brillante, siempre recogida pulcramente con el mismo moño de precisión milimétrica—, y que había demostrado ser una mujer dura y resistente.

En una casa en la que, por lo general, las institutrices apenas llegaban a permanecer seis meses, ella llevaba casi un año soportando a las tres muchachas. Y con grandes méritos. No había hecho ningún caso del fantasma de lady Theodosia —un recurso que siempre había funcionado muy bien— ni de las pistas que habían dejado con la idea de que pensase que había un peligroso espía extranjero haciéndose pasar por criado, o la historia de que rondaba por la zona un seductor malvado con preferencia por las institutrices.

Al margen de otras pequeñas trastadas, había sobrevivido a la broma del armario con ratones (culpa de Lorna), a la tetera de sopa (culpa de Annabelle) y a la soberbia ocasión en que Helen cambió las etiquetas de todos los tarros de su pequeña colección de tierras

del mundo, de tal manera que la pobre mujer ya no sabía si el contenido de aquel rotulado como «Francia» era en realidad de Italia o de España. ¡Qué decir de las arenas de desiertos!

Por eso estaban allí, precisamente. Las clases, por lo habitual, eran por las mañanas, pero los padres de Helen y Lorna habían estado de acuerdo con la señora MacFadden en que merecían un castigo severo por esa travesura, y lo habían dejado en sus manos. Desde entonces, cada tarde tenían una o dos horas de clase, y así seguirían hasta que ella decidiera lo contrario.

O, lo que era lo mismo, hasta que tuvieran edad suficiente como para poder saltar por la ventana y no volver jamás.

—No, lady Helen —replicó con la satisfacción que solía mostrar cuando les negaba algo. O cuando iba a torturarlas con algo—. Hoy estudiaremos francés. Y ya que tiene ganas de hablar, salga aquí. —«Oh, no», se dijo. Pocas cosas la aburrían tanto como el francés y todos sus malditos verbos. Bufó, pero se puso en pie y caminó con lentitud ceremoniosa hasta situarse frente al escritorio de la señora MacFadden. Qué remedio—. Y no bufe. No es propio de una joven dama.

—Mmm…

—Traducción al francés de la siguiente frase: «Mi tío compra un sombrero verde en la tienda del pueblo».

Helen giró los ojos con dramatismo, como si hubiera sido llamada a ejecutar una hazaña heroica, se colocó bien la cinta del pelo, carraspeó y dijo con solemnidad:

—Mon oncle achète un chapeau vert dans... la boutique de la boulangerie.

Se hizo un breve silencio. Lorna soltó un bufido apenas contenido y Annabelle bajó la cabeza, mordiéndose los labios para no estallar de risa.

—¿La panadería, lady Helen? —preguntó la señora MacFadden, burlona—. ¿De verdad su tío compra sus sombreros en la panadería?

—Bueno… —repuso Helen, sin perder la compostura—. Se trata de una panadería muy moderna.

—Ah, ya veo. ¿Y el sombrero es de harina, supongo? ¿O lo lleva puesto el panadero?

—Oh, no. ¡Lo hornean con el pan! Así sale bien caliente.

Annabelle se atragantó con la risa.

—Suficiente —gruñó la institutriz—. Vuelva a su sitio antes de que me enfade de verdad.

Helen estaba a punto de volver a su sitio, satisfecha con su actuación, cuando algo llamó su atención. Desde tan cerca, y con la luz que entraba a raudales por la ventana, se veía perfectamente: el peinado inmaculado de la señora MacFadden tenía aquel día una ligera inclinación hacia la izquierda. Y no solo eso. Ese cambio de posición había dejado a la vista una línea de piel algo más clara que el resto del rostro, apenas visible... pero lo suficiente para que Helen lo entendiese todo.

La cabellera negra y brillante de la institutriz… ¡era postiza!

¡Una peluca!

¡Todo ese esplendor era una farsa! El descubrimiento era tan extraordinario que casi se le escapó un grito de emoción y, por un instante, se quedó paralizada, con los ojos fijos en la línea traicionera. Imaginó, sin poder evitarlo, cómo sería verla sin ella: ¿tendría la cabeza pelada?

—¿Ocurre algo, lady Helen? —preguntó la institutriz, sin dejar de anotar cosas en su cuaderno con aire irritado, completamente ajena a lo que estaba ocurriendo en la cabeza de la niña.

—No, no…

Helen tragó saliva y volvió a su asiento sin dejar de mirar de reojo,

mordiéndose el interior de la mejilla para no reírse.

Annabelle la miró, extrañada por su expresión.

—¿Qué pasa? —susurró.

Helen abrió mucho los ojos y, sin decir palabra, hizo un leve gesto hacia la institutriz y luego se tiró de unos rizos del pelo. Annabelle frunció el ceño, sin entender nada, pero Helen ya había vuelto a clavar la vista al frente, con una media sonrisa traviesa en los labios y el corazón palpitando de emoción.

Acababa de descubrir un secreto. Y, en su mundo, eso era tanto como encontrar un tesoro. Claro que, no sabía bien cómo aprovecharlo, ni si podría hacerlo algún día… pero sería divertido contárselo a su hermana y su amiga en cuanto tuviera una oportunidad. O lo que era lo mismo, en cuanto acabaran las clases.

La señora MacFadden, aún con la peluca ligeramente torcida —aunque nadie más parecía haberse dado cuenta—, paseó la mirada por el aula hasta que se detuvo en Lorna. Sus labios se curvaron en una sonrisa helada.

—Lady Lorna, venga aquí —dijo en tono meloso, pero con el veneno resbalando por cada sílaba.

Lorna levantó la cabeza con un respingo. Se había distraído garabateando un gato en el margen de su cuaderno y seguro que hasta había olvidado que estaba en el aula. Miró a Helen con súplica muda, pero su hermana no pudo hacer más que devolverle una expresión de apoyo.

Lorna se acercó al escritorio de la institutriz con pasitos cortos, algo saltarines, abriendo y cerrando los dedos de las manos, como hacía cuando estaba nerviosa.

—Muy bien. Vamos a ver si al menos usted sabe decir algo en francés —dijo MacFadden con un suspiro exagerado, como si pidiese un imposible—. Traduzca: Perdón por haber martirizado el piano de

forma tan espantosa.

Helen y Annabelle se miraron, enojadas con la institutriz. Lorna tragó saliva y dijo con voz trémula:

—*Je m'… m'esc… escargot... d'avoir... martinisé... le piano... affreusement.*

Annabelle, que era la que mejor se defendía en francés, abrió los ojos como platos. Helen entendió algo respecto a un caracol y un piano, poco más. La señora MacFadden parpadeó despacio.

—Maravilloso. Acaba usted de disculparse por convertir al piano en un caracol asesinado con ginebra… o algo así, tampoco tengo muy claro si usted es el caracol, algo que no me sorprende, por lo lento que aprende. *Je m'excuse d'avoir martyrisé le piano si affreusement.* Eso es lo que debió decir. —Le arqueó una ceja, con desprecio y suficiencia—. Entre el piano y el francés, ¿hay alguna disciplina que no le dé lo mismo destrozar?

Lorna enrojeció hasta las orejas y bajó la mirada.

—Lo siento —susurró, al borde de las lágrimas.

—No me diga —replicó la institutriz, sin dejarse enternecer—. Vuelva a su asiento, lady Lorna. Y procure no causarle más sufrimiento al pobre instrumento. Ni a los que conviven con usted.

Lorna regresó a su pupitre con la cabeza gacha y Helen sintió cómo se le apretaban los puños en el regazo. Su madre decía que era muy impulsiva; su padre también, aunque en su caso la mimaba demasiado —al menos según la tía Gormlaith— y decía que su pequeña princesa mayor tenía mucha personalidad.

Helen se puso en pie de un brinco. No fue consciente de que iba a hacerlo hasta que ya estaba allí, expuesta. La señora MacFadden la miró ominosamente.

—¿Sí, lady Helen? —preguntó, como un gato relamiéndose. Claro, eso esperaba: una falta de respeto, algo con lo que poder aumentar

sus castigos o, incluso, dejarla sin vacaciones en el *cottage*. Pues le daba igual.

Las palabras rezumaron en su mente:

«Sí. Que es usted la mujer más malvada y cruel que he conocido. Se mete con una niña pequeña que no sabe defenderse. ¡Atrévase conmigo, vieja bruja!»

—Sí —dijo—. Que es…

Por suerte para ella, unos nudillos golpearon con suavidad en la puerta del aula.

—¿Señora MacFadden? —preguntó el señor Oaks, el ayudante de cámara del marqués. Sonrió, distorsionando el enorme bigote blanco, tan grande que podría haber sido usado como cepillo—. Sé que tiene clase, pero luego me será imposible… ¿Podríamos hablar un momento de esas revistas francesas que le mencioné? Si fuera tan amable de ayudarme a traducir alguno de sus artículos… —Le mostró unas cuantas publicaciones, revistas de moda de caballeros. Helen pudo ver varios títulos, como *La Revue de l'Homme Élégant*, *Le Journal des Tailleurs* y algún suplemento de *La Mode Illustrée*—. Las tengo aquí.

—Oh... Oh, por supuesto, señor Oaks —replicó la institutriz, retocándose coqueta el pelo. Entonces se dio cuenta de lo torcida que llevaba la peluca y la recolocó en un segundo, con mano experta. No se notó en absoluto, aunque enrojeció de un modo que podía pasar por rubor romántico—. Claro, entre... No hay problema, en realidad es una clase de castigo que puedo repartir en dos días. Bien puedo dedicarle una hora. Seguro que, con este calor, las niñas lo agradecen. —Miró a las tres jovencitas y sonrió magnánima. ¡Qué diferente se mostraba cuando estaba presente el señor Oaks!—. Miladies, vamos a retrasar un poco su clase. Por favor, salgan a jugar al jardín —señaló más allá de la ventana, al exterior— y estén a la

vista. Las avisaré cuando tengan que volver.

—Muy bien, señora MacFadden —dijo Annabelle, y Helen sintió que la tomaba de la mano, tratando de infundirle tranquilidad. Seguro que se daba cuenta de lo que le pasaba, de lo que había estado a punto de hacer. Todavía le costó un poco controlar el enfado.

Helen suspiró profundamente.

—Muy bien, señora MacFadden —dijo, educada, y le hizo un gesto con la cabeza al ayuda de cámara—. Señor Oaks...

Él hizo una reverencia al paso de las tres jovencitas.

—Miladies...

Salieron muy dignas, pero, en cuanto estuvieron en el pasillo, echaron a correr, no fuera a ser que aquella malvada mujer que tanto disfrutaba atormentando sus tiernas existencias, decidiera llamarlas con un grito y obligarlas a repetir un listado inmenso de palabras llenas de vocales acentuadas de mil modos que, en definitiva, ni siquiera llegaban a pronunciarse.

Capítulo 2

Osadías, venganzas y pesca de riesgo

—¡Tenemos una hora, como poco! —dijo Lorna con entusiasmo, al salir al jardín, dando saltitos—. ¡No me lo puedo creer, no me lo puedo creer! ¡La señora MacFadden demorando un castigo!

—¡Ha sido la magia del bigote del señor Oaks! —replicó Annabelle, riendo. Las dos se retorcieron de risa, divertidas por aquella relación otoñal. Al ver que Helen no reía, su amiga volvió a tomarla de la mano—. Venga, Helen, anímate.

—Es que, ha sido…

—No pasa nada, Helen —le dijo Lorna, y la abrazó con cariño—. No me ha importado.

«Pero a mí sí», quiso decir. A veces, Lorna era un incordio, sí, pero era su incordio. Helen rabiaba cuando Annabelle y ella querían hacer cosas de mayores y no podían, porque las obligaban a cargar con ella, pero era su hermana pequeña y era tan buena y frágil que apenas sabía defenderse.

Helen la quería mucho. Por eso estaba tan enfadada, pero no quería estropear su maravillosa hora de libertad cargada con

rencores, de modo que se conformó con darle unas palmaditas en la cabeza. Estaba en ello cuando vio a su madre y a tía Gormlaith a pocos metros. Su madre tenía un abanico en la mano y lady Gormlaith —a la que ellas tres llamaban la Gorgona del Tartán, en referencia a sus orígenes escoceses— mantenía una postura rígida y una expresión firme y seca que habría hecho temblar a un regimiento entero.

Las saludó —Lorna y Annabelle la imitaron al momento—, y ambas damas replicaron con un leve gesto de cabeza. Su madre les indicó que se acercasen. No les apetecía mucho, sobre todo por lady Gormlaith, que tenía el talento singular de congelar el aire en cuanto abría la boca.

Pero qué remedio. Fueron.

—¿Por qué no estáis en clase? —preguntó lady Beth, sorprendida.

Se puso en pie, alta y dorada como una diosa, una mujer bellísima y distinguida, con los grandes ojos violeta que ella había heredado. De pequeña, Helen pensaba que tenía sangre de hada, por una historia para niños que leyó, y aunque ya era muy mayor como para aquellos cuentos, a ratos seguía creyéndolo.

Lady Beth se acercó a Lorna con su caminar elegante para recolocarle mejor el lazo del pelo con un gesto cariñoso. También acarició la mejilla de Helen, y le dedicó una sonrisa, y esta pensó que nadie era tan hermosa ni olía tan bien como su madre.

Definitivamente, tenía sangre de hadas.

—La señora MacFadden nos ha dicho que saliéramos una hora —oyó decir a Lorna—. ¡Toda una hora!

—¿Sí? —Lady Beth sonrió, aunque Helen percibió que estaba algo suspicaz. No era de extrañar, teniendo en cuenta lo mal que se comportaban con las institutrices—. Creí que no os dejaría salir hasta la hora del té.

—Está traduciendo una cosa para el señor Oaks —le explicó Helen —. Tenía unas revistas francesas.

La marquesa asintió, con gesto de comprensión.

—Ah, ya… Debe ser por ese traje que quiere hacerse Walter para la semana que viene —le dijo a la tía Gormlaith —. El que vio en París.

La tía Gormlaith hizo un gesto de desdén.

—No sé qué tienen de malo los trajes ingleses —gruñó. Siempre gruñía. Y, por eso, las niñas la llamaban la Gorgona del Tartán—. Mi difunto Angus nunca hubiera tenido la ocurrencia de mirar revistas francesas para vestirse. Solo necesitaba su kilt.

Al decirlo, acarició la banda de tartán que siempre lucía sobre su eterno vestido de luto: un paño de lana fina en tonos oscuros, predominando el negro y el verde oscuro, con finas líneas rojas y azules que se cruzaban formando cuadros de tamaño mediano. Este diseño, propio del clan MacEòin, al que habían pertenecido su padre y su marido, combinaba la sobriedad del luto con el orgulloso recordatorio de su linaje.

Lady Beth, que sabía cómo llevarla, aprovechó el momento en que su tía tuvo que tomar aire para intervenir.

—Los tiempos cambian, tía Gormlaith. ¿Queréis beber algo? —preguntó a las niñas, seguro que para poder cortar una conversación que amenazaba con convertirse en uno de los largos monólogos de su tía—. ¿Una limonada?

Bebieron unos vasos que les llevó Oliver, el nieto mayor del señor Cartwright, el mayordomo, que ya trabajaba como lacayo —aunque también estudiaba, porque tenía otras aspiraciones en la vida, como decían todos—, y luego se excusaron, porque tenían que estar frente a la ventana del aula para que la institutriz pudiera llamarlas llegado el momento.

—Portaos bien —advirtió su madre—. Os estaré vigilando desde aquí.

—Ilusa, eres una ilusa, Bethany. Como si eso sirviera de algo —oyó gruñir a la tía Gormlaith mientras se iban—. Te he dicho mil veces que hay que enviarlas a un internado donde les impongan la debida disciplina, sobre todo a Helen, que se está convirtiendo en un auténtico peligro. ¡Esa niña tiene el diablo en el cuerpo! ¿Cuántas institutrices se han ido ya este año? ¿Tres? Y no digamos las del anterior… Y ella es la cabecilla, aunque las tres son culpables.

Helen, Annabelle y Lorna intercambiaron unas miradas de alarma y se alejaron de allí a paso rápido, no fuera a caerles otro rapapolvo. Hubieran deseado poder alejarse mucho más, pero, lamentablemente, el roble estaba a pocos metros de la zona en la que iban a tener que entretenerse. Por suerte, había parterres de flores, matorrales y hasta setos con formas de animales. Podían jugar por allí y mantenerse ocultas en lo posible de la vigilancia materna.

Helen adoraba el jardín, y no era para menos: con la primavera se había puesto bellísimo. Pasó la vista por las peonías de pétalos encrespados; las primeras rosas de té, enredadas en los soportes de hierro forjado del cenador, perfumando el aire con un dulzor casi embriagador. Más al fondo, asomaban las dedaleras, altas y moteadas, como si alguien hubiese salpicado las campanas de sus flores con pintura de color. Había también espuelas de caballero de un azul profundo, y lirios, alhelíes y margaritas. Cerca de la fuente, las campanillas de Canterbury se mecían con la brisa, y quedaban aún algunos pensamientos que se habían resistido a morir con la primavera.

Al llegar al punto frente a la ventana del aula —allí había un seto con forma de conejo al que Lorna había bautizado como Pinnie, y

que siempre se había mostrado como un gran aliado—, miraron hacia el interior. La señora MacFadden y el señor Oaks habían movido uno de los pupitres para juntarlos por la parte de la mesa y se habían sentado frente a frente. Así, tenían más espacio y hablaban de las revistas que tenían extendidas entre ellos.

La institutriz estaba de espaldas a ellas, totalmente ajena a lo que pudieran tramar. Era tan fornida que apenas podían verle a él.

—Vale. —Annabelle se inclinó a oler unas flores con cara de deleite y acarició los pétalos aterciopelados—. ¿Qué hacemos?

—¡Podríamos ir a buscar las muñecas! —Lorna hizo una muequita al ver las caras de las dos mayores—. O no…

—Nosotras ya no jugamos con muñecas —la informó Annabelle, y Helen y ella asintieron con suficiencia—. Ya no somos pequeñas.

—Pues yo tampoco —dijo Lorna. Las otras dos intercambiaron una nueva mirada, esta vez con incredulidad—. ¿Qué hacemos?

—Lo que sea. Cualquier cosa es mejor que aprender francés. —Helen espantó un mosquito con la mano y miró otra vez hacia la ventana del aula. Estudió la espalda de la señora MacFadden con el ceño fruncido—. Menuda tontería. Sería mucho más útil aprender a pescar, para sobrevivir a base de peces, si terminamos en una isla desierta. —Las tres rieron, pero eso le sugirió una idea que le pareció brillante—. Esperad, esperad… ¿No habéis notado hoy algo raro en la señora MacFadden?

—¿A qué te refieres? —preguntó Annabelle.

Helen miró alrededor. Luego, se apartó un poco de la ventana y se inclinó hacia las dos niñas para cuchichear:

—Usa peluca.

—¿Quién? —preguntó Lorna, confusa.

—¡La señora MacFadden!

—¡No! —dijo Annabelle, horrorizada a saber por qué. Lorna se

tapó la boca con las dos manos y abrió mucho los ojos—. ¿Estás segura?

—Por completo. ¿No lo visteis? —Ambas negaron con la cabeza—. La tenía un poco torcida y la enderezó cuando entró el señor Oaks.

—Bueno… —Annabelle titubeó—. Tampoco pasa nada. La necesitará por algo.

Lorna abrió todavía más los ojos.

—¡Igual está calva!

—Por ejemplo —convino Annabelle. Se llevó una mano a sus trenzas, como comprobando que seguían impecables—. O no le gusta su color de pelo. Es escocesa, quizá sea pelirroja.

Helen negó con la cabeza.

—Con este calor, no creo que sea por eso. —Las otras asintieron. Aunque fuera un tono zanahoria muy feo, mejor eso que la incomodidad de llevar peluca. La fértil mente de Helen encontró de pronto una excusa para hacer lo que estaba deseando hacer: vengarse de aquella bruja—. Pero está engañando al bueno del señor Oaks.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿No lo veis? Lo tiene totalmente… *seducido* —añadió, bajando el tono. Las otras dos la miraron alarmadas—. Si no hacemos algo, se casará con él y se quedará aquí para siempre.

—¡No!

—¡Qué espanto!

—Sí, y tendrán pequeños MacFadden horrorosos, con bigotes diminutos que crecerán con el tiempo. ¡Los tendrán incluso las niñas!

Annabelle y Lorna solían creer sus locuras, siempre, a pies juntillas. Y, pese a lo increíble que pudiera parecer la imagen de una

multitud de niñas MacFadden con bigotitos Oaks, esa no fue una excepción. Al fin y al cabo, la cocinera, la señora Barnes, tenía un buen bigote y nadie le decía nada. Todos simulaban no verlo.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Annabelle, horrorizada.

—Lo primero… —Vio a Oliver, que acababa de llevar una nueva jarra de limonada fresca a las dos damas sentadas bajo el roble. Justo en ese momento volvía hacia la casa—. ¡Oliver! ¡Oliver! —llamó, pero intentando disimular. Pero la oyeron, claro. La tía Gormlaith agitó la cabeza y gruñó algo por lo bajo. Su madre le lanzó una amable mirada de advertencia.

Oliver se acercó con cautela. El chico, alto y algo delgado, tenía una densa mata de cabello rubio pajizo y ojos azules, y sus rasgos de líneas firmes terminaban de convertirlo en alguien realmente guapo. Era una pena que no pudieran convertirlo en el objeto de sus sueños románticos. Primero, porque formaba parte de la servidumbre; y, segundo porque era Oliver y se había criado con ellas.

Era algo mayor —acababa de cumplir los quince años tan solo un par de semanas antes—, pero, en otras épocas, de pequeños, había acudido con ellas a las clases en el aula y había compartido sus juegos, porque no había más niños en la casa y a los marqueses les había parecido bien que se entretuvieran juntos.

Así había sido hasta la llegada a la casa de la tía Gormlaith, dos años antes. La anciana puso el grito en el cielo cuando vio que las jóvenes hijas del marqués confraternizaban hasta tal punto con el único niño de la servidumbre. Exigió que se cortase de raíz toda confianza, aunque, gracias a la intercesión del marqués, se le permitió seguir asistiendo a las clases, en las raras ocasiones en las que resistía alguna institutriz.

Helen y Lorna intentaron portarse mejor, precisamente por eso,

pero no resultó fácil, porque estaban demasiado acostumbradas a espantarlas; entonces, optaron por escaparse a ratos para compartir con él algún juego de tablero o naipes tras el invernadero, pero siempre resultaba complicado.

Por eso se alegraron el doble por la llegada al vecindario de lord Peter Swann, el otoño anterior.

¡Lord Peter! ¡Él sí que era guapo! Su padre y él habían vivido en la mansión de sus abuelos maternos hasta la muerte de su madre, ocurrida tras una larga enfermedad, y fue en ese momento cuando el conde de Deelright decidió que iban a vivir por su cuenta, separados de toda familia, y se establecieron en una mansión alquilada en Kensington Palace Gardens, justo al lado de Terrace House.

Ni siquiera quiso ir a Swann Manor, pese a que sus propios padres ya habían fallecido, por eso había heredado el título. Según decía Oliver, lord Peter evitaba hablar del tema, pero se notaba que el conde no se llevaba bien con ningún pariente, cosa que no las sorprendió lo más mínimo, porque no se llevaba bien con ningún vecino, tampoco. No podía ser más antipático.

La cuestión fue que Oliver y lord Peter hicieron buenas migas y desde entonces, el poco tiempo libre del que disponía Oliver —realmente poco, teniendo en cuenta que más o menos al mismo tiempo empezó a trabajar de lacayo y a estudiar tres tardes por semana, en la escuela de San Edmund, en Chelsea—, lo pasaba con él, hablando de libros de Historia y Geografía, sobre todo.

A Peter le gustaba todo aquello, y el latín, sobre todo el latín. ¿Se podía ser más raro?

También hacían cosas de chicos, como decía Helen, porque a finales de febrero los vieron subiéndose como monos a un árbol bien alto, sin importarles que hubiera nevado. ¡Qué locos, pero qué

divertido fue jugar con ellos a lanzarles bolas de nieve mientras intentaban parapetarse en las ramas! Annabelle, que en aquel entonces estaba pasando un par de semanas con ellas, se había puesto nerviosa. Helen no. Hubiera querido subir también, pero con el maldito vestido, imposible.

Volvió de todos aquellos pensamientos cuando Oliver se detuvo a su lado. Helen vio cómo la miró. No era de extrañar. A lo largo de su vida se había llevado más de una reprimenda severa, por su culpa.

—¿Sí, milady? —preguntó.

—Ven, ven… —Consiguió que obedeciera y se parapetaron con él tras el seto con forma de conejo. El muchacho las miró alternativamente, seguro que pensando que iba a meterse en un nuevo lío—. Tú pescas, ¿verdad? Con tu abuelo.

—Eh… sí, milady. De vez en cuand…

—¡Déjame tu caña!

—¿Perdón?

—Tienes una caña, ¿no? —¡Hombres! Había que explicárselo todo —. Con hilo y anzuelo…

—Bueno, sí… Pero es sedal.

—¿Qué?

—Que no es hilo, se llama sedal.

—Ah, bueno, da igual. ¿Me la puedes prestar?

—¿La caña? ¿Aquí? ¿Para qué?

—Eh… Tú solo déjamela. A cambio podría darte… —Pensó en sus tesoros—. Tengo una moneda francesa. Es pequeñita, pero le he sacado brillo. Además, perteneció a un rey. ¡La llevaba cuando le cortaron la cabeza!

Oliver puso los brazos en jarras.

—Pues no le sirvió de mucho, milady. Exactamente igual que a mí.

Lorna y Annabelle se echaron a reír. Helen hizo una muequita, sin

dejarse desalentar. La negociación apenas había empezado.

—Si no la quieres, lo entiendo, porque ya te digo que es muy pequeñita. —Se inclinó hacia él para susurrarle—. ¡Pero seguro que te interesa una nota antigua escrita por una espía!

Oliver, que la conocía, la miró falsamente alarmado.

—¿Una espía? ¿De qué país?

Lorna rio.

—No te asustes. La escribió ella misma, con letra disfrazada.

—¡Lorna! —protestó Helen, dolida por la traición. Aquella nota le había quedado muy bien, hasta le había pedido a la cocinera un poco de sangre de pollo para soltarle unos manchurrones aquí y allá, no era justo que le estropease una buena ocasión de utilizarla.

—¿Qué? —replicó su hermana—. ¡Es Oliver, no puedes asustarle así! ¡Podría tener miedo a la espía y no dormir esta noche!

—Exacto —convino Oliver, que no parecía muy asustado, precisamente.

—Vale, vale… —Helen bufó—. Está bien. Te daré un mapa del jardín.

—¿Nuestro mapa? —preguntó Lorna, sorprendida—. ¡Pero si también es mío, lo dibujamos juntas cuando Oliver empezó a estudiar esas cosas…!

—¡Pues no haber desvelado la identidad de la espía! —replicó Helen cruzándose de brazos.

—¿Un mapa del jardín? ¿De este jardín? —preguntó Oliver. Ella asintió y esta vez fue él quien rio entre dientes—. La verdad, no creo necesitarlo, milady. Lo conozco perfectamente. Tenga en cuenta que yo también lo he mapeado. Y, si me lo permite, con más precisión que usted.

Oliver iba a Chelsea tres tardes por semana para asistir a clases de cartografía y dibujo técnico a cambio de una tarifa reducida

gracias a la intervención de lady Beth. No era lo habitual para un muchacho de origen humilde como él, nieto del mayordomo, pero desde pequeño había mostrado una habilidad sorprendente para el trazo preciso, la orientación y la observación del terreno, y lo hacía con verdadera vocación.

Mientras otros muchachos soñaban con encontrar un trabajo más seguro o con heredar un buen puesto en la servidumbre, él soñaba con brújulas, escalas y líneas topográficas. Tenía un cuaderno lleno de bocetos del jardín de Terrace House y del de la casa de lord Peter, de la arboleda entre ambas propiedades y hasta de la fuente de la plaza de Belgravia. Estaba convencido de que los mapas eran otra forma de contar historias y de ayudar a perpetuar cómo era todo cuanto veía.

Desde siempre, su mayor anhelo siempre había sido viajar. No para ver monumentos ni catedrales, sino para trazar con sus propias manos las zonas todavía en blanco de los mapas del mundo, como un auténtico explorador. Fantaseaba con llegar al corazón de África o atravesar el altiplano de Asia con un maletín de reglas, plumillas y varias hojas de papel encerado para calcar contornos topográficos o proteger los trazados de tinta.

—¡Ja! Eso crees. —Helen alzó la naricilla—. Pero no has encontrado las «zonas prohibidas» ni el «mar de gatos».

Oliver arqueó una ceja.

—¿«Zonas prohibidas»? ¿«Mar de gatos»? —Helen asintió, tratando de mostrarse lo más misteriosa posible. El muchacho miró de reojo a Annabelle, que también le dedicó una mirada suplicante, suspiró y adelantó la mano—. Me quedo con la moneda francesa. Y lo hago porque nos conocemos, milady, y sé que no va a parar hasta que le deje la dichosa caña.

—La perseverancia es una virtud —replicó ella, imperturbable—.

Eso sí, la moneda te la daré luego. Es que, ahora no puedo subir. —Le tendió la mano—. Pero es un acuerdo entre caballero y dama.

Él miró la mano y sonrió.

—Está bien, milady. —Estrecharon sus manos—. Supongo que no me va a servir de nada volver a preguntar qué va a hacer con ella, ¿verdad?

—Eh… No, mejor no. Solo puedo decirte que es por una buena acción y que, con un poco de suerte, triunfará la justicia.

Oliver suspiró, dejándola por imposible. Miró a Lorna y lanzó una mirada de reojo a Annabelle.

—De acuerdo. Creo que prefiero no saber nada más. Pero tengan cuidado.

Las tres niñas esperaron con impaciencia a que volviera con la caña en cuestión. Apenas tardó cinco minutos, y la llevaba con todo el disimulo posible. No era muy grande, pero sí suficiente.

—¿Saben usarla? —preguntó al dársela—. No puedo quedarme a enseñarles. Mi abuelo me ha preguntado qué estaba haciendo con la dichosa caña y, para que no ande haciendo el tonto me ha buscado más entretenimiento. Tengo que ayudar a abrillantar un centenar de cubiertos.

—Oh, está bien, ve, no te preocupes por la caña —replicó Helen con aire de experta—. De pequeña iba mucho a pescar con mi abuelo.

—Vale. Tengan cuidado.

El muchacho se alejó a buen paso. Annabelle y Lorna la miraron con sorpresa.

—¿Desde cuándo fuiste tú a pescar con el abuelo? —preguntó esta última.

—¡Muchas veces! Al arroyo de detrás del *cottage*.

—Allí no hay peces.

—Cogíamos cangrejos…

—¡Helen! ¡No sabes usar una caña!

—¡No debe ser tan difícil! Lo usan hasta los niños. ¡Ay! —Se cortó con algo. ¡Qué daño hacía! Vio el corte en su dedo, del que empezaba a salir una gruesa gota de sangre—¿Qué es eso?

—El anzuelo —dijo Lorna—. Yo sí que fui a pescar con el abuelo, en el *cottage*, muchas veces, cuando tú te quedabas en el jardín con mamá y la abuela.

—Las flores son más bonitas que los peces. Y huelen mucho mejor.

—Puede. Pero me gustaba acompañarle. No hablábamos, pero nos sentábamos a contemplar el río y era todo precioso. Solo pescaba él, pero me enseñó. Eso es el carrete y eso el anzuelo y… —En pocas palabras, les dijo lo suficiente como para que manejasen un poco aquel artilugio del demonio sin hacerse demasiado daño. Luego, diseñaron un plan perfecto para darle una lección a su odiosa institutriz. Una que no olvidase nunca, como le iba a pasar a Lorna con los *escargots*.

Justo estaban en ello, ocultas otra vez tras el seto, cuando el pobre Sócrates, el elegante galgo blanco de su vecino, lord Peter, tuvo la ocurrencia de acercarse por allí. El pobre animal debía estar aburrido. Bien sabían que el joven tardaría todavía unas semanas en volver de Eton. Para entonces, ellas ya se habrían ido al *cottage*.

—Pobrecito… —dijo Lorna, abrazando al perro—. Echas de menos a tu amo, ¿verdad? Quédate a tomar el té con nosotras.

—La tía Gormlaith no lo va a permitir —le dijo Helen, mientras le entregaba la caña a Annabelle—. Sabes que no le gustan los animales desde que aquel caniche de lady Margaret le mordió las enaguas. Además, una vez actuemos, si las cosas van mal, lo más probable es que nos castiguen sin té. Y quizá sin salir el resto del

día.

—¿Otra vez? —preguntó compungida Lorna.

—Eso me temo. Un solo error y estaremos condenadas —añadió, teatral. Luego apretó los labios—. Pero no queda más remedio. Esa bruja se merece una lección.

—Estoy de acuerdo —asintió Annabelle—. Casi hizo llorar a Lorna.

—No es verdad —replicó esta, apurada—. Me aguanté muy bien.

Las dos mayores la contemplaron con indulgencia. Luego, intercambiaron una mirada y se volvieron hacia la ventana del aula.

—¿Listas?

—Listas.

Siguiendo el plan, Lorna dejó de besuquear a Sócrates y fue hacia el lugar donde estaban su madre y su tía, y se sentó con ellas, pero al otro lado, para así obligarlas a mirar en su dirección y no hacia la ventana del aula. Al momento, la tía Gormlaith empezó a hablarle, y Lorna adoptó una expresión de niña modélica, con las manos cruzadas sobre el regazo y los tobillos bien juntos, como si estuviera escuchando con todo el corazón un sermón sobre la templanza.

—Pobrecilla —susurró Annabelle—. Le ha tocado la peor parte del plan: aguantar a tu tía.

—Sí —replicó Helen—. Aunque lo nuestro es mucho más peligroso. Será mejor que no nos cojan. —Comprobó que no había nadie más por los jardines y, agachada, empezó a moverse—. Vamos…

Empezaron a deslizarse por el jardín con el mayor sigilo que les fue posible teniendo en cuenta que llevaban una caña de pescar bajo una tarde luminosa e iban vestidas con tonos claros en un jardín lleno de verdor resplandeciente. Por suerte, nadie miraba hacia allí, al menos nadie que decidiera intervenir, y se apoyaron contra la pared, justo bajo la ventana que daba al aula, ocultas tras los setos.

Helen y Annabelle asintieron en un gesto de acuerdo y la primera se encaramó al alféizar de la ventana y se metió dentro, algo que le resultó muy fácil pese a las faldas: se notaba que no era la primera vez que lo hacía, ni mucho menos. Una vez dentro, se encogió y esperó.

Estaban de suerte: los adultos no se habían dado cuenta de nada.

—¿Seguro que pone eso? —estaba preguntando el señor Oaks—. Me sorprende que sugieran semejante corte para unas solapas. Es… no sé. Demasiado atrevido en sus líneas, diría yo.

—A mí también me lo parece, pero ya ve… Es justo lo que dice, exactamente con esas medidas. Y no veo que…

—Señora MacFadden…

—¿Sí?

Un segundo de silencio.

—¿Le gustaría dar un paseo conmigo el próximo domingo tras la misa?

—Oooh… Pues no sé, señor Oaks. ¿Qué van a pensar todos?

—Lo evidente. Que entre usted y yo está surgiendo… no sé, algo.

Helen empezó a deslizarse hacia la espalda de la señora MacFadden, encogida cuanto le era posible, tanto que casi iba de rodillas. A cada paso, el corazón le retumbaba con más fuerza en el pecho, aunque se obligó a respirar con calma. Llevaba el anzuelo colgando del sedal, dejando que se balancease apenas como un péndulo —lo último que quería era volver a cortarse—, y, en cuanto estuvo a suficiente distancia, lo enganchó delicadamente en el moño postizo de la institutriz.

Luego, con el corazón en la garganta, empezó a retroceder paso a paso hacia la ventana, para salir como había entrado. Con un poco de suerte, podría irse sin que se enterasen y, ya a distancia, tirarían del sedal. Luego dejarían la caña escondida en el interior del seto del

conejo, junto con la peluca —seguro que allí no los encontrarían nunca, aunque no importaba, porque lo sacarían al día siguiente o así— y se sentarían en la hierba a simular inocencia.

Era un gran plan, que podía terminar bien.

Pero no fue el caso.

Helen estaba ya junto a la barandilla, a punto de incorporarse para saltar, cuando la señora MacFadden giró la cabeza, seguramente alertada por un presentimiento, y la vio.

—¡Lady Helen! —chilló, incorporándose de golpe y tensando el sedal, aunque tardó un instante en darse cuenta, tan sorprendida estaba de verla

—¡Aaahh! —gritó Helen, lanzándose por la ventana. Annabelle, que sostenía la caña de pescar desde su escondite en los arbustos, trató de echarse hacia atrás, pero tropezó con una raíz y cayó sentada, tensando otra vez el sedal, y de una forma seca y brusca.

Con un chasquido seco, la caña tiró con fuerza, y la peluca de la señora MacFadden salió volando por el aire, girando como un bicho negro y peludo. Quedó enganchado en el borde de la ventana, como si estuviera preparado para saltar sobre ellas en cualquier momento.

Un segundo después, un chillido desgarrador sacudió toda la casa.

—¡MISERABLES! ¡DEMONIOS! —gritó la voz de la señora MacFadden.

Helen y Annabelle se miraron conmocionadas y se pusieron en pie, de puntillas, para ver el interior del aula. La señora MacFadden estaba temblando de furia, con una expresión tan rígida que parecía tallada en mármol. Pero lo peor no era eso.

La cabeza desnuda de la señora MacFadden mostraba un aspecto terrible, con el cabello gris y ralo pegado al cráneo con una redecilla. Y, mientras miraban, a pocos pasos, el horrorizado señor Oaks se apresuró a dar un paso atrás, murmurando algo ininteligible sobre

que tenía mucha prisa por estar en cualquier otro lado, mientras recogía sus revistas y salía del aula.

Seguramente, la institutriz ni se dio cuenta. Tenía los ojos fijos en ellas.

—¿Cómo os atrevéis? —dijo, con voz crispada—. ¡Niñas maleducadas! ¡Sois unas criaturas terribles!

La señora MacFadden empezó a avanzar con paso firme hacia la ventana. Helen y Annabelle gritaron, seguras de que, si las alcanzaba, les arrancaría sus propios pelos, aunque fueran auténticos, y empezaron a retroceder a trompicones.

—¡Toma! —exclamó Annabelle, lanzándole la caña—. ¡Fue idea tuya!

—¡Traidora! —replicó Helen. Instintivamente dio un tirón y la peluca se soltó de la barandilla, voló por los aires pasando por encima de sus cabezas y, seguramente, habría caído y se hubiese quedado en la hierba, inofensiva.

Pero, aquel bicho gordo y negro que voló por los aires fue algo demasiado tentador para Sócrates, por calmado que fuera por lo general. Empezó a ladrar como loco y corrió tras la peluca, con tal mala suerte que solo la alcanzó cuando estaban ya a punto de arrollar a la tía Gormlaith.

Y, con el impulso que llevaba el perro, el desastre fue inevitable.

—¡Ah! —gritó la tía Gormlaith, que la noche anterior, durante la cena, había insistido en que las damas jamás gritaban. La silla se volcó, y la mesa, y la jarra de limonada cayó de pleno sobre lady Beth y Lorna. Cuando Sócrates regresaba con su presa entre los dientes —nunca había parecido más una rata—, los ojos de Helen se cruzaron con los de su madre y ya supo que se había ganado un buen castigo.

Esa misma tarde, la señora MacFadden hizo sus baúles y se

marchó. Las tres muchachas, aunque apenadas por el enfado de sus padres y la tía Gormlaith, no podían evitar esconder una sonrisa cada vez que recordaban la imagen de Sócrates, con el bicho aquel entre los dientes.

Fue así como, por culpa de un perro, una tarde de pesca mal organizada y de una peluca, la historia de aquel verano tomó un rumbo muy distinto al que esperaban.

Y, también, sus vidas.

Capítulo 3

Tres reglas para evitar desastres amorosos

La puerta del despacho de su padre estaba entornada.

Helen dudó un instante antes de empujarla con suavidad. La luz del sol entraba a raudales a través del gran ventanal y proyectaba sobre la alfombra oriental una sombra alargada que casi llegaba a rozar el escritorio. Era la de su padre, lord Walter Bowler, marqués de Terrace. Estaba de pie, con las manos cruzadas a la espalda, mirando hacia el jardín como si reflexionara sobre cosas importantes, de esas que quedaban restringidas al mundo de los adultos.

No se volvió, pero supo que ella estaba allí. Quedó claro cuando dijo:

—Pasa, Helen.

La voz era serena y cálida, pero carecía del deje cómplice que siempre usaba con ella. Ese día no quería hacerla reír ni hablarle de los lugares que había visitado ni leerle la última poesía que había escrito. Estaba muy serio, se notaba en el ambiente.

Helen obedeció. Cerró con suavidad la puerta tras de sí y dio un par de pasos hacia el interior del despacho, pero se detuvo casi al momento, como si avanzar más supusiera admitir que, efectivamente, estaba llamada a capítulo.

El marqués se giró despacio. El sol lo envolvía en un halo dorado y Helen pensó, llena de amor, que se había confundido: no había hombre más agraciado en el mundo, ni siquiera lord Deelright o su hijo Peter se acercaban lejanamente a algo tan perfecto. Su padre era alto, apuesto y distinguido. Su brillante mata de cabello rubio apenas había empezado a mostrar destellos plateados en las sienes y tenía un rostro de rasgos elegantes que a Helen le parecía el de un personaje de novela histórica.

No, el de un personaje no: el de un protagonista de cualquier novela. Y si había cosas amorosas, todavía mejor. No podía haber mejor galán en el mundo.

Era el príncipe que se había casado con la princesa hada…

Lord Terrace la miró un momento sin hablar, y luego, con un suspiro contenido, se sentó. Señaló una de las sillas para visitas.

—Ven, siéntate.

Helen lo hizo, en la silla que quedaba a la izquierda frente al escritorio. Hasta se alegró, porque habían empezado a temblarle las piernas. Se colocó las manos sobre el regazo y esperó, dispuesta a no decir nada hasta que él hablara.

Su padre agitó la cabeza y la miró de un modo que la hizo sentir avergonzada.

—Tu madre está muy preocupada —empezó él—. No por lo ocurrido, en concreto, sino por todo. Está preocupada por ti.

Helen alzó un poco la cabeza. No se atrevía aún a replicar, pero algo en ella se preparó para la defensa. ¡Era tan injusto! Él no sabía cómo había sido de cruel la señora MacFadden en las clases, el

modo en que las había tratado, sobre todo a Lorna. Apretó los puños con disimulo.

—La señora MacFadden se marchó ayer muy afectada —prosiguió lord Terrace, sin tono de reproche, pero con gravedad—. Estamos muy disgustados contigo, Helen. Mucho.

—Era una mujer horrible, papá —replicó ella, ya incapaz de seguir soportándolo. No quería verle así, tan disgustado, tan… decepcionado. Tenía que saber la verdad y entenderlo—. Se comportaba de un modo muy cruel en las clases.

—¿Eso crees? A mí me parece que era una mujer severa, pero cortés. —Repiqueteó los dedos sobre la mesa—. Pero, claro, no se puede seguir siendo muy cortés con unas niñas que le meten ratones en el armario, le cambian el té por sopa o le alteran los rótulos de una colección de tierras.

—¡Eso solo fueron bromas!

—No, Helen. No fueron solo bromas. Lo primero fueron pequeñas maldades que, bueno, tampoco tuvieron tanta importancia. Pero que le cambiarais los rótulos de su colección fue lo que decidió cómo sería luego vuestra relación. —Helen parpadeó, intentando entender. Aquella conversación estaba siendo demasiado adulta para ella—. Tienes que saber que su padre fue un viajero, un historiador que recorrió medio mundo tras distintos hallazgos arqueológicos. Cada vez que volvía, le traía un tarro con tierra del lugar que había visitado, y le contaba grandes aventuras. Ella sabía que se las inventaba y, en fin, le quería más todavía por ello.

Helen tragó saliva, sintiendo un conato de horror en su interior. Era como si le hubiese pegado una torta a aquella niña ilusionada con el regreso de su padre, contenta por escuchar sus historias. La imaginó, mirando los frascos llenos de tierra y pensando en su padre. Cada uno suponía una aventura y ella las había destruido.

Quizá su padre se dio cuenta de cómo la estaba afectando todo aquello, pero, por primera vez, no se compadeció de ella.

—Algunas las recogió en Persia, otras en las tierras altas de Abisinia, otras en los Andes del sur de Chile —siguió diciendo—. Según tengo entendido, había una, incluso, de algún lugar remoto de China. Cuando murió, ella conservó aquellas tierras como si aún pudiera hablar con él a través de ellas. —Guardó silencio un segundo —. ¿Entiendes ahora por qué se disgustó tanto cuando hiciste esa tontería, Helen?

Ella bajó la vista, incapaz de mantener su mirada.

—No sabíamos eso —murmuró penosamente—. Solo queríamos hacer algo… divertido.

—Lo sé —asintió su padre—. Las tres sois niñas ingeniosas. Divertidas. Creativas. Y eso es un regalo, Helen, sabes bien que siempre lo he valorado mucho. Pero también es una responsabilidad, y más ahora, que os hacéis mayores. Ya no caben las mismas excusas, hija mía. —Ella volvió a alzar los ojos. Se encontró con la mirada de lord Terrace, que no era dura, pero sí firme—. No vais a ir al *cottage* este verano. Estáis castigadas. —Helen tragó saliva. Sabía que esa era una posibilidad, pero oírlo dicho en voz alta dolía—. Y hemos contratado una nueva institutriz.

Helen gimió.

—¿Una institutriz? Pero… ¡pero va a empezar el verano, papá! En verano nunca tenemos clases, y…

—Este año, sí. Ya está hecho. Creo que llegará mañana. Por lo que sé, se trata de una de las antiguas compañeras de tu madre, en la escuela de Minstrel Valley. La honorable señorita… —Buscó entre los papeles que tenía delante—. Hobbs, Juliet Hobbs. Es hija de un barón. —Movió las manos, como añadiendo fuerza a una explicación sumamente vaga—. Tu madre me contó que su familia pasó por

graves problemas económicos a la muerte de su padre y que ella no tuvo suerte en sus intentos matrimoniales, de modo que ahora es institutriz. Y da la casualidad de que la familia para la que trabajaba, y que le ha dejado excelentes referencias, acaba de trasladarse a la India a vivir, así que hemos tenido suerte.

—¿Que se han ido a la India? —preguntó Helen, tratando de agarrarse a un clavo ardiendo—. ¿Y si son referencias falsas? ¡No puedes comprobarlas! ¡Papá, puedes estar dejándonos en manos de una espía francesa o de una criatura desalmada, una… una asesina de niños! —Como ya odiaba ser considerada «niña», se apresuró a añadir—. ¡Lorna podría estar en peligro!

Hasta ella se dio cuenta de que le había salido con más dramatismo del que pretendía. Su padre entornó los ojos.

—No seas fantasiosa. Ya te he dicho que fue compañera de tu madre, se conocen bien. Pero, si eso te tranquiliza, te diré que esta mañana he puesto un telegrama a sir Edmund Lascelles, que es como se llama su anterior patrono, y estoy seguro de que tendremos respuesta muy pronto. Si es una espía, la encerraremos en la torre de Londres. Y si es una asesina de niños seguro que recibe el castigo adecuado, la Justicia se ocuparía de ella. Pero, hasta que se resuelva el tema de su culpabilidad, será vuestra institutriz. Vendrá y se hará cargo de vosotras. Y espero, Helen, que no le hagáis la vida imposible. —El silencio se alargó un poco más de lo adecuado para resultar cómodo—. Porque si esta institutriz también se va —añadió entonces, y el tono cambió, más severo, más claro—, tú y Lorna seréis enviadas a internados. A dos distintos. Tú a Cheltenham, Lorna quizá a Escocia. Y Annabelle… bueno, tendré que dejarle claro a sus padres que no volverá a ser bien recibida en Terrace House, jamás.

Helen se irguió.

—¡Papá!

—Lo digo en serio. Si vuelve a pasar algo como lo que ha ocurrido con todas las institutrices anteriores, Annabelle no volverá a pisar esta casa. Y, vosotras, a los internados que decida la tía Gormlaith.

—¿Nos separaríais?

—Si es necesario, sí. —Hubo más pesar que enfado en su tono—. Porque os quiero, Helen. Y porque tenéis que aprender que las acciones tienen consecuencias. No siempre previsibles, no siempre justas, incluso. Pero inevitables.

Durante un segundo, dio la impresión de que la estancia entera contenía el aliento. Luego Helen asintió, despacio, y se limpió una lágrima del rabillo del ojo.

—Lo siento, papá —susurró—. Y si hubiese sabido lo importante que era la colección de tierras para la señora MacFadden, no la hubiese tocado.

—Lo sé. —Lord Terrace se levantó y rodeó el escritorio. Se inclinó hacia su hija y le tomó la barbilla con delicadeza—. Eres una muchacha brillante, Helen, y tienes buen corazón, pero también eres temeraria y muy alocada. Y, por mucho que yo desee que sigas siendo mi niña por siempre, estás dejando de serlo. No puedes pretender seguir escondiéndote detrás del ingenio, ni tampoco del encanto. En poco tiempo, te habrás convertido una jovencita preciosa, preocupada por su presentación en sociedad y su primera temporada. No puede ser que alguien así no haya aprendido a responsabilizarse de tus acciones. Esa, precisamente, es mi responsabilidad. —Y, besándola en la frente, añadió—: Te quiero mucho, hija mía. Y, precisamente por eso, no puedo seguir consintiéndote.

Helen salió del despacho arrastrando los pies y sintiéndose muy miserable. ¡Qué vida tan injusta! ¿Cómo iba a imaginar que la

señora MacFadden le tenía tanto cariño a aquellos tontos frascos llenos de tierra? A ella le había parecido una colección absurda, hasta algo sucia —era tierra, al fin y al cabo— y estaba claro que había metido la pata, pero también era verdad que la institutriz había sido desagradable. ¡Y ella era la adulta! Podría haberlas reñido, habérselo explicado y Helen le hubiera pedido disculpas. Pero no, se lo calló, lo retuvo dentro y lo convirtió en rencor y en crueldad.

Y eran ellas las castigadas…

Pasar el verano en Londres iba a ser un aburrimiento y un completo martirio, con tanto calor y todo el mundo en el campo o de viaje, divirtiéndose. Y ellas allí, dando clase de francés o matemáticas con la nueva institutriz.

Era como para morirse. Si se muriera, sus padres se arrepentirían mucho de haber sido tan desalmados con ella.

—¡Cómo los odio a todos! —dijo, en voz alta, mientras enfilaba hacia las escaleras. A sus padres, a la señora MacFadden, a la tía Gormlaith y, por supuesto, a la nueva institutriz, cuyo nombre ya ni recordaba. ¡No se lo aprendería nunca, decidido, no quería hacerlo! ¡Ojalá pudiera echarla! Se le curvó la boquita en una mueca de frustración al recordar que no podía portarse mal con ella, ni siquiera un poquito. No quería acabar en aquel internado.

Suspiró mientras subía al desván a buen paso. Les contaría a Annabelle y a Lorna, que la estaban esperando allí, cuál era la situación, aunque tendría que adornarla un poco y buscarle aspectos positivos para que no se enfadaran mucho con ella. Al fin y al cabo, aquel desastre había sido propiciado por su idea de desenmascarar —dudaba de que existiera un término semejante relativo a pelucas, como «desempelucar»— a la señora MacFadden.

El desván siempre olía a secretos antiguos cubiertos de polvo.

Había baúles con herrajes gastados, algunos forrados en cuero repujado, otros cubiertos de etiquetas de vapores transatlánticos. Varios roperos desvencijados se alineaban a un lado, de cuyas esquinas asomaban retazos de sedas, lanas o gasas descoloridas. Un biombo oriental, polvoriento, pero aún bello, escondía un caballete roto y un juego de acuarelas secas, además de varios taburetes tapizados en seda y un montón de cajas llenas de viejos zapatos y botines.

Había sombrereras apiladas como torres, una maleta con iniciales en dorado, un telescopio desmontado en su estuche forrado de terciopelo y un viejo trineo cubierto de óxido. De las vigas colgaban jaulas antiguas, lámparas, faroles de barco y una bicicleta de rueda alta, y había un buen número de cuadros girados contra la pared. Y en un rincón, medio oculta bajo una manta de lana raída, una enorme silla de ruedas a la que llamaban «de lady Theodosia».

En realidad, no sabían a quién había pertenecido, pero imaginaban una antepasada que tuvo un destino trágico y cuyo fantasma era el que solían usar para espantar a las institutrices, gracias, entre otras cosas, al pedal de la bicicleta, que desmontaban para llevar de noche allí donde las pobres institutrices podían oír el gemido metálico de su movimiento.

—¡Hay un fantasma en esta casa! —decían ellas, a cada nueva recién llegada—. ¡Es lady Theodosia! Vivió hace cien años, estaba impedida y tenía que moverse en silla de ruedas. Una noche, tenía sed y pedía agua, pero nadie acudió… ¡Y murió! Desde entonces, avanza de noche por los pasillos, buscando un vaso de agua. ¡Tenga cuidado! Se sabe que se acerca porque va en una silla de ruedas que cruje al avanzar, con el quejido de sus engranajes metálicos al girar las ruedas…

Por lo general, las institutrices palidecían más o menos,

cambiaban de tema y, tras unas cuantas noches de oír el sonido del pedal de la vieja bicicleta, se despedían y se iban, aterradas.

Pero no siempre había sucedido así. La señora Tinelli, que era de ascendencia italiana, sí lo creyó, pero resistió varios meses, intentando expulsar al espíritu con remedios que conocía de su abuela.

La señora MacFadden, por el contrario, se limitó a estudiarlas con indiferencia.

—Hace cien años no había sillas de ruedas como la que describen, *miladies* —explicó, rotunda—, así que, si hay sonidos metálicos en la noche, no podemos atribuírselos a la pobre y sedienta lady Theodosia. Más bien me inclinaría a pensar que son tres niñas traviesas las que se dedican a esas cosas. No se preocupen. Si me las encuentro, las castigaré debidamente.

¡Menudo fiasco!

En cualquier caso, pese al miedo que les daba precisamente aquella silla de ruedas —al menos cuando eran pequeñas—, las tres habían hecho del desván su refugio privado desde siempre, y nadie, ni siquiera la señora Rowling, el ama de llaves que llegó recomendada por la tía Gormlaith cuando Helen tenía diez años, había logrado echarlas de allí. Al contrario, dado que les gustaba, su madre había ordenado que las dejaran en paz.

—¡No es sitio para esas niñas, milady! —le dijo enfadada la señora Rowling a lady Beth, que sonrió con amabilidad.

—No siempre sabemos dónde está nuestro sitio, señora Rowling —replicó, elegante, haciendo que el ama de llaves se ruborizase. Por entonces la tía Gormlaith todavía no vivía con ellos, pero ya sabían que había enviado a aquella mujer para mantenerse informada—. Es algo que nos pasa muchas veces a todos.

Gracias a eso, las niñas tenían allí su rincón privado.

La pared del ático que daba al jardín trasero estaba coronada por un gran ventanal de cuarterones, encajado justo bajo el vértice del techo a dos aguas. Ocupaba casi toda la pared y seguía la inclinación del tejado, de modo que sus extremos más altos tocaban casi las vigas. Por la mañana, el sol lo atravesaba en haces cálidos y polvorientos; por la tarde, ofrecía una vista perfecta del jardín, con sus numerosos árboles, los destellos del techo acristalado del invernadero y la preciosa fuente.

Allí, a sus pies, en un espacio limitado por una pared baja hecha de baúles apilados, llenos de tesoros de otros tiempos, había un rincón maravilloso que se limpiaba de forma habitual —al menos en lo posible, el polvo jamás se iría—, cubierto por una alfombra gruesa y cálida, con una estantería llena de libros a un lado, una vieja mecedora a la que le faltaban varias varillas del respaldo y un arcón sin tapa lleno a rebosar de juguetes. Tenían un colchón muy mullido en el suelo, forrado de viejas colchas y mantas, donde podían tumbarse a jugar y pensar y hasta a dormir alguna siesta.

Justo bajo la ventana, habían colocado en fila dos arcones más, cubiertos de almohadones acolchados, para tener un asiento desde donde contemplar cómodas el exterior.

Y, lo mejor: el pequeño mueble con un juego de tazas, una jarra de agua y una caja que siempre estaba llena de galletas, además de un hornillo eléctrico con tetera para que pudieran prepararse el té cuando quisieran —un regalo de cumpleaños cuando Helen y Annabelle cumplieron los trece años—. Así, tenían cierta sensación de independencia, y no necesitaban llamar ni bajar para tomarlo. En caso de guerra, aseguraba Helen, podrían quedarse escondidas allí.

Esa tarde encontró a Lorna tumbada boca arriba sobre el colchón, con las manos cruzadas sobre el estómago y contemplando pensativa la nube de partículas de polvo que el sol convertía en

chispas doradas de gran belleza. A pocos metros, sentada en la mecedora, Annabelle estaba hojeando un viejo ejemplar de *La Belle Assemblée* con expresión de profunda concentración. El sol entraba a raudales por la gran ventana.

—¡Ya era hora! —exclamó Lorna, sin moverse—. ¿Qué te ha dicho papá?

—Pues… unas cuantas cosas —respondió Helen, haciendo una mueca—. Y ha sido amable. Pero firme. Implacablemente firme.

Annabelle alzó los ojos del grabado de un vestido que llevaba varias décadas pasado de moda.

—¿Nos mandan a la horca? —preguntó, consternada.

—Peor. No vamos al *cottage*.

—¡¿Cómo?! —Lorna se incorporó de un salto—. ¡Pero si aquí en verano no corre el aire! ¡Nos vamos a cocer como pasteles en una bandeja! ¡Además, yo quiero nadar en el río!

—Pues no vas a poder. Y eso no es lo peor. Creo que mañana llega una nueva institutriz, una honorable señorita, hija de un barón, que fue compañera de mamá en Minstrel Valley. Papá me ha dicho que nos comportemos. Si le hacemos algo…

—…¡¡internado! —dijeron las tres a la vez, como un conjuro.

—Pues sí. Bueno, tú no —aclaró Helen, mirando a Annabelle—. Me temo que a ti te prohibirían venir. Si volvemos a causar problemas, les pedirá a tus padres que se te lleven y no serás más bienvenida en Terrace House.

Annabelle palideció un poco.

—No podrían. Yo… yo no sobreviviría sin vosotras.

Lorna se acercó y la abrazó por las piernas. La mecedora crujió ominosamente, pero aguantó.

—Tendremos que portarnos bien, entonces —murmuró con un suspiro dramático—. ¡Estamos perdidas!

Helen apoyó la espalda en una columna del desván. Había subido con las emociones desordenadas, entre la punzada de la amonestación y la nostalgia anticipada por un verano tan diferente al que había esperado. Pero necesitaba encontrar algo positivo, algo con lo que aquel desastre provocado por su culpa se convirtiera en la semilla de una nueva aventura fantástica, y la respuesta se le ocurrió de pronto.

—Aunque —dijo, más animada, sintiendo que algo dentro de ella volvía a encenderse—, esto, en realidad, es una noticia buena. Lord Peter vuelve en unos días y estará como una semana antes de irse al continente. Así que, como no nos marchamos, vamos a coincidir con él… ¡y podremos seducirle!

—¡Eso sí que es una luz entre las tinieblas! —exclamó Annabelle —. ¿Y qué propones, general Bowler?

Helen se enderezó, tomó aire y se subió con teatralidad a un baúl cercano.

—He estado pensando mucho, queridas miladies. —Annabelle y Lorna aplaudieron con entusiasmo, y ella les dedicó una reverencia —. He reflexionado sobre el amor, la prudencia y el desastre. Y he elaborado tres normas. Tres. —Alzó la mano derecha mostrando tres dedos—. Tres reglas de oro que, si seguimos al pie de la letra, evitarán catástrofes relacionadas con corazones rotos y lágrimas sin sentido.

Las otras dos la miraron con mezcla de respeto y anticipación.

—¿Y cuáles son? —preguntó Annabelle.

Helen alzó un solo dedo.

—Primera norma: no perder la cabeza por nadie. Nunca.

Lorna asintió con seriedad.

—Parece muy apropiada.

—Yo también lo creo —apoyó Annabelle. Ambas aplaudieron—.

¡Siguiente!

Helen alzó dos dedos.

—Segunda norma: si ya has perdido la cabeza, no puedes creer nada de lo que te diga esa persona. Jamás. Porque ya no pensarás correctamente, ¡no tienes cabeza! Y, por tanto, puede engañarte.

Annabelle puso cara de desconcierto.

—Pero ¿y si no te engaña…?

—¡Ah! —Helen se encogió de hombros—. No puedes saberlo, porque no tienes cabeza, así que mejor no arriesgarse.

—En eso tiene razón —dijo Lorna. Annabelle lo meditó una milésima de segundo y luego asintió y aplaudieron las dos.

—Y, tercera… —Helen bajó el tono de su voz y acompañó la información con un gesto solemne, porque era una revelación bastante delicada, de esas que no se solían decir en voz alta—: no besar jamás a nadie por quien hayas perdido la cabeza. ¡Porque si lo haces, tendrás un bebé!

Lorna y Annabelle se miraron, horrorizadas.

—¡Pero...! —Lorna se llevó las manos a la boca. Su siguiente pregunta sonó ahogada—. ¿Un bebé?

—Sí. Lo escuché ayer, cuando bajé a por un vaso de leche, que tenía sed —aseguró Helen, y les contó lo que había escuchado: había varias mujeres reunidas en la cocina y una doncella lloraba. La señora Rowling la reñía, la señora Barnes, la cocinera, la defendía y la señora Stewart, la doncella personal de lady Beth, dijo claramente, con voz apesadumbrada: «Siempre hay que tener cuidado, porque, si pierdes la cabeza por un hombre, tras los besos llegan los bebés».

—Eso significa… —empezó Lorna, con expresión de no acabar de entenderlo.

—Que si un hombre te vuelve loca y pierdes la cabeza por él,

tienes un bebé. —Helen se encogió de hombros—. No me lo he inventado, lo decían las criadas. Y ellas saben mucho de esas cosas.

—Entonces... —Annabelle frunció el ceño, pensativa—. ¿Si lord Peter besa a alguna de nosotras, esa tendrá un bebé?

—Exacto —sentenció Helen, muy satisfecha con su lógica. Las tres se miraron, un poco nerviosas—. Así que, tengamos cuidado. Porque mis normas son el sentido común convertido en arte, *miladies* —añadió, orgullosa, con una reverencia—. ¡Las tres normas del amor según lady Helen!

Alzó el vuelo de la falda con las manos, hizo un giro completo sobre sí misma de forma afectada y les ofreció una nueva inclinación. Las otras rieron con sus tonterías y volvieron a aplaudir.

Entonces, un destello la deslumbró desde el ventanal. Helen bajó del baúl de un salto, lo que levantó una nube de polvo que las hizo toser a todas, y fue hacia allí, para ver qué pasaba.

En el jardín, apoyado en el muro que separaba la propiedad de la de los Swann, estaba sentado Oliver. Tenía un objeto en las manos, algo que lanzaba destellos. Pero no fue eso lo que más llamó su atención.

—¡¿Es lord Peter?! —exclamó Annabelle, mirando también, y luego gritó—: ¡Oh! ¡Sí, es él!

—¡Y tiene un ojo morado! —añadió Lorna, también muy pegada al cristal.

Helen buscó el detalle, incrédula, y resultó ser cierto. Desde allí veían pequeño a lord Peter, pero las contusiones en el rostro estaban claras.

—Esperad un momento… —Rápidamente, fue a buscar el viejo telescopio de su abuelo que guardaban en su estuche forrado de terciopelo. Levantó la tapa con cuidado, apartó unas capas de tela, y extrajo el instrumento, aún brillante pese al tiempo que llevaba

olvidado. No necesitaba desplegarlo del todo: como ya sabía de otras veces, con solo extender un tramo del cilindro de latón, bastaba para enfocar cualquier zona del jardín trasero—. Veamos…

Se dirigió a la gran ventana del hastial, se arrodilló sobre el banco acolchado hecho de baúles que usaban para espiar tormentas y fiestas, y acercó el ocular al ojo. Entonces lo vio: el destello metálico en la mano de Oliver era un reloj con una larga cadena metálica.

—Lo que brilla es un reloj. —Contempló sus rostros—. Parece contento. Diría que es un regalo.

—Igual se lo ha regalado por su cumpleaños, que lord Peter no estuvo aquí —sugirió Annabelle.

—Quizá. Aunque no sé por qué le regala nada. Nosotras no lo hicimos.

—Tú igual no —replicó Annabelle—. Pero yo sí.

Las dos hermanas la miraron sorprendidas.

—¿Le hiciste un regalo a Oliver?

—¡Era su cumpleaños!

—¿Y qué le regalaste?

Annabelle se apoyó en el alféizar, con las mejillas encendidas, y tras un momento de dudas, reconoció:

—Una caja de dibujo técnico. —Las otras dos la miraron con curiosidad contenida—. Tenía regla articulada, compases metálicos, una escuadra de hueso y plumillas de esas que se encajan en el mango. Todo en una caja de madera con terciopelo por dentro. Me costó casi una libra entera —añadió, bajando la voz como si confesara un delito—. Pero tengo mis ahorros, así que…

—¿Y qué dijo? —preguntó Helen, a la que le costaba salir de su asombro.

Annabelle se encogió de hombros, aunque no pudo evitar sonreír.

—No dijo nada en ese momento, solo se quedó mirándolo como si

no supiera qué hacer con él. Luego me dio las gracias. Muy serio. Pero sé que le gustó.

—Oh. —Lorna miró a Helen—. Quizá debimos comprarle algo.

—¿Por qué? Él nunca nos regala nada a nosotras.

—¡Pero él es pobre!

Helen se sintió culpable.

—Sí, eso es verdad. Bueno, lo pensaremos. Podemos comprarle algo o hacerle algo. Yo podría dibujarle. Y tú, componerle una ópera.

Annabelle y Lorna se echaron a reír.

—Dibujas fatal.

—Bah. Tampoco me importa. Los artistas siempre han sido unos incomprendidos. —Volvió a mirar por el telescopio. Los dos jóvenes seguían charlando, contentos—. ¿Qué habrá pasado, por qué tendrá así el ojo…? ¿Y no iba a llegar dentro de unos días?

Las tres observaron a los dos muchachos, el uno rubio y el otro moreno, hablando por encima del seto. Oliver se llevó una mano a la boca, como asombrado. Lord Peter se encogió de hombros por algo.

—¡Bajemos! —decidió Helen, incapaz de esperar a descubrir lo que estaba ocurriendo. Dejó el telescopio allí mismo y dio un par de saltos de camino hacia las escaleras, lo que levantó más polvo todavía—. ¡En formación táctica!

Las tres descendieron por las escaleras como una estampida en miniatura, casi arrollando a los criados con los que se encontraron. Aun así, no llegaron a tiempo de entrar a formar parte de la conversación de los dos jóvenes. En el jardín, Oliver, que volvía hacia la casa, saludó con la cabeza mientras las niñas llegaban a su altura.

—No debería hablar con ustedes —les dijo, con el ceño fruncido—. Mi abuelo me ha castigado un mes sin paga por lo de la caña de pescar.

—Lo sentimos mucho, Oliver —dijo Helen en nombre de todas. Y

sí que lo sentía de verdad, lamentaba haberle metido en problemas, pero sobre todo rabiaba por enterarse de lo que había pasado—. Te daré la moneda francesa. Igual puedes venderla por muchos peniques a un contrabandista.

—¿A un contrabandista?

—Creo que se refería a un coleccionista —ayudó amablemente Annabelle.

Helen hizo un gesto impaciente.

—También. Al que quieras. —Juntó las manitas en un ruego—. Pero dime por favor qué ha pasado.

—¡Por favor, por favor…! —insistió Annabelle, con el mismo gesto.

También se unió Lorna, pero a ella la ignoró, igual que a Helen. Oliver mantuvo los ojos fijos en su amiga. Su mirada se volvió incómoda durante unos segundos. Íntima, intensa e incómoda. Annabelle y él apartaron las pupilas al unísono.

¿Qué había pasado?, se preguntó Helen. ¿Será consecuencia de aquel tonto regalo de cumpleaños? ¿O el regalo se debía a que pasaba algo…? Igual ya había visto miraditas así, pero hasta entonces no había sido consciente de su sentido real…

Decidió no pararse a pensarlo, porque cualquier posibilidad de seducción amorosa entre Annabelle y Oliver resultaba… Vaya, pues no, no era imposible. La historia estaba llena de grandes gestas en las que hombres sencillos habían amado a auténticas princesas, y ellas habían respondido en igual medida, como… como… Bueno, no se le ocurría nadie, pero seguro que las había. ¿Por qué no podía pasarles eso a ellos dos?

Era una situación interesante, que en otro momento hubiera dado para mucho rato de entretenimiento. Pero entonces Oliver siguió hablando y lo que le dijo fue tan asombroso que logró que dejase aquello para otro momento.

—Lord Peter se ha peleado —dijo, renuente—. En la escuela.

—¡¿Un duelo?! —preguntó Helen, entusiasmada.

—Bueno, más bien un puñetazo por aquí y otro por allá —replicó el muchacho, estropeando por completo la escena que había empezado a formarse en su imaginación. De duelo caballeresco en un bonito entorno boscoso pasó a convertirse en un intercambio de mamporros en un callejón maloliente—. Y lo han expulsado.

Las tres se quedaron boquiabiertas.

—¿Expulsado? —repitió Helen—. ¿De Eton?

—Así es, aunque solo durante un tiempo, hasta el curso que viene. Y, como castigo —añadió Oliver, encantado de ser portador de todavía más información relevante—, se queda sin viaje al continente.

—¡Eso significa que estará todo el verano aquí! —susurró Lorna con deleite—. ¡Con nosotras!

Helen se giró hacia las otras dos con un brillo en los ojos.

—Castigados todos. Él incluido. ¡Es el destino!

—Eso parece —replicó Oliver.

—¿Y te ha regalado un reloj? —le preguntó Lorna. Oliver arqueó ambas cejas.

—¿Cómo…? —empezó, aunque no tardó en contestarse a sí mismo, echando un vistazo a la ventana del ático—. Ah…

—Te vimos desde allí, sí —admitió Helen—. ¿Te ha regalado un reloj? ¡Enséñanos! ¡A ver!

—Bueno —dijo él, con una sonrisa tímida, y sacó del interior de su chaqueta un precioso reloj de bolsillo en plata labrada. El sol se reflejó en la superficie ornamentada, revelando filigranas diminutas en forma de hojas y estrellas, casi como si fuese un pequeño universo encerrado en metal.

Helen lo cogió con suavidad y lo abrió con un leve *clic*. El interior

era aún más hermoso: las agujas eran finas como alfileres, negras sobre una esfera marfil con números romanos, y el segundero giraba con una precisión casi hipnótica.

En la parte interior de la tapa, grabadas con letra menuda pero firme, podían leerse unas palabras que le hicieron contener la respiración: «Haz del tiempo tu mapa y del coraje tu rumbo. Tu amigo, P.S.».

Un estremecimiento leve le recorrió los dedos mientras cerraba de nuevo la tapa con cuidado, como si guardase un secreto. Era perfecto. Y era muy Oliver, lo que le dio más rabia todavía, por no haber tenido ella la idea de regalarle algo. Le conocía de toda la vida y, sin embargo, tanto lord Peter como Annabelle habían pensado en él y habían encontrado regalos perfectos.

—Es precioso —dijo, jurándose que buscaría algo apropiado, aunque fuera para el año siguiente. ¡O para Navidades! ¡Ja! Seguro que no se habían planteado regalarle algo en Navidades, ella lo haría.

—Gracias —replicó Oliver, y miró otra vez de forma extraña a Annabelle antes de irse. Las tres se quedaron allí paradas, Helen y Lorna escrutando a Annabelle y esta última mirando con inusitado interés la corteza de un castaño de indias cercano.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Helen. Intentó ser sutil, pero no se le ocurrió cómo. Ni tampoco cómo podría llamarse a ese paso confuso entre el fastidio y los suspiros—. ¿Estás enamorada de Oliver?

—¿Qué? —Annabelle la miró horrorizada—. ¡No! Pero ¿qué dices? ¡Es el nieto del mayordomo!

—¡Es guapo! —dijo Lorna, defendiendo al muchacho—. Y muy bueno. ¡Es mi amigo!

—Que el señor Cartwright no te oiga decir eso —le advirtió Helen

—. O mamá y papá. O, peor, la odiosa Gorgona del Tartán. Podrían despedirlo.

Lorna palideció.

—Vale. Pues no lo es. Pero sigue siendo guapo.

—Sin duda. Aunque, lo que importa es saber si Annabelle ha perdido la cabeza por él.

—¡Eso!

—No digáis tonterías —protestó Annabelle, y empezó a caminar hacia la casa con paso decidido—. ¡O cambiamos de tema o me enfado!

—¡No! ¡No te enfades! —exclamó Lorna, corriendo detrás.

Helen la miró pensativa unos momentos. Luego, fue tras ellas, pero no volvió a mencionar el tema. Tampoco lo olvidó, jamás hubiera podido, eran cosas de enamoramientos y le encantaban. Pero ya llegaría el momento de hablarlo.

Esa noche apenas pudo dormir, de los puros nervios y cuando concilió el sueño, se vio perseguida por una institutriz que se llamaba de otro modo, pero se parecía mucho a la señora MacFadden. La muy malvada descubría que la naricilla de Helen era postiza y se la quitaba y dejaba a la vista la de debajo, la auténtica, que era imposiblemente más grande y horrorosa, una nariz aguileña de bruja de cuento. Y todos se reían de ella.

Despertó un momento de madrugada, entre sudores, y se dijo que quizá debiera escribir a la señora MacFadden para pedirle disculpas por lo que le había hecho. Y, también, que seguramente su padre tenía razón: ya era mayor y tendría que pensar más las cosas para no hacer daño a los demás de semejante forma.

Pero iba a odiar igualmente a la nueva institutriz. Sobre todo, si la hacía declinar verbos franceses durante el verano.

Capítulo 4

Una mujer entre dos mundos y tres niñas asombradas

Por la mañana, el cielo parecía haber recuperado la compostura tras varios días de excesos primaverales. No era ni demasiado azul, ni demasiado gris, ni demasiado nada, concluyó Helen mientras se pasaba el cepillo por el pelo desgreñado frente a la ventana de su dormitorio. Un cielo de principios de mayo que parecía querer agradar a todos sin importarle demasiado lo que pensara nadie.

En otra ocasión, hubiera aprovechado que todavía no había llegado la odiosa institutriz para pasear por el jardín o buscar a Sócrates y jugar con él a lanzarle la pelota. Pero se sentía tan cansada que se quedó en la salita del desayuno más tiempo del habitual, mientras removía distraída una mermelada de fresas que ni pensaba comerse. No hablaba con su hermana, ese día nadie parecía tener ganas de hacerlo. Lorna cortaba su tercera tostada en fragmentos cada vez más y más pequeños, como si quisiera encontrar el modo de hacerla desaparecer, y Annabelle, por su parte, no se había presentado aún.

Helen no se sorprendió. Ya de por sí, solía bajar siempre la última, porque se pasaba un buen rato preparándose con esmero, y ese día tenía más razones para el retraso. Probablemente seguía en el tocador, haciendo con cuidado sus trenzas mientras ensayaba su gesto de «arrepentida de corazón», el que más solía exhibir últimamente, y con el que pretendía conmover a los marqueses y hasta a la tía Gormlaith.

Fue entonces cuando sonó el timbre.

No el de la entrada de servicio, sino el otro, el de la principal. El que anunciaba visitas de cierta categoría. Helen y Lorna se miraron.

—¿Será ella? —preguntó Lorna.

—No creo. Las institutrices forman parte del servicio y usan la otra entrada.

Pero, unos segundos más tarde se oyeron voces en el pasillo y, casi al momento, la figura de Oliver, vestido con su uniforme de lacayo, asomó por la puerta.

—¡Ha llegado! —susurró apresuradamente.

—¿Quién? —preguntó Helen, aunque lo supo en cuanto formuló la palabra.

Oliver miró hacia atrás, ruborizado, y se hizo a un lado para abrir la puerta a una visita tal como le había enseñado su abuelo.

—La honorable señorita Juliet Hobbs —anunció, con elegancia.

Y entonces entró la institutriz.

La honorable señorita Juliet Hobbs no era lo que ninguna de ellas había imaginado. Para empezar, no era vieja, o al menos no demasiado: en realidad, debía ser de la edad de su madre —Helen lo supuso por su aspecto, pero también al recordar que habían sido compañeras en la escuela de Minstrel Valley—, que, como madre, era venerable, pero no vieja. ¡Nunca vieja!

Tampoco parecía especialmente severa, ni vestía como una

institutriz habitual, como habían hecho todas las anteriores. Llevaba un conjunto exquisito pero sencillo, en tonos verde musgo y blanco, con una chaqueta entallada que realzaba su figura alta y esbelta, y un sombrerito inclinado sobre la frente, adornado con flores de tela, que apenas ocultaba una brillante mata de rizos oscuros sujetos en un recogido elegante.

Pero lo más atractivo en ella era su rostro, bonito y vivaz, de líneas suaves y equilibradas, en el que dominaba una sonrisa luminosa; y, sobre todo, sus ojos, grandes y algo rasgados, entre grises y verdes, cuyas pupilas, tan inquietas como inteligentes, se detuvieron en ese momento en cada una de las niñas con una mezcla de curiosidad y picardía. Sonrió.

—¡Buenos días! —dijo, con buen humor—. Vosotras debéis de ser dos de las tres culpables. Lady Helen y lady Lorna. ¡Vaya, si sois preciosas! Pensaba encontrarme con un trío de pequeñas bandoleras y me encuentro con dos ladies. Supongo que la tercera será como vosotras.

—¡Oh, sí! —afirmó Lorna, con todo su buen corazón—. ¡Annabelle es incluso más bonita!

La joven rio, se acercó y le acarició la mejilla.

—Me cuesta creerlo, cariño.

Helen, que se había levantado por reflejo, se sintió súbitamente pequeña.

—Eh… —No habían sido presentadas, recordó. Y esa era su casa. Lo lógico era que se presentase ella, supuso, aunque no estaba segura. ¿Dónde se habría metido su madre? Las complejidades de las relaciones sociales todavía le parecían un misterio, al menos casi siempre. Ella hubiera dado un par de voces sin más, pero no parecía adecuado. Trató de mostrarse lo más elegante posible. Como ella—. ¿Y usted… es…?

—Señorita Hobbs, Juliet Hobbs —dijo la joven, tendiendo la mano como si fueran iguales, dos adultas contentas de conocerse. Helen abrió mucho los ojos y la estrechó y se vio compensada por un apretón firme y lleno de energía, pero sin avasallar. Un saludo cómplice, se le ocurrió pensar, con agrado—. Vuestra nueva institutriz. Y, sí, ya sé lo de la colección de tierras de la pobre señora MacFadden y su… —carraspeó, intentando mostrar cierta reserva— problema capilar. Me lo explicó, aunque por encima, en la nota que me envió vuestra madre, cuanto contactó conmigo. Creo que quería asegurarse de que entendía la… eh, gravedad de la situación, de aceptar el empleo.

Helen inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y qué piensa de ello? —preguntó, con cierto tono de reto.

—¿Yo? Bueno… No estaba aquí para ser testigo de lo que ocurrió y solo conozco una versión del asunto, por lo que será mejor que me abstenga de decir nada. —Claro, quería caerles simpática, se dijo Helen con algo de desdén, así que no iba a involucrarse. Pensó que con eso habría terminado toda referencia al tema, pero no. Los ojos de la señorita Hobbs la miraron con repentina gravedad—. Sin embargo, sí puedo decirte, lady Helen, que yo hubiera defendido a mi hermana de todos los dragones del mundo hasta el fin de los tiempos. Aunque eso me costara la vida.

Helen la miró con fijeza, sintiendo que, de verdad, aquella mujer la entendía. Asintió.

Annabelle entró justo entonces, jadeante, con el pelo aún a medio sujetar en una especie de diadema de trenzas.

—¿Ha llegado ya… —se paró en seco al ver a la señorita Hobbs. Sus ojos se abrieron al máximo—… la institutriz?

—Creo que sí, querida —dijo Juliet, alzando una ceja—. De hecho, ya llevo unos minutos estudiando a tus amigas como si fueran una

ecuación y, fíjate, nos faltaba un elemento. —Se produjo un silencio algo incómodo. Las niñas se miraron, sin saber qué había dicho la señorita Hobbs. ¿Un insulto, quizá? ¡Eso parecía! Ella no se dio cuenta. Le hizo un gesto a Annabelle, insistiendo—. Pasa, anda, únete. Apareces como una nueva incógnita, así que deja que te desvele: eres lady Annabelle Sanders.

—Sí… —Annabelle pasó los ojos por la elegante joven y se puso a recogerse bien las trenzas—. Lo siento, estaba probando un nuevo peinado y me despisté.

—No te preocupes, hoy no tenemos clase, no hay ninguna prisa. Siéntate. —Mientras Annabelle obedecía, la institutriz dejó el bolso en el aparador, a salvo de las grandes bandejas de plata en las que se ofrecían los distintos componentes del desayuno y empezó a peinarla. Se le daba bien—. Esto se arregla rápido. Supongo que querías hacer lo mismo con las otras trenzas, ¿no? Enroscarla la más gruesa como otro pequeño moño atrás, y enroscar la delgadita alrededor. Simétrico al otro lado.

—Sí, exacto.

—Perfecto. Tienes un pelo muy bonito, milady. Y tu idea para el nuevo peinado es ingeniosa y elegante.

—Eh… gracias.

—¿Qué es una ecuación? —preguntó entonces Lorna, sin poder contenerse más, dando voz a lo que las tres pensaban—. ¿Algo malo?

La señorita Hobbs arqueó las cejas.

—Oh, no, claro que no. —Las miró alternativamente—. Es cierto, perdonad —dijo, con disculpa—. A veces no me doy cuenta… A ver, una ecuación es una fórmula matemática que algún día os enseñaré, pese a que muchos hombres opinan que las mujeres no necesitamos saber cosas así. Usé la idea al pensar en tres elementos, distintas

variables, múltiples combinaciones posibles, resultado incierto. —Le guiñó un ojo—. Algo apasionante, lady Lorna, para nada malo. El conocimiento, pese a lo que pretenden hacernos creer a veces, nunca es malo. —Se volvió hacia Helen—. Tú debes de ser la líder del grupo. Tienes esa mirada de persona decida a conseguir del mundo cuanto se proponga.

Helen sintió que se le subían los colores.

—Supongo que le habrán dicho que soy mala. Y desobediente.

—¿También? No, cariño. Apenas me han comentado nada, solo que tienes mucha… —la señorita Hobbs terminó su tarea mientras buscaba la palabra adecuada— personalidad. Y, si te digo la verdad, no tienes ojos de niña mala. —Rio—. Llevo años enseñando a jovencitas, desde que salí de Minstrel Valley y sé que…

—¿Es usted una Dama Selecta, como lady Terrace? —la interrumpió Annabelle con cara de admiración.

La señorita Hobbs sonrió.

—Eso quiero creer. Y espero que las tres podáis serlo algún día. Los años que pasé en Minstrel Valley fueron los mejores de mi vida. —La frase hablaba de felicidad, y la respaldaba su sonrisa, pero sus ojos expresaron una antigua pena. Helen parpadeó—. La cuestión es que, por mi experiencia, la vocación de rebeldía no es algo negativo, al contrario. Pero tienes… —se interrumpió e incluyó a las otras—, todas tenéis que aprender a vivirlo de un modo concreto en esta sociedad. Como aprendí a hacerlo yo. Como aprendieron vuestras madres.

—¿Conoce a mi madre? —susurró Annabelle. La señorita Hobbs sonrió de nuevo, pero esta vez con un matiz distinto. Ahora sí fue como si estuviera recordando algo entrañable.

—Por supuesto que sí. Beth, Eve y yo éramos inseparables por aquella época. Como lo sois vosotras ahora.

—Puedo afirmarlo —dijo lady Beth, que estaba enmarcada en el umbral de la puerta. Avanzó con los brazos extendidos hacia la señorita Hobbs, y ambas se tomaron por las manos y se besaron las mejillas con un cariño evidente—. ¡Juliet, querida, cómo me alegra que hayas aceptado venir!

—Jamás podría negarme a semejante propuesta. ¡Estar contigo, Beth, cuidar de tus hijas! Esto es un sueño para mí.

—Me hubiera gustado proponértelo cuando tomamos el té, a tu regreso de China, pero entonces estaba la señora MacFadden, ya te dije, y —miró a las niñas con amable censura—, en fin…

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Pero, ni te imaginas lo que me alegré al recibir tu nota. ¡Necesitaba cuanto antes un trabajo! Adoro a mi hermano y mi cuñada, pero adoro mucho más mi independencia.

—Sabes que hubieras podido venir simplemente como invitada, y quedarte todo el tiempo que lo deseases.

—Ya, pero… —sonrió con disculpa—, como te digo, adoro mi independencia. Estaba buscando un trabajo.

Ambas rieron.

—Está bien, lo entiendo —dijo lady Beth—. ¿Quieres tomar un té?

—Sí, muchas gracias. —Se sentaron a la mesa allí mismo y los criados se apresuraron a servir tazas para la marquesa y la institutriz, que contempló sonriente a las niñas—. Cómo pasa el tiempo, Beth. Tienes unas hijas preciosas y ya casi son unas mujercitas.

—Así es. Por eso te necesitamos. Me alegra que no te fueras a la India.

—Estuve a punto. ¡Han sido diez años con la familia de sir Edmun en China! Sus hijas son como si fueran mías, para el caso.

—Hablando de eso, si te digo la verdad, Eve y yo estábamos

convencidas de que te acabarías casando con él. —La señorita Hobbs se echó a reír, y lady Beth la secundó, aunque añadió—: ¡No te rías! No era una idea tan absurda. Un viudo de posición y edad más que aceptables, con un buen cargo…

—Sí, no lo niego. Consejero jurídico adjunto del gobierno británico en la concesión internacional de Shanghái. Además, sir Edmund Lascelles es todo un personaje, créeme… —añadió, con cariño—. Un buen hombre, y sumamente culto: estudió en Cambridge y es un devoto lector de poesía persa. Siempre ha sido justo con sus subordinados, muy afectuoso con sus hijas y tuvo conmigo una relación distante, aunque cargada de respeto.

—Todo eso podría indicar que hubiese sido un buen marido.

—Quizá. Pero, cuando me contrató, llevaba viudo varios meses, y tenía dos niñas pequeñas, de tres y cinco años. —La señorita Hobbs sonrió, pero fue una sonrisa cargada de sombras—. Ellas son lo que nos unieron, nada más. Ni él ni yo deseábamos la clase de compañía que os planteabais Eve y tú. Su esposa murió de unas fiebres y él era un hombre roto. —Las niñas se miraron. Helen bajó un poco la mirada. Annabelle suspiró sin darse cuenta—. Y, como bien sabes, cuando me fui de Inglaterra yo ya era una criatura herida. Seguía siéndolo, pese a que había vivido cinco años entre España, Francia e Italia.

¿Criatura herida? ¡Oh, qué magníficamente trágico! Helen se removió en su asiento, intrigada. Intentaba portarse bien, no decir nada, para contentar a su madre, que seguía enfadada con ellas, pero ardía de deseos de preguntar cosas.

En todo caso, no se sorprendió demasiado cuando su hermana Lorna se saltó todas normas que indicaban que los niños no debían interrumpir las charlas de los mayores.

—¿Dónde vivía, señorita Hobbs? ¿Era un palacio? —preguntó

Lorna, ilusionada.

La institutriz esbozó una sonrisa suave.

—No exactamente. Pero sí que es verdad que vivíamos en una casa muy bonita, blanca, de dos plantas, en medio de la concesión internacional de Shanghái. Estaba rodeada de verjas de hierro forjado y palmeras altas. Tenía balcones con celosías orientales, un piano de cola en el salón y ventiladores en el techo que giraban con una lentitud exasperante. El aire olía a marisma y a especias, y los atardeceres… eso era lo más hermoso. Eran de un rojo imposible.

—¿Y habla chino? —siguió Lorna. La institutriz rio.

—*Mǎ mǎ hū hū* —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Qué significa eso? —preguntó Helen, intrigada.

—Literalmente «caballo caballo tigre tigre», pero es una expresión coloquial china que significa «más o menos», «regular». A veces se usa con humor, como «ni bien ni mal», o como «una chapuza pasable». Aunque mi ama de llaves de Shanghái juraba que quería decir «como un caballo borracho».

Lorna soltó una carcajada.

—¡Yo quiero aprender chino!

La señorita Hobbs rio también y se inclinó a darle un beso en la mejilla.

—*Nǐ hěn kě'ài*. Significa que eres adorable. Estaré encantada. Cuando pronunciéis bien *mǎ* sin que suene a *má*, os enseñaré a manejaros en un mercado sin que os vendan una anguila.

—¿Y usted cuidaba de las niñas? —Quiso saber Annabelle, que no parecía muy interesada por aprender chino—. Por lo que ha dicho, eran muy pequeñitas.

—Al principio sí, tuve que hacer de madre para ellas, pobrecitas. Pero pronto estuvieron las dos dando clase. Las enseñé a leer, a escribir, Historia, francés... Son listas y dulces. Las quiero mucho. De

hecho, hubiera seguido con ellas de no ser por la situación que se está generando en China.

Lady Beth asintió.

—Sí, Walter dice que se está complicando mucho.

—Así es. Los ataques a extranjeros no solo no cesaban, sino que cada vez eran más y más abundantes. El ambiente se estaba volviendo angustioso. Los rumores sobre levantamientos, sobre milicias populares armándose contra cualquier influencia extranjera, eran continuos y cada vez más inquietantes. Ya sabes cómo son esas cosas al principio: nadie las toma en serio… hasta que lo son. Las últimas semanas fueron muy tensas. Las niñas y yo ya no podíamos salir a ningún sitio sin escolta. De modo que sir Edmund decidió no arriesgar la seguridad de la familia y organizó la vuelta a Londres antes de que estallase algo más grave.

—¿Entonces era peligroso? —preguntó lady Beth alarmada.

La señorita Hobbs titubeó. Sus pupilas recorrieron los rostros de las niñas.

—Digamos que era momento de regresar, y rápido. —Las dos mujeres intercambiaron una mirada de entendimiento. Helen supo que no tardaría en haber una guerra, o algo así, en China—. Y, ya ves, en un par de semanas, sir Edmund ya había recibido una nueva asignación, esta vez en la India. Querían que fuera con ellos, pero… Con todo el dolor de mi corazón, dije que no.

—¿Prefiere Inglaterra a la India? —preguntó Helen, con los ojos muy abiertos. No podía imaginar tal cosa. ¡Aquel país tenía que estar tan lleno de aventuras como lo estaba de especias de hermosos colores! Ella hubiera querido poder irse allí, a vivir como vagabunda con lord Peter y Sócrates. Y, claro, con Annabelle y Lorna. A ellas también las hubiese llevado.

Pero la señorita Hobbs no parecía compartir su entusiasmo. Miró a

través de la ventana, como si las copas de los árboles de Kensington pudieran darle alguna clase de respuesta.

—Estoy algo cansada de viajar, querida. Tras quince años acompañando familias de un extremo del Imperio al otro, me apetece, por primera vez en mucho tiempo, no tener que hacer un baúl. Londres me parece de pronto una idea extraordinaria. Un poco de estabilidad. Un poco de silencio. Y, si es en una casa con jóvenes encantadoras y contigo al frente, Beth, mejor que mejor.

Lady Beth asintió lentamente.

—Y yo me alegro de ello —replicó, y carraspeó—. Voy a procurar no darte la lata respecto a tu vida privada, te dejaré en paz. Pero vas a tener que permitir que te haga una última pregunta.

La otra entornó los ojos.

—Ya imagino cuál, pero adelante, hazla.

—¿De verdad nunca pensaste en casarte allí? —preguntó lady Beth, con delicadeza—. Eres preciosa, Juliet, y encantadora. No puedo creer que no te surgiera alguna oportunidad.

—¿En China?

—O en Italia. O en Francia o España…

—Bueno, sí, a lo largo de los años he tenido alguna que otra propuesta. —La señorita Hobbs tomó un sorbo de té y dejó la taza en el platillo—. Pero ninguna de verdad… verdadera. —Rio lo absurdo de lo dicho—. Nadie me ha visto nunca como algo más que una institutriz con buena dicción y modales aceptables. Te recuerdo que carezco de dote, mi familia lo perdió casi todo cuando murió mi padre, y eso reduce mucho las posibilidades. Y después de lo que… —Hubo un breve silencio. Las niñas no se atrevieron a respirar—. Después de aquello —continuó la señorita Hobbs, incidiendo apenas en la palabra—, decidí que no volvería a pasar por algo parecido. Preferí construir mi vida sola. Enseñando. Aprendiendo. Viajando. —

Se encogió de hombros—. Estoy cansada, sí. Y sin un hogar en ninguna parte. Pero no me arrepiento.

Lady Beth sonrió con esa clase de dulzura que nadie podía aprender: surgía del corazón.

—Ni falta que hace. Porque no estás sola y, de hecho, ahora mismo estás en tu hogar. Sabes que lo digo en serio, Julyjuly.

La señorita Hobbs soltó una carcajada.

—¡Dios mío! Hacía más de quince años que nadie me llamaba así, Bethybethy. —Rieron juntas, contagiando aquella alegría nostálgica a las niñas. La señorita Hobbs se inclinó hacia lady Beth y la besó en la mejilla—. Gracias, querida. Por todo.

—No hay de qué. —Se oyó la voz del marqués, en algún lugar de la casa—. Mira, ahí está Walter, ven, que te lo presento.

—Encantada. —La señorita Hobbs sonrió a las niñas—. Nos vemos más tarde, jovencitas. Seguro que lo pasaremos bien.

—Sí, señorita Hobbs —dijeron las tres, acertando a hacerlo a la vez por pura suerte. Las dos mujeres rieron y salieron de la salita.

Helen, Annabelle y Lorna se miraron confusas, pero con un regusto de pura maravilla.

—¿Es una institutriz o una actriz del Globe? —murmuró Annabelle.

—Yo creo que es una bruja buena —añadió Lorna, aún impresionada.

Helen, sin saber por qué, sintió una punzada en el estómago. Tenía la impresión de que acababa de conocer a alguien importante, alguien que iba a cambiarlo todo en su vida.

«Construir mi vida sola». No acababa de entenderlo, pero, sin duda, lo admiraba.

Quizá, después de todo, no necesitase odiar a la institutriz.

El tiempo lo diría.

Capítulo 5

Una fugitiva, un perro y una grieta en las normas

Helen regresaba a toda prisa de «Bradford & Sons», la librería de Notting Hill más cercana a su casa, con un ejemplar bajo el brazo de *El heredero de Redclyffe*, de Charlotte M. Yonge. Sus pasos sobre el empedrado producían un sonido claro y rítmico, que se mezclaba con el lejano canto de los pájaros y el murmullo de una brisa suave que agitaba las hojas de los árboles.

El corazón le latía con fuerza, no solo por la emoción de tener por fin aquel libro del que tanto había oído hablar y tanto había buscado, sino por el pequeño pellizco de culpa y triunfo que le recorría el estómago.

No tenía permiso para salir sola.

En teoría, debía acompañarla siempre una doncella, allá donde fuera, incluso para comprar unos simples lápices o enviar un telegrama —una pena, no tener nadie a quien mandárselo—, o simplemente para dar saltitos en la acera, fuera de la propiedad de sus padres: no podía salir sola, sin más.

Pero Helen encontraba insoportable aquella vigilancia constante, y llevaba meses perfeccionando pequeñas estrategias para esfumarse sin que nadie se diera cuenta, ni siquiera Annabelle o Lorna. Aquella tarde había fingido querer subir al desván a buscar un sombrero de verano; había salido por la puerta de servicio y atravesado los jardines con decisión. Como si llevara años haciéndolo.

¡Como si fuera libre, y todo!

Caminaba ahora de regreso, con paso rápido, el libro apretado contra el pecho. No había querido que se lo envolvieran, porque le encantaba el tacto del cuero y ver la portada, con aquellas preciosas letras doradas; y abrirlo y leer párrafos sueltos de su contenido, aunque le daba miedo descubrir cosas que le estropeasen cualquier sorpresa preparada por su autora.

Pero ¡tenía tantas ganas de leerlo! Le habían dicho que trataba sobre el honor, el deber, el amor verdadero, los malentendidos trágicos y la redención. Que era una novela romántica, con personajes nobles y emociones elevadas. Lo del tono moralizante no le había gustado mucho, pero si tenía malentendidos trágicos estaba dispuesta a darle una oportunidad.

Había decidido que, dado que había sido el primer libro que compraba sola, si le gustaba mucho, escribiría en él una dedicatoria manuscrita para las Helen del futuro, algo críptico y motivador, del tipo: «Para quien no tema encontrarse con heroínas insolentes». Estaba en esas, y soñando con la historia fascinante que la esperaba entre aquellas páginas, cuando levantó la vista y se detuvo en seco.

Lord Peter Swann venía de frente por la acera opuesta, con Sócrates trotando tranquilo a su lado. El joven llevaba un traje gris perla, impecable camisa blanca y zapatos de puntas afiladas. El pelo negro revuelto por el viento suave le daba un aire relajado, informal, aumentado de algún modo por su expresión pensativa. Hubiera

pasado desapercibido para cualquiera que no le conociera. Era un muchacho dando un paseo con su perro, sin más.

Pero tenía un ojo morado.

Un estupendo, dramático, honroso ojo morado…

Helen y él se vieron prácticamente al mismo tiempo. Lord Peter frenó un poco; Helen también, justo un segundo después. ¿Qué iba a hacer? ¿Querría conversar con ella, como hacían los vecinos educados? Aunque, bueno, el padre de lord Peter, el conde de Deelright, nunca saludaba a nadie excepto con un gesto de cabeza, y eso si estaba de buen humor.

Lord Peter era distinto, siempre se había mostrado cordial. Pero también era muy tímido, por lo que nunca habían hablado demasiado, apenas un par de frases de saludo cortés. Pensándolo bien, aquel día de invierno que los encontraron en el árbol, habían intercambiado más bolas de nieve que palabras en todo el tiempo que se conocían, y desde entonces Peter no había vuelto por Londres, llevaba meses sin verlo.

De hecho, fue justo antes de derribarlo con una bola de nieve que lo hizo resbalar, cuando descubrió que era guapísimo. Resultaba un poco absurdo, dicho así, pero era cierto, antes no se había fijado. No hasta ese punto, al menos.

Durante varios segundos permanecieron muy quietos y se miraron como auténticos tontos, en opinión de Helen, que fue la primera en dar un pasito hacia el borde de la acera, como proponiendo un acercamiento.

Él, casi al momento, hizo lo mismo.

Helen repitió.

Lord Peter la imitó.

Avanzaron alternándose, como si una fuerza invisible los hubiera atado al mismo destino, pero a distintos tiempos.

Ambos llegaron al borde de sus respectivas aceras.

—¿Vas a cruzar? —le preguntó él, viendo que Helen no se movía.

—¡Yo soy la dama! —replicó ella—. Deberías venir tú y clavar una rodilla en tierra, a mis pies.

Peter se echó a reír. ¡Oh! ¡Qué guapo estaba! Incluso con el ojo morado.

—Lo haré si me dejas besar tu mano.

Helen arqueó una ceja. ¿Dónde estaba el muchacho tímido que apenas se atrevía a decir dos palabras seguidas? Quizá le había pasado algo cuando le dieron el puñetazo… O quizá había crecido también por dentro, porque se le veía más alto.

En todo caso, se alegró del cambio y estaba a punto de acceder encantada, cuando recordó la tercera norma del amor con cierta inquietud. Pero qué tontería, las manos no contaban, ¿verdad? De otro modo, la mayor parte de las damas inglesas estarían siempre esperando bebés, y no era el caso.

—Me lo pensaré, si lo haces.

Él sonrió y la miró de un modo… No estuvo segura de cómo describirlo, pero hizo que su corazón diera un vuelco completo dentro de su pecho. Lord Peter echó a andar hacia ella con una determinación que no recordaba que tuviera en otros tiempos. Definitivamente, estaba creciendo, supuso. Se estaba convirtiendo en un hombre, el futuro conde de Deelright, alguien que sería muy apuesto y muy decidido. Un peligro para las damas.

No pudo evitar retroceder un paso, aunque se odió por ello. Y no pudo recuperar el terreno perdido, porque lord Peter subió a la acera por allí y se plantó con gallardía frente a ella.

Sin más, clavó una rodilla en tierra y le tendió la mano, pidiendo la suya.

Menos mal que no se veía a nadie por la calle.

—Amm… —Sintiendo que el corazón le latía con tanta fuerza que hasta le hacía daño en el pecho, Helen cedió y ofreció la suya. Lord Peter la tomó y sus labios besaron el aire a pocos milímetros de su guante, como indicaban las normas de la más exquisita etiqueta.

Se preguntó por qué lo lamentaba tanto.

—Lady Helen, un placer, como siempre —saludó él. Se puso en pie, sacudió el pantalón en la zona de la rodilla que había estado en el suelo y la miró sonriente. ¿Había crecido? Sí, claro que sí. Antes eran más o menos de la misma altura y ahora le sacaba casi una cabeza—. Estás encantadora. —Ella parpadeó, pero ni le dio tiempo a ruborizarse, porque lord Peter se centró en el libro—. ¿De cacería de letras?

Helen escondió el ejemplar de *El heredero de Redclyffe* a la espalda, sujetándolo por una esquina.

—Algo así.

—¿No me vas a dejar verlo?

Helen dudó, pero qué remedio. No quería parecer tonta. Se lo enseñó.

—Me han dicho que está muy bien…

Lord Peter se lo cogió de entre los dedos y lo miró con una sonrisa.

—*El heredero de Redclyffe*… Caramba. —Se lo devolvió. Sócrates se sentó con paciencia, como si supiera que su amo no iba a moverse en unos minutos—. Será mejor que te prepares. Vas a llorar.

—Oh. —Eso esperaba, ya se lo habían dicho. Quería perderse en la historia y llorar, reírse, emocionarse… ¡Enamorarse! Pero no iba a admitirlo, no fuera a considerarlo una novela de niñas—. ¿Lo has leído?

—Sí. Y me gustó mucho. Pero vas a llorar.

—Ya, bueno… Yo había ido a por una historia de aventuras arriesgadas, con muchos… muchos duelos a espada y disparos —mintió, tratando de parecer más dura e interesante de lo que era—. Quería una protagonista femenina que cambiara el mundo a mejor disparando con su escopeta contra los malvados, de pie sobre su caballo… Pero no había. ¡Tendré que hacerlo yo misma!

Lord Peter lanzó una carcajada.

—Qué terrorífica mujer. Por favor, hazlo. Yo quiero verlo. —Su sonrisa era peligrosa. La clase de sonrisa que no debería permitirse a ningún varón de catorce años con pestañas absurdamente largas.

Helen no pudo evitar sentirse muy feliz.

—¿Y tú? —preguntó—. En algún sitio te has ganado un ojo morado. Eso seguro que también fue una buena aventura.

Peter bajó la mirada un segundo, luego hizo un gesto resignado.

—Más o menos. Un compañero hizo un comentario desagradable sobre la hija de uno de nuestros profesores. Y, bueno, supongo que no me lo tomé de un modo muy diplomático.

—¿Le partiste la nariz? —aventuró Helen con ojos brillantes.

—Me temo que no llegó a tanto la cosa. Solo sangró un poco. Él también me alcanzó, como puedes ver —añadió, señalando su ojo con teatralidad—. Pero no me arrepiento. Siempre defenderé a una dama. Incluso aunque no esté presente.

—Eso te hace peligrosamente admirable —dijo ella, inclinando la cabeza a un lado—. Yo te hubiera puesto una medalla.

—Ellos no. Me cayó una buena regañina.

—¿Y te expulsaron?

—Temporalmente. Solo hasta el próximo curso y, total, ya había acabado los exámenes con muy buenas notas, así que no me importó. Eso sí, como castigo adicional, me han privado del continente —añadió, fingiendo tragedia—. Adiós, Alpes. Adiós,

gondoleros venecianos.

—¿Ibas a ir a Venecia?

—No. Solo a Italia. —Ambos rieron—. Aunque lo lamento de verdad. Creo que sabes que me gusta mucho la época del Imperio Romano, y que trato de estudiar latín para leer las versiones originales de la época.

—Ams… —masculló Helen, sin saber qué responder ante tales gustos. Él se echó a reír.

—En definitiva, que sí que me hacía ilusión ir a Italia. Pero lo doy por bien perdido, qué remedio.

—Bueno, pues tendrás que decirle hola al aburrido verano en Londres —dijo Helen—. O… no tan aburrido, si se tienen buenos aliados. —Se encogió de hombros—. Da la casualidad de que yo también estoy castigada.

—Ya me lo han contado, sí.

Helen se ruborizó. Supuso que habría sido Oliver. ¡Cómo le odiaba! Ahora lord Peter pensaría que era una niña cruel y sin escrúpulos.

—Yo… —¿Cómo justificarse? No había modo, supuso—. Bueno, no lo pensé mucho, y eso siempre me mete en líos.

—Eso te pasa por disparar a los malvados de pie sobre tu caballo.

—Sí… —Hizo un pequeño gesto contrito—. Pero quizá ella no era tan malvada. No al principio, al menos. Quizá tuve algo de culpa, y la enfadé.

—Quizá. —Lord Peter se mostró pensativo—. Pero, que yo sepa, tampoco ha sido tan grave la cosa. Seguro que encuentras el modo de solucionarlo.

—Supongo que sí…

Las pupilas de lord Peter seguían observándola con fijeza. Era una mirada sin malicia, pero atenta, y Helen sintió un cosquilleo subirle por el cuello hasta las mejillas.

—¿Tú eres buena aliada, lady Helen?

—¿Cómo?

—Antes has dicho que, con buenos aliados, el verano en Londres puede ser más soportable.

—Ah, eso… depende —respondió ella, conteniendo una sonrisa—. ¿Sabes jugar a las carreras con cucharas y huevos?

Él rio.

—Lo sé todo sobre carreras absurdas. Y sobre toda clase de juegos ridículos, para el caso.

«Ah, sí, ¿eh?», pensó Helen. Eso estaba por ver.

—¿Y a los pingüinos del acantilado encantado? —replicó con aire de desafío, inventando el primer nombre extravagante que le vino a la cabeza.

Lord Peter abrió mucho los ojos y se echó a reír.

—¿Eso es un juego real o acabas de inventarlo?

—¡Realísimo! —afirmó Helen, muy seria, aunque sus ojos chispearon de risa—. Tienes que andar como un pingüino dando vueltas alrededor de una piedra… bueno, también vale cualquier sombrero abandonado en el suelo, por lo que tengo entendido. La cuestión es hacerlo mientras recitas un poema de Byron. El primero que tropieza, pierde. El segundo también, si se ríe. Es una cuestión de dignidad.

—¡Ah, sí, ese juego! —Rio él— Sí, claro que lo conozco. Tengo experiencia demostrable. Estoy muy versado en mantener la compostura en circunstancias ridículas. De hecho, fui subcampeón en la versión mejorada de ese juego: los patos tristes de Montechizado, se llama. Mucho más compleja, ya lo creo. Involucra tener que caminar con las puntas de los pies para dentro.

—¡Imposible! —replicó ella, con cara de incredulidad—. Nadie se ha mantenido serio nunca con un pato zambo.

—Yo sí. Mi abuelo casi me deshereda del susto.

Helen rio y él se unió a las carcajadas. ¡Santo cielo, qué divertido era! Tuvo la impresión de que podrían seguir por siempre, encadenando tonterías y risas.

Y entonces, como si fuera lo más natural, él añadió:

—¿Y tú sabes bailar en salones imaginarios, lady Helen?

Ella dio un paso hacia atrás, se inclinó con una pequeña reverencia y giró una vez sobre sí misma, como si llevara un vestido de fiesta, uno vaporoso y plateado, como aquel que su madre había lucido una vez en una velada benéfica del Victoria and Albert Museum. Entre todas las maravillas de su armario, esa se había quedado grabada en su memoria infantil como la verdadera esencia de la elegancia.

—Puedo hacerlo hasta con los ojos cerrados —susurró, aún girando, mientras Sócrates ladeaba la cabeza y lord Peter la observaba con una expresión entre divertida y soñadora. Cuando volvieron a quedar frente a frente, se miraron un instante.

—Me debes un baile, entonces, lady Helen —le dijo él.

Ella bajó la vista, luego volvió a alzarla, algo más seria.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Peter pareció sorprendido, como si no esperara ternura después de tanta broma. Le sostuvo la mirada con un leve gesto de gratitud.

—Yo también me alegro de estar aquí.

«Aquí». ¿En Londres? ¿En esa calle?

¿Allí, justo allí? ¿Con ella?

Un carruaje pasó cerca, y debía tener prisa, porque iba a buena velocidad; tanta, que levantó una fuerte ráfaga de viento que les agitó el cabello y la ropa. Helen sujetó el vuelo de su falda y Peter alzó una mano para que no le cayera polvo a Sócrates. Cuando el silencio volvió, Helen se aclaró la garganta.

—Podríamos… pensar en un plan —propuso.

—Uno, o muchos —convino él.

—Desde luego. Tenemos todo el verano por delante. —Helen sonrió y él lo hizo también, como contagiado—. Muchos días de sol.

—¿Sabes qué? —dijo Peter—. Me encantaría.

Sócrates ladró como en señal de aprobación.

Helen hubiera querido poder quedarse desde ya esa misma tarde, irse con él de paseo o a comprar un granizado y sentarse a tomarlo en un banco del parque, pero recordó que se había escapado de casa y que cada segundo fuera de la mansión aumentaba el peligro de que la descubriesen.

Por mucha pena que le diera, debía marcharse cuanto antes.

—Tengo que irme —dijo, y decidió ser sincera—. Me he escapado.

Él asintió.

—Lo imaginaba. No suele ser habitual ver hijas de marqueses caminando solas por la calle, sin importar la edad que tengan.

Helen suspiró.

—A menos que sean muy ancianitas —corrigió—. Cuando sea muy ancianita podré quedarme a charlar contigo cuanto nos apetezca.

—Espero el momento con ansia.

—Yo no. —Ambos rieron. Helen le dedicó una reverencia que él replicó y empezó a caminar—. Hasta pronto, lord Peter. —Y, antes de perder el valor, añadió—: Podríamos vernos mañana, después del té, en el murete que separa nuestros jardines. Para ir organizando algún plan…

Él pareció sorprendido y sonrió.

—Me parece una buena idea.

—Vale. —Por alguna razón, se sintió repentinamente tímida. ¿Y si pensaba que quería quedar con él por algo romántico? Que sí que era cierto, pero no deseaba que lo supiera con tanta claridad—. Iré

con mi hermana Lorna, claro. Y con Annabelle. Así no nos aburriremos. —Lord Peter arqueó una ceja. Helen se dio cuenta al momento de lo que implicaba lo que había dicho y añadió—: Que no es que me aburra contigo o, vamos, no lo sé, porque nunca hemos hablado mucho rato. Pero cuantos más seamos, mejor. ¿Verdad? ¡Podemos ir de aventuras!

Él la miró casi con ternura.

—Entonces, yo se lo diré a Oliver.

No le hacía mucha gracia, pero luego se dijo que quizá así Annabelle y Oliver podrían dedicarse a mirarse raro en un aparte, y con Lorna contemplándolos a los dos intrigada. Así podría tener a lord Peter solo para ella.

—Vale. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Le dijo también adiós con la mano, volvió a girarse y se alejó con una sonrisa que no se le borró en todo el camino a casa.

Porque sí: había roto la primera norma. Claramente.

Y no le importaba ni un poquito.

Capítulo 6

Unas cuantas piezas de a ocho para las corsarias del saber

Las clases con la señorita Hobbs resultaron muy diferentes a como habían sido con el resto de las institutrices.

Para empezar, el primer día, entró en el aula con un pequeño arcón de madera bajo el brazo y las niñas se miraron entre sí, convencidas de que algo extraordinario estaba a punto de suceder.

El cofre era oscuro, con herrajes de latón envejecido y una hermosa cerradura. Lo dejó sobre la mesa con gesto ceremonioso y se quedó unos segundos en silencio, como si midiera el efecto de su presencia en el aula.

Luego, muy seria, anunció:

—Este es el Cofre del Tesoro, miladies. Contiene en su interior recompensas cuidadosamente seleccionadas, pequeñas maravillas que desearéis… pero que solo estarán al alcance de quienes acumulen méritos suficientes.

De un bolsillo de su chaqueta extrajo una bolsita de terciopelo azul. La abrió y volcó su contenido sobre la mesa. Parecía… Helen no

pudo estar segura. Alguna clase de formas triangulares plateadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Lorna fascinada. La señorita Hobbs les hizo un gesto con la mano.

—Acercaos sin miedo, venid y mirad. —Las niñas obedecieron y rodearon el escritorio de la institutriz, contemplando atónitas los trocitos. Helen tocó uno con la punta de un dedo. Concluyó que eran de madera, pero estaban pintados de tal forma que brillaban como si fueran metálicos bajo la luz matinal. Triángulos de plata—. Cada vez que una de vosotras acierte una pregunta especialmente difícil, muestre cortesía portentosa o manifieste un razonamiento brillante… recibirá uno de estos trocitos —explicó, levantando uno de los triángulos—. Y, cuando tengáis la pieza de a ocho entera, podréis canjearla por un obsequio del cofre.

—¿Qué es una pieza de a ocho? —preguntó Helen, atónita.

La señorita Hobbs carraspeó con elegancia y alzó una ceja.

—Ah, disculpas, sí, debí empezar por ahí. Una pieza de a ocho, miladies, también llamada real de a ocho, era una moneda española muy común en el pasado, usada en todo el mundo, porque el imperio español se extendía por todas partes. Los reales de a ocho eran de plata y se trataba de una moneda tan valiosa y útil, que si uno no tenía cambio… ¡la cortaba en pedazos! —Las tres niñas abrieron mucho los ojos—. Literalmente, señoritas. En octavos. Tal como veis aquí. Por eso los piratas, que raramente pagaban en la taberna en billetes de banco —todas rieron—, la preferían. Una moneda y ocho partes: fácil de contar, fácil de compartir.

—Pero… pero… —farfulló Helen, imaginando con horror los chelines que tenía ahorrados, cortados en pedacitos. Annabelle abrió la boca, pero acabó cerrándola de nuevo, claramente sin saber qué decir.

La señorita Hobbs alzó de nuevo uno de los fragmentos entre sus

dedos.

—La cuestión es que, cada vez que recibáis uno de estos, estaréis un paso más cerca de completar la moneda del tesoro: la legendaria pieza de a ocho. —Fue escogiendo trocitos plateados sobre su escritorio y juntándolos como si fueran un rompecabezas hasta formar con ocho de ellos un círculo: una moneda—. Y, entonces, podréis canjearla por algún contenido del cofre. Como a mí me gustan las metáforas, cada vez que consigáis una de estas piezas, pensaré en vosotras como pequeñas corsarias del saber…

Los ojos de Lorna brillaron.

—¿Seremos piratas de verdad?

—Así es —asintió la institutriz, sonriendo—. Y ya que estamos, voy a añadir que la pieza de a ocho, niñas, fue mucho más que una simple moneda. Durante siglos se aceptó en prácticamente todo el mundo, desde Calcuta hasta Cartagena. Por eso muchos historiadores la consideran la primera divisa internacional.

Annabelle alzó la mano con escepticismo:

—¿Aunque era española?

—Justamente por eso. Porque España, en aquella época, era un gran imperio, la mayor potencia mundial. Lo llamaban «el imperio donde nunca se ponía el sol», porque tenía colonias en cuatro continentes, lo que llevaba a que en todo ese territorio se pudiera usar sin problema el real de a ocho. Además, cuando una moneda es fiable, la nacionalidad deja de importar. ¿Os suena de algo?

Helen, siempre aguda, murmuró:

—Como el oro.

—Como el oro —asintió la señorita Hobbs—. Que es un valor universal, reconocido sin importar el país. Pero, en su caso, más bonita y con historia de piratas.

—Vale. Será divertido reunirlas…

—Me alegra que pienses así. Pero cuidado —le quitó la que había cogido, aunque con una sonrisa—: las piezas también pueden perderse si se utilizan con arrogancia o para protestar con impertinencia.

Así era la señorita Hobbs: extraña, fuera de toda norma, pero efectiva. Aprovechaba cualquier ocasión para enseñarles algo, porque el mundo estaba lleno de datos interesantes que merecía la pena conocer. Pero siempre daba la impresión de que, más que enseñarles cosas en concreto, lo que quería era despertar en ellas el deseo de aprender, y hacerlo divertido, para que no lo olvidasen.

El ambiente en el aula era excelente, de modo que las niñas asistían contentas, siempre preguntándose con qué se encontrarían cada mañana. Estar allí ya no era un castigo, ni un aburrimiento; era un tiempo mágico y divertido. Y, precisamente por eso, aprendían mejor y más rápido, y siempre salían de allí un poquito más sabias.

En Literatura, las dejaba elegir los libros a leer, alternándolos con otros que se suponía debían conocer, como Las aventuras de Robinson Crusoe, de Daniel Defoe; Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift; La abadía de Northanger, que la señorita Hobbs incluía «por su penetrante y acertada sátira de las jovencitas impresionables, no por sus méritos románticos»; y por supuesto, pasajes escogidos de Shakespeare, cuidadosamente seleccionados para su edad.

También leían poemas de Tennyson y narraciones moralizantes de Maria Edgeworth, que Helen y Lorna encontraban tremendamente aburridas, aunque Annabelle siempre decía que le parecían útiles para «no volverse una persona completamente horrenda».

Además, la señorita Hobbs empezó a llevarlas al teatro todas las semanas, en sesiones de tarde o matinés dominicales, acompañadas de dos doncellas que se turnaban, porque todas las que formaban

parte del servicio de Terrace House querían ir. Daisy, la doncella de Helen, le contó que, el ir con las pequeñas miladies al teatro, había empezado a ser un premio entregado por la señora Rowling, el ama de llaves, por méritos logrados a lo largo de la semana.

Así, vieron Mucho ruido y pocas nueces en el Lyceum, con una Beatrice encantadoramente insolente; El mercader de Venecia, que les provocó largas conversaciones sobre justicia, piedad y el extraño encanto de Shylock; y también La escuela del escándalo, de Sheridan, que Helen describió como «una obra en la que todos cotillean, pero con mucha elegancia y sin alzar la voz».

Una vez asistieron a una función de The Pirates of Penzance, y Lorna estuvo tarareando las canciones durante días, mientras que Annabelle solo decía que la historia «era poco seria y ridícula, pero pegadiza».

Para la Historia, alternaban entre interpretar las escenas relevantes de cada momento como si fueran sus personajes protagonistas, o actuar como si fueran arqueólogas en plena tarea de esclarecer un misterio del pasado. En esas ocasiones, la señorita Hobbs escondía algo —un tesoro celta, unos documentos secretos de un espía francés de Napoleón o cualquier otra idea del estilo— y les dejaba pistas en latín que tenían que ir traduciendo.

Si lo resolvían, siempre había algún premio: encontraban enterrada en el jardín una caja con unos abalorios, unas entradas de teatro dentro de un libro de la biblioteca —lo último que se sabía de un historiador desaparecido, pobrecillo— o cualquier otra cosa, siempre recompensas igual de asombrosas.

Algunas clases aportaban incluso más que simple descripción de datos históricos. La señorita Hobbs las hacía pensar, les enseñaba cosas sobre la vida, a través de las anécdotas que sabía de los personajes del pasado.

Como el día en que miró a las niñas con expresión seria pero chispeante.

—Hoy he pensado que podríamos hablar de uno de los hombres más astutos y más… peligrosamente inteligentes de su siglo: monsieur Charles-Maurice de Talleyrand. Lo mencionamos el otro día, cuando estudiábamos la época napoleónica y sus consecuencias. ¿Lo recordáis?

Helen levantó la cabeza del cuaderno, curiosa.

—¿El diplomático francés que cambió de bando varias veces?

—Exactamente. Muy bien, lady Helen. —Se acercó a su pupitre y le entregó un trocito de pieza de a ocho. Helen casi brincó de felicidad. ¡Ya tenía la moneda completa!—. Cambió de bando, de rey, de régimen… y nunca cayó. En el Congreso de Viena, todos creían que Francia sería excluida, humillada. Pero Talleyrand hizo algo brillante: fingió no querer nada. ¡Absolutamente nada! Sonreía, asentía, y parecía satisfecho con cualquier decisión que tomasen Austria, Rusia o Prusia.

Helen frunció el ceño.

—¿Y no era deshonesto?

La institutriz alzó una ceja, con una media sonrisa.

—No más que un juego de ajedrez. Fingió docilidad para poder hablar en nombre de «los principios de legitimidad». Es decir, de la monarquía tradicional. Así halagó a los reyes y a los conservadores. Se puso al lado de quienes tenían miedo de Rusia… y acabó formando una alianza que devolvió a Francia un lugar en la mesa.

Annabelle se rio por lo bajo.

—¡Y sin disparar ni una sola vez!

—Así es, lady Annabelle. Y eso es política, miladies. No se trata siempre de empujar con más fuerza, ni siquiera de gritar más fuerte. A veces se gana simplemente dejando que el otro crea que te está

obligando a hacer justo lo que tú querías. Talleyrand lo llamaba «el arte de mandar desde la sombra».

Helen quedó fascinada por aquello y tomó buena nota. Solo esperaba poder emplear esa estrategia en algún momento, aunque, con total probabilidad, no dejarían que una niña se ocupase de alianzas entre países.

En cualquier caso, ese día no estaba para pensar en cómo aplicar de una manera útil aquel arte político de la negociación. Era la primera vez que conseguían una moneda española y quería ver qué había en el cofre del tesoro.

La señorita Hobbs no se hizo de rogar. Recuperó los trocitos y abrió el cofre, que ya estaba de continuo en el aula, pero siempre cerrado con llave.

Las niñas se arracimaron para ver qué había allí dentro y aplaudieron con entusiasmo: vieron un precioso lazo para el pelo de terciopelo francés, en un color granate que era un tono «de mayor» y Annabelle juró que lo necesitaba para poder seguir siendo feliz. Había también unos pliegos de papel de carta con sus sobres, todos perfumados con esencia de violetas; un precioso mini libro de poemas titulado *The Children's Garland*; un dedal de porcelana pintado con flores a mano; una cuchara labrada para muñecas que entusiasmó a Lorna; una hoja de calcomanías, las famosas *scraps*, para decorar cuadernos o diarios que las entusiasmó a las tres; un rompecabezas de madera con una nota que decía «premio adicional si se resuelve en un día» que tentó a Helen por su reto.

Un pequeño espejo redondo veneciano, vendido por un vidriero de Murano, que, según contaba, reflejaba la verdad del corazón, aunque eso podría haber sido parte del precio; una cajita lacada de la provincia de Sichuan, con decoración de motivos florales en tonos rojos y negros, que un comerciante le ofreció a cambio de un libro

de recetas escocesas; un pequeño frasquito con polvo de arroz perfumado, con advertencia de no usar «sin permiso», ya que era cosa de mayores, de nuevo deseado hasta la desesperación por Annabelle; un pequeño abanico de seda pintado a mano, típico de Suzhou, famoso por sus delicados bordados y artesanía; un vale por quince minutos más de luz encendida en noche de lluvia, para leer en la cama; y muchas cosas más…

—¿Y bien, lady Helen? —preguntó la señorita Hobbs—. ¿Qué escoges?

Helen se inclinó sobre el cofre indecisa.

—¿Está eso perfumado? —preguntó, olfateando el papel de carta.

—Con esencia de violetas. La compré en Francia, en Toulouse. Es una ciudad famosa por su violeta de Parma, que cultivan en invernaderos y usan en perfumes y cosmética.

—¿Y ese botón?

—Nácar. Lo perdió una dama en un baile. O eso me dijeron cuando lo encontré en un puesto de Portobello.

Helen lo sostuvo a contraluz, fascinada. Le hubiera encantado ponerlo en su caja de los secretos, pero había algo que debía hacer.

—Me quedo con el papel de cartas —anunció. Dudó apenas un segundo antes de añadir—: Necesito escribir una carta de disculpa. Para la señora MacFadden. ¿Podría ayudarme?

La señorita Hobbs no dijo nada, pero su expresión dejaba claro que lo esperaba.

—Yo también quiero escribir algo —saltó Annabelle, con más entusiasmo del necesario.

—Y yo… —dijo Lorna con resignación—. Se portó fatal conmigo, pero arrancarle la peluca no fue precisamente elegante. Y menos delante del señor Oaks.

—Desde luego que no lo fue —zanjó la institutriz con un suspiro.

Capítulo 7

Qué hacer cuando un espía enemigo quiere casarse contigo

El cofre del tesoro fue un gran recurso para motivarlas, pero la inteligente señorita Hobbs contaba con muchos otros. Por eso, por ejemplo, las clases de francés, siempre empezaba con emoción contenida, a diferencia de otras épocas. Había algo muy especial en la manera en que la señorita Hobbs se levantaba de su silla y se apoyaba en el borde de su escritorio, contemplándolas como si estuviera a punto de contarles un secreto del gobierno.

Y, de hecho, solía hacerlo.

—Hoy —dijo un día, sin más introducción, con un tono que inducía a pensar en grandes aventuras— mi contacto nos ha hecho llegar una carta cifrada desde Marsella. —Y se sacaba de la manga un papel cuidadosamente doblado, aunque tenía rastros de quemaduras en el borde—. La han interceptado con grandes riesgos y parece ser que ha sido escrita por un agente muy especial: Émile de Rochefort. Quizá os suene su alias.

Helen, que ya conocía el juego, se enderezó con brillo en los ojos.

—¿*Le Spectre*?

—Exactamente. *Le Spectre*. El espía más escurridizo del continente. Escapó de tres emboscadas en las últimas semanas, una en Praga, otra en el Bósforo y la última, por supuesto, en París… aunque esa fue la más difícil. Lo atraparon en la *brasserie* Rouget, disfrazado de camarero. Pero lo descubrieron por su francés perfecto. ¡Un camarero jamás habría dicho *Je crains que la situation ne soit plus grave que prévue* para avisar de que se habían acabado las tostadas!

Annabelle y Lorna se rieron a carcajadas.

—¿Qué quería decir con eso, exactamente, señorita Hobbs? —preguntó Helen, que había estado trabajando su acento en secreto, pero todavía no se le daba demasiado bien entenderlo.

—«Temo que la situación sea más grave de lo previsto» —tradujo la señorita Hobbs—. Pero la cuestión no es lo que dijo. Es cómo lo dijo, miladies. Pronunciación, cadencia, uso del *ne explétif*… ¡Ah, *Le Spectre* no puede evitar hablar como un hombre cultivado! Por eso, si alguna vez os encontráis con un caballero francés que utilice el subjuntivo correctamente… desconfiad. ¡Puede ser él!

Hubo otra risa generalizada. La señorita Hobbs desplegó entonces el papel. Algunos fragmentos de su borde quemado cayeron como polvillo.

—*Le Spectre* luchó y logró escapar. No nos sorprende, bien sabemos que es un espía veterano. Pero nuestros agentes pudieron registrar su habitación. Esta carta fue hallada en su chimenea, debió intentar quemarla, aunque hay quien dice que lo hizo a posta, que dejó esta pista por algo… Está escrita en francés, por supuesto, y con letra alterada. Dice así...

Y empezó a leer. Despacio. Con una solemnidad que hacía vibrar el aire.

—Je sais que tu découvriras ce message, ma bien-aimée. Nous nous retrouverons à minuit, au phare. Viens seule ou je ne viendrai pas. Si tu me fais ce petit plaisir, je te confierai un secret qui fera trembler l'Angleterre jusqu'à ses fondations. Souviens-toi de ce que je te dis: le corbeau ne chante qu'une fois.

Hubo un silencio reverente.

—¿Qué significa? —murmuró Lorna, entre asustada y fascinada.

La señorita Hobbs alzó una ceja, teatral.

—Eso lo debéis traducir vosotras. Las tres. Juntas. Y sin diccionario.

Helen se inclinó hacia sus amigas. Nunca había deseado tanto hacer una traducción del francés.

—Vamos a salvar Europa —susurró, divertida.

Con eso, las perspectivas del verano habían mejorado mucho. Y ya, con las reuniones con lord Peter y con Oliver —que tenía ya vacaciones en la escuela y disponía de más tiempo, pese a las tareas que siempre le imponía su abuelo—, acabó convirtiéndose en una época llena de diversión. Una que, Helen estaba segura, recordaría con nostalgia durante el resto de su vida.

El primer encuentro con lord Peter, en el punto en que habían quedado, fue algo tenso, con dos bandos claramente diferenciados: los chicos, sentados en el murete, y las chicas, que llegaron a paso lento, observando con recelo. Helen se preguntó si no habría cometido un error enorme, organizando aquella reunión. ¿Qué tenían en común? Ellas eran todavía tres niñas que se divertían inventando cosas a cada momento. No veía demasiado posible que lord Peter y Oliver, que eran mayores y más adultos, sobre todo este último —forzado a la madurez por tener que trabajar y preparar su futuro—, encontraran divertido pasar su tiempo libre con ellas…

Pero, tras un rato de charla, las cosas se fueron relajando y, como

todo fue bien y los cinco se rieron mucho, empezaron a quedar de forma habitual, siempre después del té y lejos de la mirada de la tía Gormlaith.

Curiosamente, *Le Spectre* también les ayudó en esa tarea de unirlos como grupo. Tanto a Oliver como a lord Peter les gustó su historia y lo integraron como parte de sus juegos, aunque Lorna decía que solo lo hacían porque las miraban —a Helen y a Annabelle — con ojos tiernos. En todo caso, ya fuera porque realmente disfrutaban con aquella aventura o por razones más románticas, ambos chicos parecían pasarlo bien con todo aquello y solo tardaron un par de días en decidir que debían buscar un buen rincón en el que montar una base de operaciones, un refugio desde el que investigar las andanzas de *Le Spectre*.

Lord Peter propuso utilizar una zona que quedaba dentro de su propio jardín, que nadie cuidaba nunca. A su padre no le interesaba ni tener bonita la casa ni recibir invitados, de modo que no había contratado ni un solo jardinero. Toda la zona tenía un aire salvaje y abandonado, bonito sin duda, pero extraño.

Y Peter tenía razón, era muy buen sitio para una base secreta.

Allí, había un rincón donde tres robles altos y espesos crecían muy juntos, y el sol apenas se atrevía a colarse a través de sus ramas. Usando las más bajas para sujetar una tela deshilachada que Peter juraba haber encontrado en el desván, entre las cosas de un antepasado que la había traído de un saqueo de Constantinopla — aunque las tres niñas pensaban que probablemente se trataba de alguna colcha vieja dejada para trapos, que Peter habría robado de la cocina—, y una cuerda anudada con más entusiasmo que criterio, construyeron su cuartel general.

En él guardaron sus más valiosos recursos: una baraja incompleta donde el dos de picas había sido renombrado como Carta del Traidor,

un mapa de Londres con círculos rojos que indicaban posibles guaridas del perverso espía francés, un frasco con tinta invisible —un zumo de limón que debían reponer cada poco—, y varias novelas góticas, robadas de las bibliotecas de las dos mansiones y cuidadosamente envueltas en pañuelos, «por si tenemos que consultar algo sobre venenos o criptas», según afirmó Lorna.

Acordaron que, cada tarde, al reunirse, uno tomaría la Carta del Traidor, ya por elección voluntaria o por suerte. Y, el elegido, haría esa tarde de *Le Spectre* o crearía una historia al respecto, que se iba resolviendo por acciones cuyo éxito o fracaso lo decidía un dado robado por Helen de un Juego de la Oca que tenían en casa, y al que llamaron Dado de las Aventuras.

Pero, como había acciones que no podían quedar en la simple suerte, sino en lo glorioso de su planteamiento, también podía conseguirse el éxito si se lograba el aplauso de todos.

Así se fundó, poco a poco, el Ministerio del Cuervo Silencioso, título grandilocuente que dio pie, como oficina ultrasecreta del gobierno que era, a numerosas reglas absurdas, dibujos de sellos oficiales, boletines secretos, y muchos entretenimientos más.

La ceremonia final se llevó a cabo justo al caer la tarde de un domingo, un día desapacible y ventoso que derribó dos veces el cuartel general, tras leer en voz baja, con reverencia, el mensaje de *Le Spectre*:

Je sais que tu découvriras ce message, ma bien-aimée. On se retrouve à minuit au phare. Viens seule ou je ne viendrai pas. Si tu me fais ce petit plaisir, je te confierai un secret qui fera trembler l'Angleterre jusqu'à ses fondations. Souviens-toi de ce que je te dis: le corbeau ne chante qu'une fois.

O lo que era lo mismo: «Sé que encontrarás este mensaje, amada mía. Te veré a medianoche en el faro. Ven sola o no iré. Si me haces

este pequeño favor, te confiaré un secreto que conmocionará a Inglaterra hasta sus cimientos. Recuerda lo que te digo: el cuervo solo canta una vez».

Desde entonces, repetían la última frase como contraseña para saber que eran ellos, y no algún espía francés disfrazado: *le corbeau ne chante qu'une fois.*

Cada uno de ellos tenía una función vital en el Ministerio, y un nombre en clave. Helen, como fundadora, era Seraphina D'Arcy, estratega en jefe. Peter era Agente P, criptógrafo jefe —eligieron el latín como código para enviar mensajes secretos, lo que las motivó mucho para estudiarlo más—. Annabelle, por su parte, era Morwenna Blythe, nombre que se había inventado y que le gustaba mucho por sus ecos celtas, misteriosos y románticos. Era experta en Historia, en ropa bonita y se trataba de una seductora nata, de la que *Le Spectre* estaba muy enamorado. Al menos, eso decía ella.

Oliver había elegido, en plan broma, ser El Vizconde Sombrío, personaje que al principio no tenía ninguna relevancia. En realidad, daba igual, porque nunca recordaba su misión y era el que menos atención ponía en aquellos juegos que, seguramente, consideraba infantiles, hasta el punto de que no era raro que terminara dando alguna que otra cabezada mientras los otros iban entretejiendo una nueva aventura.

Por suerte, la historia de *Le Spectre* no tardó en derivar hacia unos temas relacionados con las novelas de Julio Verne, a las que era muy aficionado, y eso sí le interesó. Terminó convirtiéndose en el cartógrafo del grupo, obteniendo mapas de todo el mundo, que les explicaba con gran entusiasmo. También era a quien recurrían en cuestiones de ingeniería o matemáticas en general, con lo que aportaba mucho en los ratos en los que, sentados en círculo, iban decidiendo cada nueva hazaña a partir del argumento propuesto por

la Carta del Traidor de la tarde. Eso le daba mejores tiradas con su Dado de Aventuras. ¡La de bombas que logró desarmar, para impedir que Londres estallase entero por los aires!

Lorna fue la que más tardó en encontrar su alias y su sitio, aunque para compensar, atrajo con comida y mimos a un gato negro que empezó a aparecer por allí, y al que bautizó como *Monsieur Noir*, espía ambiguo: a veces traidor, a veces mensajero, siempre majestuoso y hostil.

La señorita Hobbs aplaudió no solo la creación del Ministerio, sino también la aventura que habían ido inventando a su alrededor, tejiendo Historia, algo de ciencia, mucha imaginación y grandes dosis de francés. A ella también le encantaba Julio Verne, y supo entender el entusiasmo de los jóvenes.

Según le plantearon en el aula, cuando ya tuvieron toda su primera trama en marcha, el Ministerio había descubierto que Émile de Rochefort, alias *Le Spectre*, no era un espía cualquiera. No, ni mucho menos. Gracias a un mensaje que habían interceptado —y que le entregaron a la señorita Hobbs en un francés más que aceptable, nombrándola representante de la reina Victoria— podían afirmar que trabajaba para un grupo enemigo, custodio de una tecnología prohibida, descubierta décadas atrás, y por absoluto error, en los laboratorios subterráneos de la Sorbona: un cilindro de acero relleno de éter líquido, en el que podía alargarse la vida.

Así se conservaba en perfecto estado de suspensión criónica —palabra que solo la señorita Hobbs y Oliver hubieran entendido en Terrace House, y quizá lord Peter en su casa— ¡al mismísimo Napoleón Bonaparte!

Toda la parte de la carta encontrada estaba en francés, y aunque había algún que otro error, la señorita Hobbs no pudo por menos que felicitarlas. Leyó en voz alta, traduciendo lo que iba siendo

necesario:

Extracto del «Informe nº 14-B — Operación Letargo Imperial»

Clasificación: ALTO SECRETO

Señorita Hobbs. Representante de la reina:

Adjuntamos para su conocimiento el texto de una vieja carta recuperada del escondite del agente *Le Spectre*, hallada en un compartimento falso bajo la tercera baldosa a la izquierda según se entra al faro de la ciudad de Saint-Malo, el Phare des Bas-Sablons.

El mensaje en francés interceptado que usted nos entregó condujo, tras muchos peligros, a su localización.

Estaba destinado a la agente Morwenna Blythe, y formaba parte de una sofisticada trampa con la intención de secuestrarla para casarse con ella, pero nuestra brillante contraespía supo cómo escapar con este mensaje escondido en el forro de su sombrero.

En un resumen centrado en lo importante, dice así:

«… Por eso es tan importante su misión, monsieur Le Spectre. El Emperador no murió en Santa Elena. Al menos, no tal como lo creen los libros. En la madrugada del 6 de mayo de 1821, tras administrarle una última dosis de láudano y tiza, su fiel cirujano Lemoine aplicó el procedimiento ideado por el doctor Flabeur, discípulo de Galvani y enemigo del tiempo.

Mediante una combinación de éter, hielo traído de la mismísima Groenlandia y bobinas de cobre templado en mercurio, el cuerpo imperial fue sumido en lo que los informes científicos llaman Reposo galvánico. Una suerte de catalepsia

inducida en la que la conciencia queda suspendida, el cuerpo inalterado y la voluntad... latente.

Latente. ¿Lo entiende, monsieur Le Spectre?

Desde entonces, yace en el interior de la Cápsula N-N (nombre en clave: Napoléon Noir), una cámara de hierro y espejo, alimentada por las corrientes oceánicas y oculta bajo las dunas de una playa cuyo nombre es… (aquí había un agujero de bala, de los disparos recibidos por la agente mientras nadaba en su huida).

Recuerde: Nos mandamos, Usted obedece, Le Spectre. Es nuestro recurso más valioso.».

Fin de la traducción del mensaje interceptado. Adjuntamos original y seguimos investigando el asunto, tratando de establecer los planes de nuestros enemigos. Según lo aportado por Agente P y El Vizconde Sombrío, se rumorea que esperan el cumplimiento de una señal cifrada en la constelación del Cuervo: cuando las tres estrellas mayores se alineen con la torre del reloj de Londres, será el momento del despertar. Solo habrá una oportunidad de lograr su objetivo: de ahí ese «el cuervo solo canta una vez».

Firmado: El Ministerio del Cuervo Silencioso.

Sede actual: La Sala de Estrategias.

—No murió en Santa Elena —susurró la señorita Hobbs, traduciendo asombrada el texto de la carta interceptada—. ¡Lo fingieron! Fue un truco para esconderlo y esperar una mejor oportunidad. Y ahora, si el cilindro se abre… ¡Napoleón volverá a caminar entre nosotros! —Se echó a reír y las miró contenta—. ¡Santo cielo, miladies! ¡Qué gran historia! ¡Me habéis superado con

creces!

—¡Ha sido muy emocionante, señorita Hobbs! —replicó Annabelle, y se llevó una mano al pecho—. Juro que el corazón se me aceleró como nunca mientras corría escaleras arriba por el Phare des Bas-Sablons.

—Bien, pronunciado, querida —la felicitó la señorita Hobbs—. Sospecho que nunca habían oído hablar de Saint-Malo, esa ciudad costera. —Las tres negaron con la cabeza—. Y ahora, no creo que la olviden nunca. Ese, es el valor de aprender divirtiéndose.

—¡Es que *Le Spectre* persiguió a Annabelle… digo a Morwenna Blythe, por todo el faro! —le dijo entusiasmada Lorna—. La seguía de cerca con una alianza de boda en la mano, jurando que la amaría por siempre y que tenían que casarse. ¡Fue muy romántico!

Helen rio por lo bajo.

—Solo porque ese día le tocó a Oliver la Carta del Traidor.

Su hermana la miró con carita de censura.

—Pues fue muy bonito. ¡Y la ágil, hermosa y siempre bien peinada Morwenna Blythe, tuvo el valor de saltar al mar desde lo más alto!

Sí, así había sido, se dijo Helen, con auténtica admiración. Eso tenía que reconocérselo, y lo cierto era que no había esperado tanto valor de Annabelle. Se arrojó, agarrando con fuerza su sombrero y gritando «¡Por Inglaterra, por la reina, por el Ministerio del Cuervo Silencioso!», sin importarle que solo podía salir con vida sacando un uno en el Dado de las Aventuras, o con un aplauso general.

Menos mal que todos aplaudieron.

Así pudo nadar con toda la rapidez que le permitieron sus botines con tacón y su bonito vestido provisto de polisón flotante, hasta el barco metálico en el que la esperaban el resto de sus compañeros. Allí, Agente P y El Vizconde Sombrío, disparaban cañonazos a *Le Spectre* para que no pudiera alcanzarla, mientras el espía francés

disparaba a su vez su pistola contra Morwenna Blythe al grito de «¡O mía o de nadie, hermosa *mademoiselle* Blythe!».

Helen había protestado, porque lo lógico hubiera sido gritar «¡Devuelve ese documento secreto, maldita espía inglesa bien peinada!»; pero, en el entusiasmo del momento, nadie le hizo caso.

Vale, tampoco importaba tanto, excepto para dejarle claro —al menos a ella— que Oliver estaba loquito por su amiga, lo cual podía suponer un problema en algún momento, pero como era cosa del futuro muy futuro, tampoco importaba tanto. Lo más seguro era que Oliver se fuera a rellenar el blanco de sus mapas mucho antes de que Annabelle tuviera edad para comprometerse de ningún modo romántico.

Lo único que importaba, de momento, era que la señorita Blythe tuvo un poquito de mala suerte y una bala atravesó el sombrero justo por donde llevaba el mensaje escondido para que no se mojase, por lo que no tenían el nombre de la playa en la que estaba oculta la Cápsula N-N. ¡Habría que seguir investigando!

—Tendremos que encontrar ese cilindro, o Napoleón escapará —dijo entonces la señorita Hobbs, como leyendo sus pensamientos—. Y, entonces…

—Entonces... entonces será el fin de la Inglaterra tal como la conocemos —añadió Helen con gravedad.

—Ay… —gimió Lorna, emocionada. No había podido lanzar cañonazos porque aún no tenía nombre en clave. ¡No podía ser! Miró a la institutriz—. ¿Cómo se dice «gata» en francés, señorita Hobbs?

—*Chatte*, con doble «t» y e final —respondió la interpelada, sin levantar la vista del cuaderno de caligrafía de Helen—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque todavía no tengo alias para el Ministerio.

—Es la agente sin nombre —explicó Helen—. Quería llamarse

Agente 9 y no la dejamos.

—Era muy numérico —asintió Annabelle—. Y tendríamos que inventarnos ocho espías muertos antes. Pobres…

—Bah… Lord Peter es Agente P, mucho más feo…

—¡Ja! —Rio Helen—. ¡Y no digamos El vizconde sombrío!

Annabelle la miró con escándalo.

—¿Qué? ¡Ese es bonito!

—No me digas… —Helen puso los ojos en blanco. Lo que llegaba a cegar el amor. A ella no. Lord Peter tenía un alias feo, sin duda alguna. Tenía que convencerle para cambiar a otro más apropiado. Como Codex o algo así—. Los chicos no saben elegir alias. Y Lorna tampoco.

—Estoy en ello… —Lorna repitió *chatte* varias veces en voz baja. Luego alzó la barbilla con decisión.

—¿Y si me hago llamar *La Chatte Fantôme*? La Gata Fantasma, ¿no? —La señorita Hobbs asintió—. Pues me gustaría, mucho. Y seguro que a *Noir* también le gustará.

Helen levantó la cabeza con una sonrisa. Annabelle la imitó.

—*La Chatte Fantôme… La Chatte Fantôme…* —repitió Helen, con tono dramático—. Me encanta. Suena a que podrías escalar tejados y desactivar trampas invisibles con una horquilla.

—O desaparecer entre las sombras en un único segundo —añadió Annabelle, encantada.

—Lo cierto es que es muy bonito, está muy bien —aprobó la señorita Hobbs—. Y sabiendo lo mucho que te gustan los gatos, parece apropiado.

Helen extendió una mano, la puso sobre la cabeza de su hermana y, solemnemente, empezó a declarar:

—Yo, en calidad de Alta Consejera del Ministerio del Cuervo Silencioso, confirmo a Lorna Bowler como agente secreto *La Chatte*

Fantôme, experta en espionaje, criptografía y domesticación de gatos sospechosos.

—Acepto la misión —susurró Lorna, hablando muy en serio.

Más tarde, en el campamento, hasta el gato negro, desde su cojín, pareció maullar con aprobación.

Capítulo 8

Mil mujeres en un tren hacia el Apocalipsis

Helen cerró el libro con un suspiro profundo. *El heredero de Redclyffe* había muerto. Otra vez. Era la segunda lectura y aún no se le pasaba el desconsuelo.

—¿Acabaste? —preguntó Annabelle. Helen asintió—. ¿Me lo dejas ahora?

—No sé… Creo que lo voy a volver a leer. —Annabelle y Lorna la miraron sorprendidas. Sí, cómo no. Menuda tontería era estar tan atrapada por un libro del que ya lo sabía todo de su historia. Se lo pasó—. Pero, bueno, toma. Cuando lo termines me lo devuelves.

—Estupendo. Gracias.

—Vas a llorar —le dijo Helen recordando el modo en que se lo dijo Peter a ella. Qué gran verdad. Y cómo lo había disfrutado.

Tanto que, ahora, ya no tenía muy claro en qué podría entretenerse. Helen se puso a jugar con el extremo de una pluma. Annabelle abrió el libro y empezó a leer. Lorna, inquieta, garabateaba en su diario una figura que parecía un gato acrobático.

Llevaban allí casi tres horas, esperando que llegase la institutriz. A ese paso, tendrían que ir a almorzar sin que hubiese aparecido.

Las tres miraban de vez en cuando hacia la puerta con una mezcla de desconcierto e impaciencia.

—¿Seguro que dijo que vendría? —preguntó Lorna por cuarta vez.

—Eso han dicho las doncellas —respondió Helen—. Que salió temprano. Que tenía una cita para desayunar.

—¿Una cita? —repitió Annabelle, dejando que la palabra flotase, cargada de sospechas.

—No tengo ni idea. Solo sabían eso, y que después regresaría para la clase. Que volvería lo antes posible.

Ninguna lo expresó en voz alta, pero todas sentían lo mismo: la señorita Hobbs nunca llegaba tarde. Ni cinco minutos, ni uno. Su puntualidad era tan proverbial como que a cada noche seguía un nuevo amanecer.

Por eso, cuando cerca del mediodía por fin se abrió la puerta, y la figura de la señorita Hobbs apareció en el umbral, todavía con el sombrero puesto, las tres se quedaron muy quietas.

La institutriz llevaba un vestido claro, blanco con diminutas florecillas entre verdes y grises que combinaban muy bien con sus ojos y chaquetilla del mismo gris verdoso. El sombrerito a juego le daba un aire distinguido.

Su mirada era distinta. Cálida, pero encendida.

—Perdonad el retraso, miladies, me ha surgido un asunto importante —dijo mientras se quitaba los guantes con un gesto que mezclaba prisa y satisfacción—. La parte buena es que hoy no vamos a dar clase.

Las tres alzaron los ojos, sorprendidas. Helen se sintió desconcertada. En otros tiempos hubiera dado saltos de alegría con solo pensar que podría salir de allí y correr contenta por el jardín.

¿Por qué, de pronto, las clases se habían convertido en una de las mejores partes del día?

Y, claramente, no era la única en sentirse así.

—¿No? —se lamentó Annabelle, con los extremos de la boquita señalando hacia abajo.

La señorita Hobbs negó con una sonrisa leve.

—No, querida. Ni mañana, porque hoy pensaba daros un premio, así que lo dejaremos para mañana, lo cual nos conviene incluso, porque hoy hace demasiado calor. —Miró hacia la ventana. Las cortinas seguían cayendo a plomo, como aquel sofoco insoportable —. La idea era salir de paseo para recoger flores y plantas para el herbolario que ha empezado lady Lorna…

—Es un «Herbolario de asuntos venenosos» —le recordó la mencionada—. Y lo estoy creando para el Ministerio.

—Pues espero que no tengamos que envenenar a nadie con raíces de pensamientos, hojas de castaño de Indias ni pétalos de gladiolo —dijo Helen y Annabelle sonrió, divertida.

—Ojalá —convino la señorita Hobbs—. Sería un trabajo abrumador. Y creo que, dependiendo del material, necesitaríamos más de una carreta llena. —Todas rieron—. La idea es que, demos un paseo por el parque recogiendo plantas y hablando de sus características y, llegada la hora del té, nos dirijamos a la pastelería *Chez Clémentine*, de *madame* Clément, en la calle Kensington Church Street… Seguro que lo conocéis.

—¡Oh! —exclamaron las niñas. Lorna dio palmas—. Es maravilloso ese sitio.

—Pues voy a invitarlas personalmente a tomar el té con merengues, pastelitos de limón y chocolatinas *très français*, miladies. Por su excelente trabajo con el Ministerio, al interceptar la carta de *Le Spectre*. Pero, con una condición —alzó un dedo antes de

continuar—: mientras estemos allí, solo podremos hablar francés, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —preguntó Lorna sorprendida.

—Porque quiere que mejoremos en conversación, claro está, tonta —le dijo Helen. Su hermana abrió mucho los ojos.

—Ah.

La señorita Hobbs rio.

—No, no —replicó—. En realidad, es porque sospecho que *madame* Clément tiene ese negocio como centro de reunión de los espías franceses en Londres, y tenemos que simular formar parte de ellos, para intentar descubrir el nombre de esa playa. —Las tres la miraron, primero sorprendidas, luego sonriendo, al darse cuenta de que la institutriz estaba participando en el juego—. La primera que hable allí dentro en inglés, ¡será descubierta!

—¡Puede ser muy divertido! —convino Annabelle.

—¡Bien! —exclamó Helen—. Así podremos practicar el idioma con la boca llena. ¡Pensarán que hablamos austriaco!

—¡Qué tonta! —Rio Lorna.

—Me alegra mucho que os divierta. Seguro que lo pasaremos bien. —La señorita Hobbs suspiró—. Y hoy aprovechad para repasar o para divertiros, porque yo tengo que marcharme. Solo he venido para avisaros. —Miró el relojito de pulsera que siempre llevaba puesto—. Tengo que irme en breve.

—¿Va de compras? —preguntó Lorna.

—¡O de paseo con alguien! —sugirió Annabelle.

—Se ha puesto muy guapa —terció Helen y, como siempre, fue la más osada de todas—. ¿Acaso tiene un romance?

Para su sorpresa, los ojos de la señorita Hobbs se velaron. Durante un segundo, perdieron la vivacidad a la que las tenía acostumbradas y hasta esquivó su mirada. Helen parpadeó,

arrepentida de su comentario. ¿Qué le pasaba? ¿Qué había captado allí, en algún lugar profundo de la institutriz?

—No, no tengo romances, ni paseos ni voy de compras. —Sonrió, recuperando la compostura—. ¿Sabéis qué es el Congreso Internacional de Mujeres?

Silencio. Durante unos minutos, solo se oyó el zumbido de una mosca que entró por la ventana, cruzó el aula y volvió a salir.

Fue Annabelle quien negó lentamente con la cabeza.

—No. ¿Qué es eso?

La señorita Hobbs caminó entonces por la sala, entre los pupitres, con paso pausado, y habló:

—Una reunión muy importante para todas las mujeres. Para nuestro futuro, mío y vuestro. Todavía sois unas niñas, no habéis salido al mundo y no sabéis lo complicado que está que te respeten ahí fuera como una persona con inteligencia y derechos. Lo mal que viven muchísimas mujeres, atadas a hombres que las maltratan. —Las niñas abrieron mucho los ojos—. Durante muchos siglos nos han enseñado a no molestar. A no destacar. A agradar en silencio, sumisas y obedientes. A esperar que otros decidan por nosotras. Nos han dicho, siempre lo dicen, que el mayor triunfo de una mujer es estar siempre hermosa y casarse bien. Trabajar duro para los hombres, siempre a sus expensas. No alzar la voz. Ser o al menos parecer dócil. Y dar las gracias. Siempre dar las gracias. —Las pupilas de la institutriz saltaron de una a otra—. Pero yo os digo que una mujer que no puede sostenerse sola, no puede ser verdaderamente libre. Por muy bonita que sea. Por muy buena que parezca. Y si no es libre, no es una persona completa.

Annabelle la miraba consternada. Lorna tenía los labios apretados.

La señorita Hobbs se sentó en el borde de su escritorio. Su voz era suave, pero cada palabra parecía cargar un gran peso.

—Es algo que forma parte de todo. Por ejemplo, yo he venido a Terrace House a ayudaros. No solo para que aprendáis francés, que también. No para que sepáis Matemáticas, Literatura o Historia… Que también, desde luego, porque el conocimiento es parte de la llave que nos hace libres. Pero, lo más importante, es inculcaros que no podéis dejar que se os diga que vuestro lugar en el mundo es similar al de ese florero —dijo, señalando un jarrón que adornaba una esquina del aula, lleno de hermosas flores—. Decorar en silencio, ser un objeto para utilizar, en vez de una persona con aspiraciones propias y el derecho a intentar cumplirlas. Nunca lo permitáis.

—Yo no quiero ser un florero —dijo Lorna, apurada.

—Me alegra saberlo, lady Lorna. Porque yo estoy aquí para asegurarme de que no lo seas. No quiero que crezcáis esperando a que el mundo decida qué lugar debéis ocupar. Quiero que aprendáis a elegir vosotras, a exigir vuestro espacio. A entender lo que valéis, que es mucho. A tener muy claro que, si un día todo se derrumba a vuestro alrededor, si perdéis la fortuna, el honor del apellido, o incluso el favor de un hombre al que habéis entregado el corazón solo para descubriros traicionadas —Helen la vio titubear y pensó que añadiría un «como me ocurrió a mí» que no llegó a materializarse, pero quedó flotando en el aire—, seguiréis en pie, decididas y dispuestas a la lucha. Seguiréis siendo vosotras, fuertes y enteras.

—¿Y eso basta para superar semejante hecatombe? —quiso saber Helen, sin darse cuenta de que había pensado en voz alta.

La señorita Hobbs la miró y Helen tuvo la impresión de que sabía que había captado su dolor, aquel punto de pena oscura que guardaba muy hondo.

—Eso lo es todo, lady Helen.

Las niñas no hablaron. Algo en el aire del aula había cambiado, lo sentían tenso, casi crepitante. Un pájaro cantó lejos.

La señorita Hobbs bajó la mirada un momento y luego les sonrió.

—Reuniones como el Congreso Internacional de la Mujer suponen pasos de gigante en el avance por esa igualdad, ese respeto, al que aspiramos. Y nosotras somos unas privilegiadas, porque este año va a celebrarse aquí, en Londres, dentro de unas semanas. A finales de junio y principios de julio, en concreto. —Agitó la cabeza—. No os lo podéis ni imaginar, porque, como mujeres, no estamos acostumbradas a vernos como fuerza impulsora de cambios sociales. Pero lo somos, desde hace ya años. Y, una vez más, lo vamos a dejar claro, reuniéndonos.

—La tía Gormlaith dice que, cuando se juntan más de tres mujeres sin hombres que dignifiquen la conversación, toda sala se convierte en un gallinero —dijo Lorna—. Que siempre debe estar presente un caballero para que aporte sensatez, profundidad de temas y para que modere el exceso de emociones.

Helen bufó.

—Para la tía Gormlaith, tres mujeres solas son ya el preludio del caos. Cuatro, y se desata el Apocalipsis.

La señorita Hobbs casi puso los ojos en blanco.

—Vuestra tía Gormlaith ha vivido muchos años —replicó, con tacto —. Y ha escuchado esas ideas prácticamente cada día durante cada uno de ellos, sin que pudiera defenderse ni se le permitiera aprender a pensar por sí misma. No es extraño que las repita: a veces, cuando una crece entre ecos, acaba creyendo que son su propia voz.

«Cuando una crece entre ecos, acaba creyendo que son su propia voz». Aquel pensamiento pareció provocar una fuerte respuesta en el interior de Helen. No acababa de entenderlo, tenía la impresión de que una mano invisible había apartado un velo en su mente, y ahora

podía contemplar una vasta distancia interior. Una distancia inmensa, que le resultaba desconocida. Tendría que reflexionar mucho al respecto, pero sabía, de un modo innato, que las palabras de la señorita Hobbs eran ciertas. Y las encontró soberbias, sublimes.

—Eso no significa que vosotras tengáis que aceptar lo mismo —había seguido diciendo la institutriz—. Pero tampoco hace falta enfadarse. No ha sido culpa suya, es una víctima más, una mujer más que no pudo tener una vida plena, sino que se vio obligada a vivir de prestado en un mundo de hombres. Las mujeres no apoyan a los hombres porque sí, los apoyan porque han sido adoctrinadas para ello desde la cuna.

—Pero usted no lo hace —le recordó Helen, que se sentía poco inclinada a mostrarse comprensiva con la tía Gormlaith —. Ni mi madre.

—Oh, querida, tu madre y yo tuvimos la suerte de vivir en otra época, y de ser enviadas a Minstrel Valley. —Apretó los labios un momento—. Aunque también es cierto que, en el pasado, muchas mujeres se opusieron al dominio del varón. Pero, qué le vamos a hacer, no todas nacemos igual de inteligentes o igual de fuertes o igual de temerarias. Lo único que podemos hacer al respecto es mostrarnos consideradas con las que no pudieron luchar y, desde luego, pelear a muerte por las que vengan tras nosotras. Sed pacientes. Aprended. Y haced lo posible por que vuestras nietas vivan en un mundo donde nadie tenga que decir esas cosas en voz alta o, al menos, donde nadie tenga la obligación de escucharlas y obedecerlas. Y, para que todas podamos lograrlo con más posibilidades de éxito y antes, es por lo que se celebran reuniones como el Congreso Internacional de la Mujer.

—Pero, exactamente, ¿qué va a pasar? —preguntó Annabelle—. ¿Se reunirán mujeres para hablar… no sé, de Historia?

—¿Y cuántas mujeres? —añadió Lorna, con cara de temer que Londres se abarrotase con todas las mujeres del mundo.

—Muchas. Asistirán miles —tres niñas abrieron los ojos de par en par— pero creo que, de otros países, vienen unas trescientas delegadas oficiales y disertantes, que van a hospedarse en casas de las socias, aquí en Londres, durante el evento. Vuestra madre no ha podido hacerlo, por no molestar a vuestra tía Gormlaith, pero ha aportado sus palcos para que puedan asistir al teatro si lo desean, y ha participado en los gastos necesarios para que las congresistas puedan disfrutar de toda clase de distracciones durante su estancia en Londres.

Helen sonrió, sintiéndose muy orgullosa de su madre.

—Me alegro.

—Y yo —afirmó Lorna.

—Sí, tenéis muchas razones para ello, porque lady Beth es una gran dama y quiere lo mejor para vosotras. También tú, lady Annabelle, puedes estar muy contenta y orgullosa. Tu madre no va a poder volver para el Congreso, pero ya me han comentado que también lo dejó todo preparado: cedió sus palcos, y vuestra casa alojará a un buen número de delegadas oficiales, en su ausencia.

—¡Oh! ¡Qué bien! —Annabelle dio palmas, contenta—. Temía que no se hubiese enterado de nada.

—Sí, no te preocupes. Prácticamente todas las damas londinenses se han volcado en ello. Es normal, todas nos jugamos lo mismo: la futura libertad de nuestras hijas. Por ejemplo, sé que también va a haber recepciones en los palacios de la duquesa de Sutherland, una fiesta en casa de lady Battesea, y un lunch en la de lady Aberdeen, la esposa del gobernador general de Canadá, que es la presidenta del Congreso. Incluso el obispo anglicano de Londres va a ofrecer una recepción. ¡Ah! Y lady Rothschild va a poner un tren especial

para transportar mil congresistas a su casa de campo.

—¡No! —Helen pensó en mil mujeres metidas casi a presión en un tren, con rumbo a una fiesta en una casa de campo y no pudo evitar lanzar una carcajada—. ¡Hay que avisar a la tía Gormlaith ! ¡Se avecina el Apocalipsis!

Todas se echaron a reír. La señorita Hobbs agitó la cabeza.

—Esto va a ser grande, niñas, muy grande. De hecho, tengo entendido que hasta el Parlamento va a tener la galantería de obsequiar con una recepción a algunas congresistas en las terrazas del Palacio de Westminster. —Sus ojos brillaron—. ¿Entendéis lo que eso significa? ¿La importancia que tiene?

Las tres niñas se miraron, indecisas.

—¿Que nos van a dar el voto femenino? —probó suerte Helen. De todo lo que sabía del feminismo, era lo que más le había llamado la atención.

—No, ¡qué más quisiéramos! —La señorita Hobbs rio—. Pero significa que, desde el gobierno, se reconoce públicamente la importancia del Congreso Internacional de la Mujer y la de sus asistentes, aunque el Parlamento como institución no apoye explícitamente el sufragio femenino. —Debió darse cuenta de que no la entendían, porque se apresuró a explicar—: Los hombres no nos darán el voto nunca, si pueden evitarlo, lady Helen. Pero, con detalles como esa recepción, con ese acto simbólico de respeto y cortesía, reconocen que saben que muy pronto se verán obligados a dárnoslo. —Se encogió de hombros—. No pueden impedirlo. Somos muchas, cada vez mejor preparadas, y somos fuertes.

—¿Y qué van a hacer en el Congreso, exactamente? —inquirió Annabelle.

—Hablar para buscar soluciones para todas, sin importar la clase social. Mujeres de toda Europa, de América, del mundo entero, van

a reunirse para debatir sobre todos esos temas importantes que nos afectan. Para pensar. Para escucharse. Para luchar.

—¿Luchar? —Lorna arqueó las cejas—. ¿A espada?

—¡Oh, no, querida, claro que no! Te aseguro que la pluma siempre es mejor recurso que la espada y espero que sea siempre lo que utilicemos los hombres y las mujeres feministas. Se van a abordar muchos temas: educación, profesiones para la mujer, política, legislación, moral, arbitraje internacional… —Había una llama clara y muy viva en sus ojos, que en ese momento se veían muy verdes, como si una verdad enorme le estuviera creciendo por dentro—. Por poneros algún ejemplo claro, se hablará de las leyes que nos relegan siempre a una situación de sumisión frente al hombre, ya sea nuestro padre o nuestro esposo; de la diferencia de sueldos por llevar a cabo el mismo trabajo, un tema terrible; del derecho a poseer propiedades, a elegir por nosotras mismas, a proteger a nuestras hijas. Y, sí, también del voto. Por supuesto, del voto. Aunque muchos aún digan que es cosa de locas o de solteronas. O peor: de mujeres amargadas.

—¿Y usted va a hablar allí? —quiso saber Helen, llena de admiración.

La señorita Hobbs asintió.

—Sí. Creo que habrá alrededor de sesenta reuniones en nueve días, algunas de ellas en lugares destacados como la gran sala de Queen's Hall o el Westminster Town Hall. En este último es donde tendré yo una ponencia. Esta mañana he desayunado con una vieja amiga, miembro del comité del Congreso Internacional de la Mujer y me lo ha propuesto, porque les ha fallado una conferenciante, al parecer está muy enferma —explicó, apenada—. Así que mi amiga ha pensado en mí. Y, la verdad, no he sabido decir que no. Me ha pillado por sorpresa, y estoy aterrada, pero he aceptado.

—¿Y de qué va a hablar? —inquirió Annabelle—. ¿Ya lo sabe?

—Sí. Le he propuesto a mi amiga el tema de la mujer que trabaja lejos de su hogar, siguiendo a otras familias por el mundo, sin arraigo, sin pertenencia, siempre entre lugares ajenos y sin ninguna seguridad, ni presente ni futura. Le ha gustado mucho y creo que lo podré hacer bien. Es un tema que me toca de cerca, como podéis imaginar. No será una intervención especialmente larga, pero sí muy personal. Y, sí, estoy ilusionada. ¡Y muy nerviosa!

—¿Podremos ir a verla? —preguntó Helen—. Aplaudiremos mucho y la animaremos.

—¡Oh, sí, nos encantaría! —se unió al momento Annabelle.

—¡Sí, por favor! —pidió Lorna, con ojos brillantes.

La señorita Hobbs puso cara de circunstancias.

—Me temo que no va a poder ser, niñas. Precisamente lo he consultado, porque a mí me hubiera hecho mucha ilusión teneros allí, pero no es una conferencia pública. Solo estarán las delegadas del Congreso y algunas invitadas con credenciales, como vuestra madre y su esposo. No sería apropiado llevar unas jovencitas como vosotras, por muy interesadas que estéis, o que lo esté yo —añadió, con una sonrisa algo apenada, al ver las caritas de decepción—. Pero os prometo que, en cuanto termine, vendré a contaros cómo fue todo, y traeré chocolatinas para atiborrarnos.

—Bueno… —concedió Lorna, que adoraba el chocolate. Annabelle y Helen también, pero no hasta ese punto. Intercambiaron una mirada contrariada y la señorita Hobbs se dio cuenta.

—Lo siento de verdad —añadió intentando consolarlas—. Por favor, entendedlo. Y, desde luego, os llevaré a alguna conferencia pública, si lo deseáis. —Viendo que no lograba mucho, suspiró—. Retomaremos las clases pasado mañana. Ahora tengo que irme, vosotras divertíos. Pero sí quiero que hagáis algo: escribid. Quiero

que escribáis sobre lo que significa para vosotras ser libre. No os preocupéis, no hay respuestas correctas. No hay notas, ni una extensión mínima o máxima. Que sea lo que os parezca. Yo ni siquiera voy a leerlo. Solo quiero que lo penséis y lo escribáis, para que las jóvenes que seréis en el futuro puedan leer lo que hayáis puesto ahora y comprobar cuánto ha cambiado ese concepto para vosotras.

Tomó la tiza y en la pizarra escribió, con su letra, firme y bonita:

¿Qué significa ser libre?

Dejó de nuevo la tiza y se sacudió las manos, para limpiarse el polvillo antes de volver a ponerse los guantes.

—Cuando estéis preparadas, escribidlo. Yo pasaré el día fuera. Mañana hablamos. Divertíos.

Y salió del aula en silencio, sin mirar atrás.

Helen contempló la pregunta en la pizarra, que por alguna razón parecía más grande de lo habitual. Como si intentase contener una pregunta inmensa.

Pensó en la señorita Hobbs. En esa historia que ocultaba, esa pena oscura que llevaba dentro. En su ponencia. En lo mucho que desearía poder ir a verla.

Una hora antes no había sabido que existía ese Congreso, ni que las mujeres estuviesen en pie de guerra de semejante modo. Sabía que hombres y mujeres no tenían los mismos derechos, pero de una forma difusa, porque sus padres se querían y respetaban y ella solo tenía una hermana, una niña, no un heredero que le hiciera sombra.

No tenía un hermano varón. Nunca lo había pensado mucho, pero eso tendría consecuencias para ella. ¿Quién sería el marqués, el día de mañana? ¿Qué sería de Lorna y de ella, si decidían no casarse?

Quería ir a ese Congreso. Allí iban a decidirse cosas que le

importaban mucho, y que iban a condicionar su futuro. Y quería ir a la ponencia de la señorita Hobbs simplemente porque le parecía una injusticia enorme el que no la dejaran ir.

En los otros pupitres, Annabelle y Lorna escribían en sus diarios con auténtica aplicación.

Helen tomó la pluma y comenzó a escribir. Era una pregunta que jamás se había planteado, pero rellenó tres páginas y media de un mismo impulso, y seguramente hubiera continuado hasta que se le terminara el diario, la mesa y hasta la pizarra, de no ser porque oyó que llamaban con los nudillos a la puerta del aula.

Capítulo 9

Cómo salvar a un lacayo sin romper la vajilla de mamá

Miró sorprendida hacia allí. La señora Rowling, el ama de llaves, estaba en el umbral. Las miró con su habitual expresión severa. No tenía otra.

—Disculpen, miladies —dijo, con una voz autoritaria que indicaba que jamás pedía disculpas, que aquello solo se trataba de un formalismo—. Pero ya es la hora del almuerzo y lady Gormlaith desea que suban a sus dependencias, para tomarlo con ella.

Las tres se miraron, sorprendidas.

—¿Está sola? —preguntó Helen.

—Sí, milady. Lord Terrace y lady Beth estarán fuera el resto del día, y la señorita Hobbs también. —Ahora su expresión también indicaba una clara censura hacia una institutriz que se tomaba tales libertades—. Por eso lady Gormlaith insiste en que almuercen con ella.

—Pues qué suerte —susurró Lorna, levantándose—. A mí también me gustaría tener algo que hacer en algún sitio.

—Uno muy lejano —convino Helen, imitándola.

—Pues si yo os contase… —suspiró Annabelle—. Ni siquiera es mi tía —masculló en voz baja, para que no la oyese el ama de llaves.

Casi arrastrando los pies, como condenados al patíbulo, subieron los peldaños alfombrados con esa mezcla de respeto y resignación que les inspiraba siempre una audiencia con lady Gormlaith, la Gorgona del Tartán.

La anciana mostraba su aspecto habitual: un vestido negro, sencillo de líneas, pero de excelente calidad, banda con el tartán del clan MacEòin, y una toca blanca adornada con lazos negros. Las estaba esperando en el comedor de sus dependencias, cuatro habitaciones muy amplias y llenas de trastos por todos lados —ella los llamaba recuerdos y, en realidad, olían a rancio, así que, quizá lo fueran en el caso de una gorgona—, con una expresión semejante a la del ama de llaves, sobre todo en lo de que no admitía discusión alguna.

Se sorprendieron al ver que Oliver estaba allí, de pie junto a su abuelo, firme y elegante con su uniforme. Era uno de los dos lacayos presentes. Al parecer, iba a ayudar a servir el almuerzo. Helen y Lorna lo miraron consternadas, porque desde que crearon el Ministerio ya no le veían como un criado —le habían insistido en que las tuteara y las tratase como amigas, sin importar lo que dijeran los adultos—, y la situación resultaba violenta.

Annabelle apartó la vista.

—Buenos días, lady Gormlaith —dijo, dirigiéndose a la anciana.

—Buenos días, tía Gormlaith —dijeron al momento Helen y Lorna. Las tres le dedicaron una reverencia. No debió salirles muy bien, por el modo en que frunció el ceño.

—No os quedéis ahí plantadas —dijo, sin embargo—. Venid aquí y sentaos, que ya llegáis tarde. —Se sentaron tratando de mostrarse

muy formales y deseando que el tiempo pasara a toda velocidad.—. Pueden servir, señor Cartwright —le dijo al mayordomo. El abuelo de Oliver asintió.

—De inmediato, milady. —Hizo un gesto y el otro lacayo, Robert, llevó la sopera a la mesa. Fue a servir, pero la tía Gormlaith alzó una mano.

—Usted no. Cartwright, sirva usted.

Nadie dudó de que se refería a Oliver. Este miró a su abuelo, que asintió, así que se dirigió a la mesa, tomó el cazo y retiró la tapa de la sopera. Contenía un consomé humeante que olía muy bien. Helen trató de no mirar a Oliver, pero se fijó en que su pulso temblaba un poco al manejar el cazo para servir los platos.

Por suerte, no se produjo ningún desastre y Oliver pudo retirarse de nuevo a su rincón. Aliviadas, las niñas comieron en silencio bajo la mirada inquisitiva de lady Gormlaith, que parecía más interesada en examinar sus peinados o sus modales en la mesa que el en menú.

—Decidme, niñas —empezó al fin—. ¿Es cierto eso que he oído de que vuestra institutriz permite en el aula lecturas de actualidad política?

—Bueno… —dijo Helen con cautela. Las tres se miraron, buscando una escapatoria que no había. Lorna se llenó la boca de pan y Annabelle volvió a murmurar que no era su tía—. A veces leemos *The Queen* o *The Times*…

—¡*The Times*! —repitió lady Gormlaith, como si hubieran confesado leer panfletos revolucionarios.

—Y también *The Lady's Realm*, si eso la consuela —añadió Lorna, sin haber terminado de masticar. Al darse cuenta de cómo la miraban todas, apretó los labios y tragó con esfuerzo.

Lady Gormlaith inspiró profundamente.

—Muestra más educación, niña, o tendré que tomar medidas.

—Perdón, tía Gormlaith.

Terminaron el consomé en silencio. Luego, la Gorgona del Tartán dio unos golpecitos indicando que podían servir el segundo. Oliver y Robert retiraron la sopera y los platos hondos con un revuelo de sonidos de porcelana que disgustó mucho a la anciana y preocupó al señor Cartwright.

De nuevo, cuando Robert fue a servir, la tía Gormlaith soltó un seco:

—Cartwright.

Oliver apretó los labios, pero obedeció. Cogió la bandeja en una mano y el cucharón en la otra y empezó a servir el estofado. Iba de una a otra con todo cuidado. Los fríos ojillos de la tía Gormlaith lo seguían en cada movimiento.

A esas alturas, Helen ya estaba segura de que la tía Gormlaith había oído hablar del Ministerio. Y que había ordenado que Oliver estuviera allí presente, sirviendo el almuerzo, para dar una lección general.

Pues no iba a permitir que humillara a su amigo.

Clavó las pupilas en el contenido del plato y empezó a comer en silencio.

—La prensa está infestada de ideas peligrosas —seguía diciendo la tía Gormlaith —. ¿Dónde iremos a parar? Mujeres escribiendo artículos o libros. Mujeres protestando. ¡Mujeres pidiendo el voto! Como si necesitásemos una opinión política. Como si no bastase con llevar bien una casa y criar hijos con dignidad.

Todos los propósitos de silencio y paz de Helen se esfumaron de pronto. Detuvo el tenedor a medio camino hacia su boca.

—¿Y si una mujer no quiere casarse ni tener hijos?

—Entonces que se haga institutriz, como esa Hobbs —replicó lady

Gormlaith con frialdad—. Pero que no vaya por ahí haciendo ruido. El mundo público no es lugar para nosotras.

La rabia le subió a Helen despacio, como el mercurio de un termómetro al sol.

—¡Entonces supongo que deberíamos coser en silencio hasta extinguirnos como… como… —vio pasar una polilla, de las muchas que se estarían comiendo sus recuerdos— como las polillas!

—¡Descarada! —La tía Gormlaith la miró muy enfadada—. Hace tiempo que le repito a tus padres que deberían enviarte a un internado, uno de verdad, no esa tontería de Minstrel Valley, donde jamás sabrán atar en corto a las jovencitas. Tú tienes alma de rebelde, Helen Bowler, y te aseguro que eso es lo peor que se puede decir de una dama, lo peor con diferencia. Hay que intervenir ya, porque además arrastras a tu hermana y a otras niñas en tus conductas impropias.

Helen abrió mucho los ojos.

—¿Conductas impropias?

—¿Acaso llamarías de otro modo a correr por ahí como un marimacho con unos muchachos algo mayores? ¡Y uno de ellos, un criado!

Oliver, que justo estaba sirviendo a la tía Gormlaith, sufrió un sobresalto. Parte del contenido del cucharon se derramó sobre el hombro de la anciana. Un trozo de carne quedó prendido de un pliegue, y algo de la verdura. La salsa empezó a escurrirse por la manga. Ella no se dio cuenta, tan furiosa estaba mirando a Helen, pero Annabelle y Lorna sí, y contemplaron la escena atónitas y fascinadas.

Y también el mayordomo, el señor Cartwright. Palideció. Intercambió una mirada con su nieto. De haberlo visto al borde de un volcán, a punto de caer en la lava, no hubiera parecido tan

alterado.

—¿Crees que puedes ser amigo de un criado, Helen Bowler? —seguía preguntando, llena de veneno, la tía Gormlaith —. ¿De verdad lo crees, niña estúpida y malvada? ¡Te aseguro que no será algo que yo consienta en esta casa!

Helen casi no la oía. Solo era capaz de pensar que, si se daba cuenta de lo ocurrido, aquella bruja despediría a Oliver y sería el fin del Ministerio. Además, quién podía decirlo, igual se quedaba también sin la academia donde le enseñaban a hacer mapas. ¡Se hundiría todo su futuro! ¡Y por su culpa, porque en realidad ella había sido la que había dado pie a la creación del Ministerio, con todo lo que había conllevado!

No se lo pensó. Realmente, nunca pensaba esas cosas. Se puso en pie y lanzó su plato de estofado contra la tía Gormlaith. Impactó sobre su pecho, pero a la derecha, cerca del hombro manchado, y como apenas había probado bocado, todo el contenido se esparció por todas partes, disimulando para siempre la culpa de Oliver.

Este también resultó salpicado en el proceso, y a conciencia. Alguna lavandera iba a tener problemas para quitar las manchas de grasa de su hasta entonces impecable uniforme. El muchacho retrocedió contemplándola asombrado.

Silencio.

Las tres niñas se miraron, paralizadas.

Luego, un sonoro:

—¡Dios misericordioso! —gritó la anciana, incorporándose de golpe—. ¡Helen Bowler! ¿Te has vuelto loca?

—¡Lo siento! —gimió—. ¡Me ha puesto nerviosa!

—Histérica, eso es lo que eres, niña odiosa, una histérica —siguió gritando la tía Gormlaith —. Y no voy a consentir semejantes desatinos, ni a ti ni a las otras. —Fulminó también con sus pupilas

venenosas a Lorna y Annabelle—. Si no sabéis comportaros como jóvenes damas, pasaréis el día a mi lado como pecadoras. ¡Se acabó la comida! —Empezó a caminar hacia su salón. Robert acudió con una servilleta, a intentar quitarle trozos de estofado del brazo, pero ella le golpeó con el bastón—. ¡Fuera de mi camino! ¡Niñas! ¡Venid conmigo!

—Pero…

—Nada de peros. Traerán la Biblia. La leeremos en voz alta. ¡Entera, si es necesario! ¡Tenemos todo el día!

Lorna se apresuró a obedecer. Annabelle también, pasando junto a Oliver con la cabeza baja. Tampoco hubiera importado que lo mirase a él, porque el muchacho no le prestaba atención. Tenía los ojos en Helen, con una expresión de enorme agradecimiento. Al menos, eso la animó. Y que el señor Cartwright le dirigiese una sonrisa, también llena de gratitud, terminó de hacer que, lo ocurrido y sus consecuencias, hubiesen merecido la pena.

Media hora después, las tres estaban en fila en los sofás del saloncito privado de la Gorgona —o, como lo llamaban Helen, Annabelle y Lorna, su cubil—. Cada una de ellas tenía un tomo encuadernado en piel sobre las rodillas, mientras lady Gormlaith, sentada en un sillón junto a la chimenea apagada, abría la suya por el Génesis con gesto implacable.

—Lorna —dijo, sin levantar la vista—, empieza tú. Capítulo uno. Versículo uno.

—¿Entera…? —susurró Lorna.

—Entera —repitió lady Gormlaith—. Y con voz clara. Dios no tolera las murmuraciones.

Fue un día espantoso, en el que no tomaron ni el té.

Justo cuando Moisés recibía los Diez Mandamientos, cerca de la hora de la cena, llegaron los marqueses y el tormento terminó. O

quizá solo cambió de forma, porque fueron enviadas a la cama sin cenar por lo ocurrido con el estofado.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido, Helen? —le preguntó su padre, enfadado, mientras caminaban a buen paso hacia la salida de las dependencias de la tía Gormlaith. Helen apretó los puños. Pensó decirle que había sido un accidente, pero era una excusa imposible. Además, no se arrepentía de ello.

—Es una mujer horrible —replicó, con los ojos llorosos.

Lorna se interpuso en el camino de su padre.

—¡Yo también lo hubiera hecho! Pero no me atreví.

—¡Y yo! —añadió Annabelle, con decisión—. Lady Gormlaith estaba diciendo unas cosas terribles.

—¡No quiere que votemos! —aportó Lorna—. ¡Y nosotras queremos votar!

Los marqueses se miraron. Lady Beth puso esa cara que indicaba que, como se le ocurriera castigar a las niñas por culpa de su odiosa tía, lord Walter lo pagaría con un tiempo de amargo tormento.

El marqués suspiró.

—Ocúpate tú —le pidió a su esposa—. Pero que no aparezcan durante la cena. Le he prometido a la tía Gormlaith que estarían castigadas sin cenar.

—¡Pero si no tomamos el té! —protestó Helen.

—¡Se lo dijimos a la tía Gormlaith, pero no nos dejó! —explicó Annabelle—. ¡Estábamos en pleno listado de antepasados de Matusalén!

—Moriremos de hambre a medianoche! —aseguró Lorna—. ¡Y no nos encontrareis hasta la mañana!

Los marqueses intercambiaron una mirada. Helen tuvo la impresión de que intentaban contener una sonrisa.

Su padre agitó la cabeza.

—A la cama. Ya —ordenó, y se fue pasillo adelante.

Lady Beth suspiró.

—A la cama —les dijo—. Pero, por hoy, podéis dormir las tres en el dormitorio de Helen. Así podréis charlar hasta quedaros dormidas.

Al menos, era algo. Las tres niñas fueron al dormitorio de Helen con la cabeza baja. Nada más entrar, se abrazaron.

—Salvaste a un miembro del Ministerio —dijo Lorna—. Eres una heroína.

—¡Fuiste muy valiente! —reconoció Annabelle. Helen sonrió.

—Es que era Oliver. No podía dejar que le echasen…

Se sentaron en el suelo, sobre la alfombra, pensando en cómo entretenerse. Hubieran jugado a la Oca, pero no tenían dado. Al final, optaron por el Juego de la Heroína, algo que siempre las entretenía y que había influido mucho a la hora de crear el Ministerio del Cuervo Silencioso.

Helen buscó una hoja de papel y la partió en tres. Luego escribió algo en cada papel y los dobló con solemnidad.

—Cada una sacará una identidad —anunció, alzando la voz como una institutriz de novela gótica—. Recordad: sois damas de alta cuna, sí, pero también lleváis una vida secreta. Lorna, empieza tú.

Su hermana metió la mano en la taza donde había echado los papelitos y leyó en silencio. Parpadeó dos veces, mientras asentaba las ideas, y se sentó muy tiesa. Su versión de una auténtica dama.

—¿Vives en el campo? —preguntó Annabelle, haciendo esfuerzos por no reír.

—Sí —dijo Lorna con voz profunda—. Pero mis días de paz han terminado.

Helen y Annabelle se miraron con deleite.

—¿Has besado a alguien en un tren? —siguió Helen.

—Una vez. Pero llevaba pasamontañas, así que no estoy segura

de a quién.

—¿Lo llevabas tú o él?

—¡Él! Yo nunca usaría pasamontañas. No es elegante.

Annabelle asintió, conforme.

—¿Has robado joyas? —preguntó a su vez.

—¡No! —protestó Lorna, ofendida; y, de hecho, aclaró—: Solo documentos. Secretos de Estado. ¡Pero por el bien de la Reina!

—¡Eres espía! —gritó Annabelle.

—¡No! —exclamó Lorna con cara de triunfo—. Soy princesa de un país inventado entre Rusia y el Polo Norte. Se llama… El Reino del Glaciar Esmeralda.

Helen rio.

—Menuda cursilada.

—¡Es mi país! Un reino helado y montañoso, oculto entre las nieblas del mar Amanecer Dorado, donde los inviernos duran quince meses y el himno nacional está prohibido en la Rusia imperial por considerarse «demasiado contagioso». ¡La gente lo oye y se viene a vivir a mi país! Nuestra capital es Luzdiamante, famosa por su universidad secreta de criptografía y sus gatos blancos que según la leyenda «ven a los traidores». ¿Por qué os reís tanto?

—¿Seguro que los inviernos duran quince meses? —preguntó su hermana. Lorna se dio cuenta de por dónde iba el problema y carraspeó.

—Pues sí, porque los contamos. Y los contamos así y ya está.

—Pero ¿eres espía o no? —replicó Annabelle, insistiendo.

—Sí, también soy espía.

—¡Pues gané!

—No. Si se es princesa, se es sobre todo princesa —replicó muy digna—. Aunque también seas espía.

Las tres se echaron a reír a carcajadas.

—Ahora tú, Annabelle —dijo Helen con autoridad.

Annabelle sacó su papelito y lo desplegó. Sonrió con esa media sonrisa que a veces usaba la intrépida señorita Morwenna Blythe, sobre todo cuando estaba a punto de saltar al mar desde lo alto de un faro.

—¿Te han herido alguna vez en acto de servicio? —preguntó Helen con suspicacia.

—Oh… Varias veces —dijo Annabelle, cruzando las piernas con teatralidad—. Pero nunca en el corazón. Ese lo tengo… blindado.

—¡Qué cursi eres! —se burló Lorna—. ¿Eres la ladrona reformada?

—No. Soy… ¡la institutriz fugitiva que custodia la fórmula del Elixir de la Eterna Juventud y duerme en los áticos de media Europa para evitar que la consigan los reyes y la oculten a la gente del pueblo!

Helen se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estás loca, menudo riesgo! —rio—. ¡Vas a morir en la guillotina antes de cumplir los dieciséis!

Rieron más todavía pero justo entonces, sonó un golpecito suave en la puerta.

Las tres se giraron sobre la alfombra a tiempo de ver entrar a lady Beth, con su porte majestuoso incluso en bata. Las miró, agitó la cabeza y abrió del todo haciéndose a un lado. Detrás, sosteniendo una bandeja de porcelana decorada con uvas pintadas, estaba la señorita Hobbs.

Helen fue la primera en ponerse en pie para retirar unos libros que había dejado sobre la mesita. Sonrió a la institutriz, que no dijo nada, pero le guiñó un ojo.

—He traído pan con mantequilla, una compota caliente y té con miel —dijo su madre tras ella. Helen se volvió y se encontró con su ceño fruncido—. No merecéis más, pero tampoco quiero que muráis de hambre como mártires.

Las niñas se sentaron contentas. Al ver la comida, el estómago de Helen gruñó. No había imaginado tener tanta hambre, nunca.

—Qué rico. Gracias, mamá —dijo Lorna.

—Sí, gracias lady Beth —añadió Annabelle, siempre tan cumplida —. Estábamos a punto de desfallecer. Desde el desayuno no habíamos tomado más que un plato de consomé y un par de trocitos de estofado.

—Ni me lo nombres, Annabelle —ordenó lady Beth con tal severidad que la niña bajó la cabeza, sonrojada—. No penséis que esto significa que estáis perdonadas. Lo del estofado ha sido una vergüenza, Helen. Tu padre está muy enfadado.

Las tres niñas empezaron a protestar, cada una a su manera, pero todas por lo mismo:

—La tía Gormlaith estaba diciendo cosas horribles y…

—Es que la tía Gormlaith se estaba metiendo con Oliver y con el voto…

—Lady Gormlaith se estaba comportando de un modo muy…

—¡Silencio! ¡Las tres! —ordenó lady Beth, sin alzar la voz, cortando de raíz el barullo. Tomó aire—. No me interesan vuestras razones. Muchas veces tenemos que tratar con gente que no nos gusta, pero hemos de hacerlo desde el respeto, o la culpa será nuestra. —Las niñas se callaron. Bien sabía lo mucho que tenía que soportar lady Beth a la anciana, a la que debía entretener o soportar sus charlas en numerosas ocasiones—. Come algo Helen, y rápido. Vas a venir conmigo a pedirle disculpas a lady Gormlaith. Le dirás que lo sientes mucho, que fue un accidente.

—¿Qué? ¡No! —replicó ella confusa y enfadada a partes iguales—. Accidentes son los que una puede evitar y yo lo hice adrede. Y volvería a hacerlo.

—Ni se te ocurra repetir semejante tontería. Come.

Helen arrojó la tostada en el plato.

—¡No! ¡No voy a hacerlo!

—Muy bien. —La cogió del brazo—. Pues irás sin cenar.

—No pienso pedirle disculpas —replicó Helen forcejeando—. Es una bruja odiosa y malvada y estaba haciendo sufrir al señor Cartwright y al pobre Oliver, solo porque es nuestro amigo.

—Y Oliver estaba muy nervioso y se le cayeron unos trozos de estofado en el vestido de la tía Gormlaith —explicó Lorna apresuradamente, para ayudar a su hermana—. ¡Y Helen le lanzó el plato para llevarse las culpas y que no le lanzasen a los leones!

Lady Beth las miró desconcertada. Luego se volvió hacia la señorita Hobbs que parecía satisfecha.

—¿Lo ves? Sabía que había una razón. Y es lo que hubieras hecho tú, Beth. O yo. O Eve.

Lady Beth se frotó las comisuras de los ojos.

—Por favor, Juliet, quédate con las niñas. Helen, ven conmigo.

—¡Si es para ir a…!

—Ven conmigo —Y, sin esperar a más, se fue hacia la puerta. Helen titubeó. Miró a la institutriz buscando alguna guía y la encontró: la señorita Hobbs le dio la tostada y le hizo un gesto hacia la puerta.

Helen salió de su dormitorio sintiéndose miserable, mientras mordisqueaba el pan con mantequilla. Su madre estaba en el pasillo. En cuanto la vio, empezó a andar y ella la siguió. Para cuando llegaron a las escaleras, ya se había acabado la tostada.

En vez de subir hacia las dependencias de la tía Gormlaith, su madre la hizo pasar a una salita que utilizaba ella como sala de costura.

—Dame las manos —le dijo, y se las limpió con un pañuelo. También le limpió la boca. Ya no parecía enfadada. Le señaló un

sillón—. Siéntate—. Helen lo hizo. Su madre caminó de un lado a otro un par de veces y terminó ocupando el otro sillón—. Si es como ha dicho Lorna, tengo que felicitarte, Helen. Sí, es cierto, se hubiese empeñado en despedir a Oliver. Ya me ha estado insistiendo con eso hace días. Está enfadada porque sabe que sois amigos, que jugáis juntos, y eso ofende su sentido de… bueno, de la categoría social.

—Es odiosa.

—No lo niego. Aquí vamos a ser sinceras, Helen. Ya empiezas a ser mayor y, pese a algunos comportamientos que debes corregir, creo que será mejor que te trate como adulta.

Helen asintió.

—Vale.

—Bien, porque espero madurez de tu parte. —Se humedeció los labios—. ¿Crees que a tu padre y a mí nos gusta tener a tu tía Gormlaith aquí?

La niña parpadeó.

—No. Creo que no. Los criados creen que es por su dinero.

Lady Beth puso mala cara, pero era una mujer consecuente.

—No te voy a preguntar a quién se lo has oído. En realidad, tienen razón.

Helen la miró sorprendida.

—Pero ¿por qué? Tenemos mucho dinero, mamá. No necesitamos más.

—No lo entiendes. —Se llevó una mano a la sien. Quizá le dolía la cabeza o quizá buscaba el modo de ordenar las ideas—. Como sabes, tu padre se casó conmigo en contra de la opinión de sus padres. Mi familia, aunque noble, carecía de fortuna, y querían una mejor opción para él. Al no ocurrir, tu abuelo paterno le desheredó. No podía impedir que recibiera el título y lo adscrito al título, pero dispuso que el resto de su fortuna pasara a un posible nieto varón o,

de otro modo, a un sobrino que vive en Escocia. —Las dos se miraron—. Pero no hay nieto varón. Ni va a haberlo nunca. Y tu padre… bueno, ha intentado distintos negocios, pero no han salido bien. Y un marqués tiene poco margen a la hora de conseguir un empleo.

Helen ya casi no la oía. Era evidente que el marqués de Terrace no podría ponerse a trabajar en una tienda, por ejemplo, vendiendo sombreros. Eso lo tenía claro. Tampoco entendía las razones de que no hubiera más bebés, pero no se atrevió a preguntar. Además, debían ser complicadas cosas de adultos. Algo relacionado con la tercera norma. Quizá sus padres ya no se besaban.

—Bueno…

—No entiendes lo que eso significa, ¿verdad? Cuando papá ya no esté, esta casa, el título y la fortuna adscrita a él, pasarán también a ese sobrino de Escocia y su familia. Lorna y tú no tendréis más que unas pequeñas rentas, algo que no os permitirá vivir acorde a vuestro rango. —Agitó una mano en el aire—. De hecho, será una vida miserable, si no le ponemos remedio. Por supuesto, podréis casaros, pero sin una dote… Estará difícil conseguir algo aceptable. Además, no quiero que tengáis que casaros por dinero. Yo lo hice por amor, y sé lo feliz que eso hace, pese a todos los problemas surgieron por ello. No lo cambiaría por nada del mundo. —Sonrió—. Pero no tenemos fortuna que poder legaros.

Helen descubrió que había estado conteniendo la respiración.

—Por eso le dijisteis a la tía Gormlaith que viniera a vivir aquí.

—En realidad, lo ofreció ella. Quiere estar acompañada y, a cambio, le dejará a tu padre su fortuna. Y como esa no está adscrita al título, os la podrá dejar a vosotras.

Helen apretó mucho los labios.

—Me da igual. Me haré institutriz, conseguiré un trabajo, pero no

quiero su dinero.

Lady Beth se inclinó hacia delante y tomó una de sus manos.

—¿Sabes por qué papá y yo la soportamos?

Helen parpadeó, cada vez más nerviosa.

—Por Lorna y por mí.

Su madre asintió.

—¿Y sabes por qué vas a subir y le vas a pedir disculpas, y vas a procurar comportarte mejor en su presencia?

Helen sintió que su barbilla temblaba.

—Por Lorna.

Lady Beth sonrió apenada.

—Así es, cariño. Por Lorna.

Y lady Helen Bowler dio un nuevo paso hacia la madurez.

Capítulo 10

Secretos del pasado y otras lenguas muertas

Al día siguiente —que amaneció más fresco de lo que se había estado haciendo costumbre—, la señorita Hobbs les dijo que el marqués, de acuerdo con la tía Gormlaith, había aceptado mantener el plan del premio con la salida a la pastelería.

Tanto Annabelle como Lorna habían mirado con sospecha los ojos rojos de Helen, cuando volvió a su dormitorio la noche anterior, pero ella se había negado a decirles nada sobre la entrevista que había tenido con la anciana como castigo. En realidad, gracias a la presencia de su madre, que sabía cómo tratar a la tía Gormlaith, no había sido tan humillante como había temido, pero casi.

Y, también le había quedado clara la advertencia, la última que iba a recibir: si volvía a comportarse así de mal, iría directa y sin protestar al internado que la tía Gormlaith decidiese. Y seguro que se le ocurrían algunos realmente espantosos, como *Cheltenham Ladies'College* o *Roedean School*, internados famosos por su estricta disciplina y escasa tolerancia a la imaginación, donde, según se

decía, las chicas no tenían ni un minuto de respiro.

Pero, al menos, había conseguido capear ese temporal y estaba dispuesta a disfrutar mucho de ese día. Quizá para consolarla, la señorita Hobbs no había dejado de decir que se lo merecían por sus esfuerzos en clase de francés y por toda la creatividad que habían derrochado al respecto. Propuso, por tanto, pasar la mañana dibujando, pintando o tocando el piano, al gusto; luego, tras el almuerzo, podrían salir todas a dar el paseo previsto por los alrededores, para recoger muestras para el herbolario y luego tomar el té en la pastelería francesa.

Eran cerca de las once cuando Helen recordó que no iban a poder acudir a la reunión habitual del Ministerio tampoco esa tarde, y ya iba a ser la segunda, la anterior habían estado castigadas. Aunque Oliver lo había sabido, prefería avisarles para dejar claro que el Ministerio les seguía importando mucho y que pensaban volver cuanto antes, pese a todo. Que la Gorgona del Tartán no se había salido con la suya, con aquella escena para asustarlas.

Pero Oliver no estaba en Terrace House, su abuelo informó a Helen de que el muchacho había tenido que ir a hacer unas compras y no volvería hasta casi la hora del té. Y Helen no tenía por costumbre acercarse mucho a la casa de Peter, no fuera a encontrarse con su antipático padre.

De modo que pidió permiso para ir al campamento y dejar un mensaje a los chicos, y la señorita Hobbs sonrió y lo permitió.

—Me hubiera gustado que vinieran también —reconoció—. Pero tu madre me ha dicho que mejor dejarlo estar de momento, no vaya a enterarse lady Gormlaith.

¡Odiosa lady Gormlaith! ¡Maldita bruja! Mejor intentar no pensar en ella…

Helen fue corriendo hasta el campamento, que estaba desierto, tal

como esperaba. Allí, bajo la colcha que se había vuelto a caer y que sujetó como pudo —sobre todo porque amenazaba lluvia y peligraban sus tesoros—, tenían una libreta y un lápiz para dejarse mensajes secretos, y dibujos de gatos, en el caso de Lorna.

Los tomó y buscó la primera página sin felinos para escribir un «Hoy tampoco vendremos al campamento, vamos a tomar el té en una pastelería. Pensaremos en vosotros mientras nos los zampamos. ¡Saludos!».

Pero, en el último momento pensó que no podía dejarlo así tal cual, no hubiera sido propio de espías. El idioma que usaban para encriptar solía ser el latín —idioma que Peter adoraba, además—, de modo que decidió utilizarlo, aprovechando el diccionario que su amigo había dejado allí, aunque estaba tan usado que tenía muchas hojas sueltas y algunas se las había llevado el viento. Aun así, le resultó suficiente para montar más o menos las frases, pese a que sus conocimientos de ese idioma dejaban todavía mucho que desear, con lo cual tuvo que hacer algunos giros extraños para lograr transmitir el mismo mensaje.

Así que, al final quedó: *Hodie nec ad castra; fatum nos ad dulcia ducit. Vos semper in corde meo, dum vos cum voluptate gustamus. Salve!*

Que significaba, más o menos, si no se equivocaba mucho: «Hoy tampoco iremos al campamento; el destino nos guía hacia los dulces. Os llevaré siempre en mi corazón, mientras los saboreamos con deleite. Nos veremos pronto».

Helen sonrió satisfecha. ¡Bien! Peter se iba a quedar asombrado. Cada vez se le daba mejor aquello de los idiomas. ¡Hasta lo de llevarlos en el corazón podía ser considerado un estilo cercano a lo poético, si lo pensaba bien! Se preguntó si lord Peter se admiraría por ello… Esperaba que sí. En todo caso, la nota cumplía su función:

era su forma grandilocuente y un pelín dramática de informar a sus colegas espías varones de que esa tarde tampoco iban a salvar Inglaterra, aunque, en vez de haber sido apresadas por una malvada adversaria, seguramente a las órdenes del francés —como ocurrió la tarde anterior—, abandonaban sus tareas para irse a merendar pasteles, como auténticas rebeldes.

Aquel rato a solas en el campamento la ayudó a animarse y a terminar de difuminar los restos del disgusto que tenía por culpa de la tía Gormlaith. Bueno, pues ya estaba, todos tenían que soportarla porque era mala pero rica, y así el día de mañana Lorna podría ser una niña feliz e independiente, como decía la señorita Hobbs. Una niña libre. No le importaba tragarse su orgullo con tal de conseguirlo.

Dejó la nota bien protegida por si llovía y volvió a la mansión, donde siguió pintando patos mientras oía cómo la señorita Hobbs intentaba que Lorna dejara de torturar el pobre piano —si lograba conseguir que la niña tocase la mitad de bien de lo que lo hacía ella, podrían darse por satisfechas. ¡La señorita Hobbs era una auténtica virtuosa, como lady Beth!—, almorzaron y, a continuación, las tres subieron muy contentas a prepararse para salir a dar su paseo.

A lady Beth le pareció una idea excelente, por lo que se unió a ellas, lo que ilusionó mucho más a las niñas, que habían lamentado mucho el disgusto del día anterior y les alegró ver que podían hacer algo juntas para olvidarlo. Así que, cuando salieron de Terrace House, hablando sin parar y organizadas en un buen grupo, eran siete mujeres de distintas edades, pero todas con grandes sonrisas y un mismo buen humor.

Era primera hora de la tarde cuando cruzaron bajo la verja de Kensington Palace Gardens y avanzaron por la avenida hasta Bayswater Road. En cuanto la atravesaron, el verdor solemne de

Kensington Gardens se abrió ante ellas.

Helen miró a su alrededor, pensando que no se podía ser más feliz ni vivir en un sitio más bonito. Una brisa tímida acariciaba con suavidad las ramas de los hermosos castaños de Indias que flanqueaban los senderos del parque como soldados en formación, provocando un rumor que encontraba reconfortante.

Las farolas de hierro fundido, aún húmedas por la lluvia ligera que había caído poco antes, mientras se preparaban para salir, brillaban con reflejos tenues. Lady Beth y la señorita Hobbs habían comentado varias veces sus temores de que volviera a llover, porque el cielo seguía suavemente encapotado; pero ya no amenazaba tormenta, aunque tampoco prometía sol. Helen supuso que se trataba de alguna clase de tregua burlona que dejaba a la humanidad en la incertidumbre.

Las tres niñas caminaban a paso tranquilo, en fila irregular, charlando entre ellas, cogiendo hojas y flores y preguntando cada poco por alguna de ellas. La señorita Hobbs, con las manos cruzadas a la espalda, y lady Beth, con un paraguas por si al final el cielo las traicionaba, iban casi a continuación, contestando sus preguntas o hablando contentas entre ellas cuando no requerían su atención.

En un tercer grupo, a un par de metros de ellas, iban las dos doncellas, que podrían haber llevado el paraguas, pero su señora había decidido que prefería tenerlo a mano. Helen se dio cuenta de que las doncellas también estaban contentas, aunque una más que la otra, porque había conseguido ser elegida para la siguiente visita al teatro, una experiencia que, como le contaba en esos momentos a su compañera, todavía no había vivido nunca.

Eligieron el sendero curvo del Flower Walk, que discurría plácidamente entre parterres cuidados, arbustos olorosos y árboles altos. Había más gente por allí; allá donde mirasen paseaban

familias, institutrices con niños, niñeras con bebés y señores con periódico, en grupos o solos. Tuvieron que esperar un momento a que pasase un grupo de niños de algún colegio, llevados por unas monjas de aspecto sombrío que le recordaron la amenaza de internado y estuvieron a punto de estropearle la tarde, pero no.

Finalmente, la señorita Hobbs señaló un banco libre junto al borde del Round Pond, y las niñas se dispersaron por los alrededores —con la advertencia de no alejarse demasiado, tenían que estar siempre a la vista— en busca de hojas útiles y tallos interesantes para el herbolario, mientras lady Beth y ella, y las dos doncellas —que se habían apresurado a secar el banco con unos paños y a colocar unas telas para que los vestidos de sus señoras no se humedeciesen—, se sentaban cómodamente para contemplar las vistas y a los paseantes.

Lo poco que habían estudiado de botánica había sido con institutrices aburridas y sin salir del aula, de modo que Helen, Annabelle y Lorna se sorprendieron de lo divertido que resultaba así y de lo mucho que estaban aprendiendo en una primera tarde. ¡Más que en toda su vida antes!

Annabelle recogió una hoja perfectamente lobulada de plátano de sombra —un híbrido entre el sicómoro americano o plátano occidental y el plátano oriental, según explicó la señorita Hobbs, algo que Lorna se apresuró a anotar para incorporarlo al herbolario —, que clasificó como «precioso ejemplar aristocrático», por lo simétrica que le pareció.

Lorna, por su parte, encontró una pequeña rama caída de sauce blanco, con sus hojas estrechas y plateadas aún frescas. Helen, más metódica, anotó los nombres latinos de una menta silvestre que crecía junto al agua y una flor de milenrama, que arrastró con cuidado desde un macizo bajo. Al fondo del paseo, entre los

arbustos de mahonia y acebo, vislumbraron incluso una humilde flor de viola odorata, cuyo perfume apenas se mantenía, pero que Lorna declaró «esencial para cualquier colección digna».

Y entonces ocurrió.

El caballero surgió de la curva que dibujaba el camino, emergiendo de entre los árboles con la naturalidad de quien está pensando en sus cosas y podría encontrarse en cualquier otro punto del planeta, o incluso en mundos que solo existían en su imaginación. Alto, agraciado, su caminar era elegante y su rostro atractivo estaba marcado por una belleza gastada, que parecía hecha de gravedad y sombra. Vestía con una sobriedad elegante, sin afectación, pero con el sello inconfundible de los que han vestido toda su vida sin preocuparse del precio de lo que llevaban.

Helen lo reconoció al momento, aunque lo había visto pocas veces: alguna que otra vez, pasando por la calle, a lo lejos. Era lord Alexander Swann. El conde de Deelright, el padre de lord Peter.

El hombre vio a Helen, que era la que había llegado más cerca de aquel punto en su búsqueda de plantas. La miró y seguro que la reconoció también, pero no dijo nada; ni siquiera sonrió. Eso no la tomó por sorpresa: el muy antipático raramente hablaba ni saludaba a nadie. Era un hombre seco y hosco, no entendía cómo podía haber tenido un hijo tan agradable como lord Peter.

Parecía que todo parecido entre ellos se limitaba a lo físico. Pero, de algún modo, esa semejanza inducía a pensar que la actitud del conde respondía a alguna causa concreta —alguna desventura terrible, sospechaba, por una vez sin deseo de drama—. Tenía cara de estar amargado por algo y alguna que otra vez Helen había sentido la tentación de preguntarle a Peter al respecto, pero al final no lo había hecho, por si era algo relacionado con la muerte de su esposa. No era cuestión de ponerse preguntona y hacerle más daño

al padre o al hijo.

Aquella idea, tan trágica como romántica, hacía que no le tuviera tan en cuenta su carácter desagradable. Incluso pensó en sonreírle en ese momento, pero él ya no la miraba, había seguido adelante y pasaba en ese momento cerca del banco donde su madre, la señorita Hobbs y las dos doncellas, charlaban tranquilamente.

Y se detuvo en seco, como si Dios lo hubiese clavado en el sitio de una fuerte palmada.

Se quedó allí, paralizado en el tiempo, mirando atónito.

Helen arqueó una ceja. ¿Qué había pasado?

Él se tambaleó y dio un paso hacia el banco, y Helen pensó que iba a saludar a su madre, por raro que resultase. Al fin y al cabo, eran vecinos, hubieran debido portarse de un modo cortés. Pero, no, cuando dio otro paso fue la señorita Hobbs la que se puso en pie de un salto, y caminó unos metros a un lado, para no quedar atrapada entre aquel hombre y el asiento.

Para asombro general, se quedaron uno frente al otro, a un par de metros de distancia. Fue un instante largo, demasiado largo para ser casual. Estaban pálidos. Estaban alterados.

Se conocían, seguro. Y todo lo que alguna vez fueron parecía apretarse entre ellos en ese momento; cosas ocurridas y que, en vez de unirlos, los separaban.

Por un momento, no dijeron nada. No podían.

—¿Juliet…? —susurró él al fin, la voz muy ronca. Helen estaba atónita. Intercambió una mirada con su madre, que parecía igualmente confusa.

—Alexander —dijo ella, apenas audible, pero sin vacilar.

Annabelle y Lorna, que hasta ese momento habían estado al otro lado del camino hablando de si los patos del estanque sabían nadar o no desde que nacían, se callaron de golpe. Sintieron, como lo

sintieron todos sin saber por qué, que estaba pasando algo importante.

Helen entrecerró los ojos. Lorna se agarró a su brazo. Annabelle se puso al otro lado.

—¿Qué pasa? —susurró.

—No lo sé —replicó Helen en el mismo tono—. Creo que no lo saben ni ellos.

El conde dio un paso hacia adelante, con la intención escrita en los gestos, pero luego se detuvo. Tal vez habría querido tocarle la mano, decir algo más. Tal vez no sabía aún qué debía decir.

La señorita Hobbs seguía sin moverse. Su rostro, tan sereno por lo general, mostraba en esos momentos una tensión evidente. Sus ojos nunca habían parecido tan grises; le hicieron pensar en un mar rebosante de recuerdos hundidos.

Cuando por fin habló, su voz sonó precisa, casi cortante.

—Me alegro de verle con salud, milord —dijo, con una sonrisa apenas visible, e hizo amago de apartarse—. Que tenga una buena tarde.

El conde se movió rápido para interponerse en su camino y agitó la cabeza, como si no supiera qué hacer con esa indiferencia cortés pero helada. A Helen jamás le había parecido más avejentado.

—¿Qué? No. No puedes volver a desaparecer.

—Milord, no…

—¿Cuándo has vuelto? —masculló—. ¿Cuándo? ¿Por qué no me has buscado? —Apretó los puños—. ¿Acaso te has casado?

—Eso no es asunto suyo —replicó la señorita Hobbs y entrecerró los ojos—. Que yo sepa, usted sí que se casó.

—Por Dios… —Lord Deelright se llevó una mano a la frente—. Juliet, enviudé hace ya años.

—¿Y eso cambia algo? —Él la miró con amargura—. Usted eligió.

Asuma las consecuencias.

—¡No! Juliet, no hagas esto. ¿Crees que no te he buscado? Creí que seguías en el extranjero. Te perdí la pista hacer años y pensé que… Yo… No imaginaba encontrarte aquí. No sabía que…

—No importa —lo interrumpió la señorita Hobbs, con la misma frialdad—. Nada de eso importa ya, milord. Le ruego por favor que me deje en paz. Váyase —insistió, intentando otra vez apartarse—. No quiero provocar un escándalo.

—Al infierno —replicó el conde, volviendo a bloquearla—. Me da igual si nos mira todo Londres. Como si viene Scotland Yard en pleno a detenerme. —Él echó la cabeza hacia atrás—. ¿Te has casado?

—¿Cómo se atreve? No es asunto suyo.

—Sabes que sí lo es.

—¡No! Perdió todo derecho hace dieciséis años, cuando… —La señorita Hobbs apretó los labios—. Bien sabe cuándo.

Él la miró con ojos torturados.

—Fue el mayor error que he cometido nunca.

—Pues va a tener que vivir con él.

—No. No voy a irme, maldita seas. Tienes que dejar que me explique, que me disculpe. Dieciséis años. Sí, dieciséis años en el infierno, Juliet. ¿No ha sido suficiente? ¿No hemos sufrido ya lo bastante? —Intentó de nuevo avanzar hacia ella—. Veo en tus ojos que también te importa. Tenemos que hablar.

Ella retrocedió, manteniendo la distancia.

—Por favor, váyase —volvió a pedir—. Esto es muy violento. Quiero que se vaya. Ahora. Eso a lo que se refiere ya no puede ser, ya no ocurrirá. Tuvo su momento y usted lo destrozó.

El conde titubeó.

—¿Acaso te has casado, Juliet? —insistió—. ¿Es eso?

—Oh, santo cielo… —murmuró Annabelle—. ¡Se aman!

Sí, era algo evidente. O no. Había algo intenso entre ellos, pero podía ser amor, y también podía ser dolor, desesperación, rencor. Eso y mucho más. El corazón de Helen empezó a rebosar emociones.

—¡Qué hermosa tragedia! —suspiró.

La señorita Hobbs, con toda su atención fija en aquel hombre, apretó los labios y palideció.

—Para usted soy la señorita Hobbs, milord. Y si estoy o no casada, no es asunto suyo. ¡Váyase!

—¡Juliet! —exclamó él, perdiendo la paciencia—. ¡Maldición, deja de decir eso, deja de…!

—Milord, por favor —intervino lady Beth, que se había puesto en pie sin que nadie se fijase en ella y acudía en ayuda de su amiga. Fue una buena idea, porque la escena entre el conde de Deelright y la señorita Hobbs había empezado a atraer la atención de los paseantes. La advertencia suavizó un tanto la tensión, aunque no se desvaneció—. Le ruego que no se crispe tanto. Estamos en público. Hay niños presentes, y también adultos que siempre están a la caza de un nuevo escándalo.

—¡Me da igual! —dijo él con dureza. Helen arqueó ambas cejas. No había visto jamás que un caballero hablase así a una dama, y menos a su madre. Consideró seriamente la posibilidad de ir y darle una buena patada en la espinilla. Solo la detuvo que era el padre de Peter, y que su madre supo solucionar bien el tema por sí misma.

—Eso es evidente, milord —replicó con elegante frialdad—. Pero, ya que parece importarle la señorita Hobbs, tenga en cuenta que la está comprometiendo del peor modo posible.

Él la miró aturdido y luego pasó la vista alrededor, como si se estuviese despertando de alguna clase de sueño para encontrarse con toda aquella gente mirando. Se fijó en los rostros asustados de

Lorna y Annabelle, en el enfadado de Helen, en los intrigados de las doncellas y en la curiosidad de los desconocidos que habían empezado a hacer corro por los alrededores, al fijarse en la escena.

Los desdeñó a todos con un gesto y volvió a centrarse en la señorita Hobbs, aunque más calmado.

—Ven conmigo, Juliet, te lo ruego, por favor —suplicó—. Ahora. Hablaremos. Recuperaremos el tiempo perdido. Dame una oportunidad de corregir lo que ocurrió y te juro que no te arrepentirás jamás.

Ella se ruborizó.

—Nunca —replicó, de un modo tajante y terrible—. Hace mucho tiempo que perdió usted esa oportunidad, milord. Exactamente desde que abandoné sola Euston Station. —Fuera lo que fuese que significaba eso, hizo que el conde palideciese hasta parecer un fantasma de otros tiempos—. No vuelva a acercarse a mí.

Y, antes de que él pudiera insistir o añadir nada, la señorita Hobbs se giró con suavidad y echó a andar de nuevo por el camino, con paso firme, sin prisa ni vacilación. Las niñas, las doncellas y la propia lady Beth, la siguieron al momento, sin atreverse a romper el silencio.

Lord Alexander Swann, el atormentado y hosco conde de Deelright, se quedó quieto un instante más, con la misma expresión que debía tener toda alma que recibe la condena del infierno. Helen se quedó unos momentos en el sitio, observándole, y se preguntó si no estaría llorando. Quizá no por fuera, quizá ya no le quedaban lágrimas que derramar, pero podía verlas, allí, brillando en sus pupilas, y eso hizo que volviera a sentir pena por él.

Luego, el padre de lord Peter asintió para sí, como si aceptase que se merecía semejante pena eterna, y retomó su camino en dirección contraria.

—¡Helen! —la llamó su madre. Helen echó a correr hacia el grupo de mujeres, que ya no era alegre ni charlatán. De hecho, nadie dijo nada durante varios minutos. El sonido de sus pasos sobre la grava era lo único que rompía el silencio que parecía avanzar con ellas por el camino. Helen, que miraba de reojo a la institutriz, sentía el corazón acelerado.

Dio la impresión de que Lorna estuvo a punto de preguntar algo, pero se mordió los labios. Y Annabelle permaneció en todo momento con los ojos fijos al frente, con la expresión de quien ha asistido a una escena que no sabe cómo interpretar.

—¿Era él? ¿El hombre de hace años? —preguntó entonces lady Beth. Una pregunta absurda, hasta Helen se dio cuenta. La señorita Hobbs no contestó, pero la madre de Helen asumió la respuesta afirmativa—. Santo cielo, Juliet, no sabía que era el conde de Deelright, debiste decírmelo… ¿Cómo es posible? ¡Vive en la casa de al lado!

La señorita Hobbs la miró con sobresalto.

—¿Qué?

—Sí. Es nuestro vecino inmediato, la casa de la derecha. Es el padre del joven lord Peter. El amigo de las niñas.

—Oh, Dios mío… — susurró la señorita Hobbs, horrorizada—. Por eso ese muchacho me resultaba tan familiar. —Se detuvo. Casi parecía enferma—. Beth, ¿te importa llevar tú a las niñas a la pastelería?

La madre de Helen la miró preocupada.

—No, claro que no. Pero ¿te encuentras bien? Podemos volver todas y ya iremos otro día…

—No, no, no es necesario. Puedo volver sola.

—¡Pero tenemos que hablar en francés con la boca llena! —protestó Lorna—. ¡Y descubrir si la madame es una espía!

La señorita Hobbs agitó la cabeza.

—No me siento bien, querida. Lo investigaremos otro día, ¿de acuerdo?

—Pero… — Lorna iba a seguir suplicando, prueba de la ilusión que le hacía todo aquel juego organizado por la señorita Hobbs, pero Helen le puso una mano en el hombro y miró a los ojos de la institutriz.

—Otro día, no se preocupe —asintió, y notó su agradecimiento. La vio dar la vuelta y empezar a alejarse.

Lady Beth agitó la cabeza.

—No irás a irte, ¿verdad? —le preguntó, preocupada. Pero la señorita Hobbs se limitó a alzar una mano, diciendo adiós.

El corazón de Helen se encogió dentro de su pecho. Annabelle, Lorna y ella se miraron consternadas. ¡Por fin conseguían una institutriz que les gustaba y pasaba aquello! ¿Y si se iba, porque no soportaba la idea de vivir tan cerca de aquel hombre?

La merienda fue suculenta, pero no la disfrutaron ni la mitad de lo que habían imaginado. Estaban preocupadas por lo ocurrido y, sobre todo, por lo dicho por su madre.

—¿Crees que se irá? —le preguntó Helen en un aparte, cuando volvían.

—No lo sé. Ya lo hizo una vez. Y sin decir nada.

—¿No se despidió? —Lady Beth hizo un gesto afirmativo. Helen trató de imaginar qué sentiría si la señorita Hobbs se iba sin despedirse siquiera. No lo logró. Era algo impensable—. ¿Qué ocurrió?

—No estoy segura. Es algo que tendrá que contarnos ella, de desearlo, porque yo ya no estaba. Conocí a vuestro padre durante nada más debutar en la temporada, y nos casamos al poco tiempo. Para cuando volvimos de la luna de miel, Juliet se había ido de

Londres. Luego supe que se rumoreaba que había tenido una historia turbulenta, un amor intenso, pero, a diferencia del mío, fugaz. Al parecer, la familia quería que él se casara con otra. La historia de siempre. Cuando conseguí contactar y empezamos a escribirnos, me dejó claro que no quería hablar del tema, y respeté su deseo.

—Qué historia más triste… —murmuró Helen. Tomó la mano de su madre, que le oprimió los dedos con cariño—. Papá peleó por ti.

—Cierto. Somos dos casos totalmente opuestos. Ese hombre no solo no peleó por Juliet sino que, al parecer, la acusó de haber intentado seducirle para hacerse con su fortuna.

—¡Qué horrible! ¿Y cómo…?

—Eso es todo lo que sé, cariño —la interrumpió su madre—. Me temo que todo eran rumores, ya sabes cómo es Londres. Nadie sabía nada en realidad. El resto, de querer, tendrá que contarlo ella.

Visto lo visto, Helen no preguntó nada más durante el camino de vuelta, ni tampoco Lorna ni Annabelle, aunque se les notaba la inquietud en la manera de andar, en el modo en que intercambiaban una y otra vez miradas de reojo y luego fingían mirar las ramas, los nidos o las nubes.

Capítulo 11

Cómo meter la pata con una nota caníbal

Todas respiraron con alivio cuando, al volver a Terrace House, la señorita Hobbs seguía allí. Leía un libro en la salita y sonrió como si no hubiera pasado nada. Simplemente preguntó si habían disfrutado de la merienda, y ellas le dieron toda clase de explicaciones, además de más de un beso y las bolsas de pastas variadas que le habían llevado.

Nadie le mencionó lo ocurrido en el parque. El asunto quedó suspendido en el aire, como motas de polvo brillando al sol, aunque Helen sabía que no podría olvidarlo. ¡Era todo demasiado trágico! Pensó en la forma en que la señorita Hobbs había dicho aquel nombre, «Alexander». En el modo en que él la había mirado, como si no hubiera pasado el tiempo.

Decidió que ese día había aprendido que el amor podía quedarse ahí, atrapado en la garganta, como una frase que nunca se termina.

¡Tenía que contárselo a Peter! Dado que habían vuelto relativamente pronto, tras comprobar que la institutriz seguía allí, y

una vez se lo hubieron contado todo lo relativo a la pastelería —que, aunque no habían podido investigar bien, estaban más seguras que nunca de que era la base de operaciones de esos peligrosos espías franceses—, se dirigió a su madre.

—¿Podemos salir a jugar un rato al jardín, mamá?

Lady Beth asintió. Tenía los ojos fijos en su amiga. Seguro que se alegraba de librarse de las niñas para poder hablar con ella a solas.

—Pero volved a tiempo para la cena. Y procura que la tía Gormlaith no os vea con Oliver. Jugad en el jardín de lord Peter, a ser posible.

—Sí, mamá.

Allí iban, precisamente. Cuando llegaron al claro donde estaba montada la base del Ministerio, el sol ya apenas tenía la fuerza suficiente como para atravesar las densas ramas de los árboles de la zona. Lorna trotaba feliz con una bolsa de papel repleta de galletas y merengues. Habían pedido a lady Beth que la comprara para los chicos y estaban deseando ver sus caras cuando los vieran. Sobre todo, Oliver, que, como dijo Lorna, era pobre y seguro que no comía merengue nunca, cosa que le parecía una gran injusticia.

Annabelle, por su parte, se lamentaba de continuo por haber dicho que no quería más pastel de almendra, cuando en realidad sí que quería, se comería todavía dos o tres raciones más, así que tenían que convencer a la señorita Hobbs de que las volviese a llevar pronto, pero sin pasar por el parque.

Helen caminaba en el centro, sin hacerles mucho caso. Quería ver las caras de los chicos mientras se zampaban sus merengues, desde luego, pero su mayor interés era el de hablar con Peter de lo de su padre… ¡Aunque, no, no, también ardía de deseos de recibir sus felicitaciones por la redacción del mensaje en latín! Cada vez se sorprendía más al recordar lo mal que se le habían dado los idiomas

en otros tiempos. Ahora, ya sabía francés y latín con cierta soltura, y pronto aprendería los suficientes como para poder leer cualquier texto escrito por un espía…

Peter y Oliver estaban junto a la pequeña fogata del campamento, que tenía las llamas muy bajas, seguro que el señor Berenson, el mayordomo de Peter, les había vuelto a reñir por hacer fuego. Pero ¿cómo podía haber un campamento sin hoguera? Imposible. Hasta alguien acostumbrado a dirigir mansiones hubiera debido entenderlo desde un primer momento.

Al verlas llegar, se lanzaron una mirada cómplice antes de romper a reír.

—¡Hombre! —exclamó Oliver, alzando una mano—. Las fugitivas del campamento.

—¡Y con nota escrita en latín, nada menos! —añadió Peter. Llevaba una camisa blanca chaqueta remangada hasta los codos, pantalón claro y el cabello negro despeinado como si no le importase lo que pensaran los espejos. A su lado, Sócrates bostezó. Peter sacó un papel del bolsillo. La nota—. ¿Esto… lo habéis escrito vosotras? Aunque confieso que me da un cierto miedo la respuesta. He tenido que leerlo tres veces para no alarmarme.

—¿Qué? —dijo Helen, algo a la defensiva—. ¿Por qué dices eso?

Peter recitó con solemnidad fingida:

—*Hodie nec ad castra; fatum nos ad dulcia ducit*. Lo cual, más o menos, viene a decir que hoy no venís porque los dulces os llaman.

—Estábamos en una pastelería, sí —asintió Annabelle, sorprendida. Se volvió hacia Helen—. ¿Por qué no lo dijiste así?

—Porque no sabía cómo decir pastelería en latín —reconoció Helen —. Creo que en Roma todavía no existían.

—Eh… —empezó Peter, que seguro que sabía cuándo y quién hizo el primer pastel. Y quién se lo comió.

—No, por favor —le interrumpió Oliver, bendito fuera—. Tengo que volver enseguida para ayudar a servir la cena, preferiría no escuchar la historia de la pastelería al completo.

—Da igual —dijo Helen—. Es que, no sabía el nombre y ya está. Además, era verdad, ¡nos llamaban los dulces! —Se miraron las tres y se echaron a reír. Lorna hasta se frotó la barriguita—. Así que fuimos a visitarlos.

—Vale. Eso está bastante claro. —Peter asintió—. Pero…

—Lo hemos estado… —Oliver carraspeó, como si la palabra le diera apuro— lo hemos estado analizando.

—¿Analizando?

—Sí —intervino Peter—. Porque empieza con *Hodie nec ad castra; fatum nos ad dulcia ducit.* Pero, luego, vas y sueltas: *Vobis semper in corde meo sumus dum vos gustamus.*

—O, sea —explicó Oliver, con falsa solemnidad—, según Peter eso significa: «Os llevaré siempre en el corazón… mientras os saboreamos».

—¡¿Qué?! —Helen se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo que «os saboreamos?» ¡No, no!¡¡*Eos gustamus*!! ¡No *vos*! ¡Quería decir «mientras saboreamos los dulces»! Que pensaríamos en vosotros mientras nos los comíamos. ¡Era por bromear y daros envidia!

—¿No sería que en el fondo querías decirlo así? —insinuó Oliver, con una sonrisita. Algo que, pudo verlo de reojo, no gustó nada a Annabelle—. Porque suena a algo así como «os saboreamos con cariño». En plural. En grupo.

—¡Oh, cielos! —dijo Helen, ruborizada, mientras Lorna se retorcía de risa y Annabelle se cruzaba de brazos con una ceja arqueada—. ¡Estaba intentando ser poética! ¡Y me equivoqué de pronombre!

—Un error comprensible —admitió Peter—. «*Vos*» y «*eos*»… solo una letra de diferencia, pero qué cambio de sentido.

—Personalmente, nunca me habían saboreado con cariño —replicó Oliver, ya riendo a carcajadas.

—¡Oh, por favor! —protestó Helen—. Me vais a hacer odiar el latín para siempre.

—Yo, en cambio, empiezo a amarlo —dijo Peter, guardándose el papel en el bolsillo interior de la chaqueta—. Tiene una sonoridad… reveladora.

—Lo peor es que parece que lo ha escrito una señora enamorada de ambos —añadió Oliver, todavía entre risas—, pero muy culta, eso sí. ¡Lo ha redactado en latín! Eh… —dejó de reír de golpe al ver la cara que le estaba poniendo Annabelle—. Pero claro, no era eso.

—¿No? —preguntó Annabelle—. ¿No escribía en latín? ¿O no estaba enamorada de ambos?

—No… a todo. Por si acaso.

—En principio era un mensaje caníbal —dijo Peter, echando una mano a su amigo—. No hay razones para presuponer nada romántico.

Esta vez rieron todos.

—Os odio —dijo Helen, entre risas—. No ayudáis nada

Cuando lograron calmarse, Oliver la miró más serio.

—En todo caso, lady Helen, tengo que agradecerte lo que hiciste en el comedor de tu tía. De verdad que pensé que era el fin, y no lo voy a olvidar nunca.

Ella se ruborizó.

—No seas tonto. Somos amigos y compañeros en el Ministerio. Es lo menos que podía hacer.

Oliver asintió. Luego, de pronto, se adelantó y la estrechó en un abrazo tan fuerte como rápido. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, ya la había soltado y Helen lo miraba sorprendida.

—Perdón… es que no podía dejarlo pasar sin más. Me salvaste la…

Ella le abrazó, y no tuvo ninguna prisa, al contrario. Era su amigo, habían crecido juntos y le quería, y deseaba que lo tuviera muy en cuenta, por muchas tías Gormlaith que pudieran interponerse entre ellos.

Cuando le soltó, con los ojos brillantes de lágrimas, sonrió a Annabelle, que le devolvió la sonrisa. Ella la entendía. Y si seguía por ese camino, iba a tener una lucha mucho mayor. Pero ella les ayudaría, si estaba en su mano.

Helen carraspeó.

—Todo está bien, compañero… excepto tu horrible apodo.

Oliver se echó a reír.

—Bueno, hablaremos de eso otro día, porque ahora voy a tener que irme. Tendré que ayudar con la cena.

—Te acompaño —dijo Annabelle. Helen intercambió una mirada con ella y con Lorna, que asintieron.

—¡Yo me voy por mi cuenta! ¡No quiero que se me pegue tanto romanticismo! ¡O que me deguste algún caníbal! —dijo su hermana pequeña, y empezó a correr haciendo cabriolas sin importarle que se le vieran los pololos—. ¡Me casaré con mi piano!

—Está como una cabra —rio Oliver, aunque se le veía contento ante la posibilidad de tener a Annabelle a solas, toda para él, por poco tiempo que fuese. De todos modos, se aventuró a preguntar—. ¿Vienes, Helen?

—Eh… no. Peter, tengo que hablar contigo —le dijo.

Él estaba apagando los restos de la fogata a fuerza de pisotones. Su fuego bajo había dado poca luz, pero se notó su ausencia. El crepúsculo estaba ya muy avanzado, y el mundo se llenó de sombras.

—Claro —le dijo el muchacho—. Pero si quieres pedirme que te devuelva la nota, lo lamento, mi querida filósofa latina: demasiado

tarde. —Se palmeó el bolsillo—. Prueba archivada para la posteridad. Cuando seamos dos viejos de treinta años, nos reiremos leyéndola.

—No, no es eso. Tenemos que hablar.

Él captó por fin que algo serio ocurría. La miró confuso.

—¿Qué ocurre?

—Ven. Demos un paseo. —Miró a Annabelle y Oliver—. Luego iré a casa. No me esperéis.

—Descuida —dijo su amiga, y echó a andar hacia Terrace House —. Vamos, Oliver.

—Voy —replicó el muchacho, con cara de preguntarse qué estaba pasando.

Annabelle se ocuparía de explicarle lo necesario.

Capítulo 12

Aunque nos separe todo un océano

Helen y Peter caminaron por los límites del jardín de los Swann, en dirección contraria a Terrace House, hasta que llegaron a un punto en el que no se veía a nadie. Ni siquiera distinguían la casa de Peter, oculta por los árboles.

—¿De verdad no pensáis contratar nunca un jardinero? —preguntó Helen, contemplando el jardín, completamente descuidado. Las plantas crecían allí donde lo deseaban y se extendían en la dirección que les apetecía, de un modo caótico y salvaje. Y, sin embargo, lo encontró bellísimo, más que el suyo, tan milimetrado, tan controlado.

Peter negó con la cabeza.

—No creo. Ya te digo que a mi padre no le importa el jardín. Nunca tenemos visitas. —La miró de reojo—. ¿Qué pasa, Helen? Empiezas a asustarme.

—Hoy hemos visto a tu padre. —Él esperó, aunque algo se apagó más todavía en su mirada. Helen lo encontró apropiado, teniendo en cuenta que un crepúsculo muy rojo estaba llenando el mundo de

sombras—. Resulta que conoce a la señorita Hobbs.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¿A la institutriz?

—Sí. —Le hizo un resumen rápido de lo ocurrido en el parque, lo suficiente como para dejarle clara la situación; algo paradójico, dado lo confuso que parecía cuando terminó—. Mi madre me ha dicho que la acusó de haber intentado seducirle para hacerse con su fortuna.

—¿En serio?

—No sé si es cierto o no… Vamos, sé que ella no intentó seducirle por su dinero, de eso no me cabe duda porque la conozco. Lo único que me consta es que hubo algo entre ellos, pero que no pudo ser, por culpa de la familia. —Peter hizo una mueca y caminó hacia un viejo banco cercano, donde le ofreció asiento antes de acomodarse él—. ¿Sabes algo de eso?

Su amigo negó con la cabeza.

—No. Saber, exactamente, no. Pero algo sospechaba.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

Peter se encogió de hombros.

—Cuando tenía diez años, descubrí que mis padres no se querían. —Helen lo miró consternada—. En realidad, ya lo sabía de antes, es algo que se nota. O, bueno, ella sí que le quería a él. O por lo menos, no quería a otro, y a él sí que le pasaba eso y… Creo que lo estoy liando mucho, ¿no?

—Creo que lo entiendo un poco. Lo que quieres decir es que tu padre amaba a otra.

—Sí. Lo supe cuando les oí discutir por culpa de un pequeño relicario que tenía mi padre en el cajón de su escritorio, y que ella había quemado. Mi madre le acusaba de haber conservado el retrato de otra mujer y él le dijo que se callase, y que la odiaba. Fue… desagradable.

—Lo siento.

Peter no pareció haberla oído. Parecía perdido en sus turbios recuerdos.

—Y, luego, cuando ella murió, de unas fiebres, no le vi llorar. No derramó ni una sola lágrima. —Se encogió de hombros—. Yo tengo claro que no la quería. Tampoco me quiere a mí.

—No digas eso —le dijo Helen—. Pues claro que te quiere. Todos los padres quieren a los hijos.

—¿Ah, sí? ¿Es alguna clase de obligación?

—Es una ley universal.

Él se rio.

—Ni siquiera sabes qué es eso.

—Claro que sí. No soy ninguna niña pequeña. Son leyes que… que… bueno, que importan en cualquier parte. ¡Aunque estés en la luna! —Peter sonrió—. Y tu padre te quiere, seguro. Es solo que está lleno de dolor.

—Puede. Pero ¿qué más da? No podemos hacer nada.

—¡Claro que sí! Yo podría hablar con ella y tú hablar con él, y tratar de encontrar un modo de…

—¿Qué? —No la dejó terminar. La miró con horror—. No, ni hablar.

—Pero, Peter…

—No. Ya te digo que creo que no me quiere, apenas me tolera. Jamás hablamos, a menos que sea inevitable.

Helen abrió mucho los ojos.

—Pero, os diréis buenos días…

—¿Y por qué iba a tener que hacer eso? Apenas nos vemos. Ni siquiera me riñó cuando me expulsaron de Eton. El señor Berenson, el mayordomo, fue quien me informó de que estaba castigado sin viaje al continente al que, por otra parte, iba a tener que ir solo, o eso pretendían. Yo estaba buscando el modo de llevarme a Oliver conmigo.

—Pero… cuando necesitas dinero o un permiso por algo… ¿no te atiende tu padre?

—El señor Berenson también es el administrador. Es con quien trato todos los temas, cuando necesito algo.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y en las comidas? ¿No ves a tu padre en…?

—Jamás comemos juntos. Ni cenamos, ni el té. No lo entiendes. Para él, es como si yo no existiera. Como si el mundo no existiera —añadió, evitando que pareciera algo personal. Miró hacia el frente, las pupilas perdidas entre las sombras del jardín—. La semana que viene es mi cumpleaños. Cumplo quince años.

Helen casi pegó un brinco de entusiasmo.

—¡Oh, Peter! ¿Cómo no lo habías dicho? ¡Tendremos que celebrarlo!

—Jamás he tenido una fiesta de cumpleaños. —Algo palpitó suavemente en el fondo de su mirada—. Jamás hasta ahora había tenido amigos.

Helen sintió que el corazón le dolía. ¡Estaba tan guapo!

Se puso en pie.

—Ven.

—¿A dónde?

Ella sonrió y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

Peter asintió, tomó su mano y fue con ella. Helen le condujo en silencio hasta el lugar donde estaba el roble más grande de la propiedad. Entre sus grandes raíces, había algunas piedras. Helen se sentía reacia a soltar a Peter, pero no quedaba más remedio. Se agachó, retiró las piedras y algo de tierra húmeda, que le dejó las manos manchadas y olorosas, y buscó.

—¿Qué haces?

—Tengo aquí enterrada mi caja de secretos.

—¿Caja de secretos? —Rio—. Y la has enterrado en mi jardín…

—Ya lo hacía antes de que vinieras a vivir aquí. No puedo enterrarla en el mío, el señor Flyer, el jardinero, es muy picajoso con sus plantas. Me reñiría si se la encuentra. Diría que le estoy haciendo daño a sus bonitas caléndulas.

Peter rio.

—Vale. ¿Y qué es? ¿Alguna especie de ofrenda druídica?

—Podría ser. —Puso carita de persona interesante—. La vida no vale nada sin rituales importantes, lord Peter Swann.

—¿Eso lo has deducido tú sola? Ah, espera, es otra ley universal.

—No. Lo leí en una novela gótica. Una preciosa. —Suspiró—. Por cierto, lloré. Con la de *El heredero de Redclyffe*, me refiero.

—Oh. Lo lamento.

—No importa. Una muerte así merece la pena. Me gustó tanto que volví a leerlo de inmediato. Ahora lo tiene Annabelle, pero estoy rabiando porque lo termine y me lo devuelva, para leerlo otra vez.

Él rio.

—A mí también me pasó. Por eso sé que volverás a llorar.

—Seguramente. —Consiguió sacar la caja. Era de lata, pintada de azul cobalto, con unas florecillas blancas—. ¡Bien! Veamos…

Se sentó en una gran raíz y él se acomodó a su lado. Helen abrió la caja, que contenía muchas cosas, entre ellas cintas de pelo antiguas, una almohadilla bordada con forma de corazón y una fotografía cuidadosamente recortada de un periódico, en la que aparecía una actriz del Theatre Royal Haymarket que Helen admiraba por su dramático flequillo.

—Es mi caja de secretos —repitió, pasando los dedos con cuidado por los pequeños objetos—. Te he enseñado dónde está porque confío en ti, eres el Agente P del Ministerio…

—Es un nombre horrible.

Ella rio.

—Sí que lo es.

—Creo que me lo voy a cambiar. Seré el señor… Morgan Redclyffe.

—¡Me gusta! Con ese nombre, seguro que descubrimos el escondite del cilindro de Napoleón.

—No sé. Aún tenemos que sobrellevar un El Vizconde Sombrío. —Ambos rieron—. Seguro que acaba encontrando su sitio. Como hacemos todos.

—Sí… —Ambos permanecieron un segundo en silencio, pensando en lo agradable que era formar parte de un grupo, tener amigos y crear algo como el Ministerio. Pero se hacía tarde, así que volvió a lo que les había llevado a aquella raíz—. Pues, como te digo, confío en ti, agente Redclyffe. No debes sacar esta caja de su escondite, ni tocarla, sin estar yo presente. Nadie más que yo puede abrirla hasta que yo me haya casado… o muerto trágicamente.

—Esperemos que sea lo primero —dijo él, con una media sonrisa. Sus elegantes dedos acariciaron una pluma—. Cuéntame la historia de este recuerdo.

Helen sonrió.

—Es muy antigua, de ganso. Mi madre dice que perteneció a su abuelo, que tenía gansos en el *cottage*. Es donde nosotras vamos en verano, nos encanta —inclinó la cabeza, apenada—, pero este año no, porque estamos castigadas. —Se encogió de hombros—. Tiene la punta roma y no me dejaban afilarla, por si me cortaba, pero la conservo porque creo que encierra historias que aún no se han contado.

Peter parpadeó. Tardó un segundo en continuar.

—Eso es muy bonito, Helen.

—Sí… —Algo incómoda, buscó cambiar de objeto y señaló un

papel doblado en cuatro—. Mira, esta es una carta sin enviar que le escribí a la reina Victoria.

Peter arqueó una ceja.

—¿A la reina?

—Sí. Mi padre me regaló esta hoja de papel. —Era de carta, con borde dorado—. Me pareció tan bonito que pensé que solo podría usarlo para escribir a una reina, y no conocía otra. —Sonrió—. Claro que, tenía diez años. Enviar la carta no formaba parte de mis planes.

Él rio.

—¿Y qué le decías?

—Oh, además de hablarle con gran afecto de su perrito, le pedía, muy seriamente, que permitiese a las niñas asistir al Parlamento y leer novelas sin permiso paterno.

Peter la miró con ternura.

—¿Y esto? —dijo, señalando un trocito de encaje.

—Es de un vestido de Annabelle. Se le enganchó durante una fiesta en los jardines, cuando nos escondimos bajo la mesa del buffet para espiar a los adultos. Lo cortamos por la mitad y conservamos una parte cada una. Lo consideramos la rúbrica de un pacto de amistad eterna. Teníamos ocho años.

—Esta caja es fascinante. —Señaló una piedra pequeña, plana, pintada con flores diminutas—. ¿Esto qué significa?

—La decoré yo cuando tenía nueve años. Me la regaló Lorna, que tenía siete, con la promesa de que siempre estaríamos juntas, incluso si acabábamos en conventos o en internados separados por un océano. —Carraspeó—. Es que, habíamos hecho una trastada y… bueno, en aquel momento lo considerábamos un riesgo muy real. Lorna me dijo que esta piedra nos mantendría mágicamente unidas, pese a todo.

—Vaya. Debió ser una trastada muy grave. —Peter arqueó una

ceja. Helen optó por no contestar. Poner cola en la silla de la institutriz, la señora Garland, había sido muy divertido, pero sus padres se enfadaron mucho. Había ido recomendada por la duquesa de Milleblue, íntima amiga de la reina—. Algo así como lanzar un plato de estofado contra tu tía Gormlaith, la Gorgona del Tartán.

—Oh, bueno… —Se encogió de hombros—. Eso fue… la fuerza del destino. No quedó más remedio.

—Lo sé. Y Oliver te está muy agradecido, Helen, ya lo has visto. Fuiste muy valiente. —Los dedos de Peter rozaron apenas los suyos, que estaban apoyados sobre la piedrecilla pintada con flores—. Te admiro mucho, ¿sabes?

Ella parpadeó. Nerviosa, apartó la mano y cerró la caja, pero la volvió a abrir al momento.

—Puedes elegir una cosa.

—¿Cómo?

— De la caja. Como regalo de cumpleaños. Si quieres...

Peter la miró con una intensidad extraña. Luego, sus pupilas se dirigieron hacia sus tesoros.

—Claro que quiero. Pero son… son como retazos de tu alma.

—Sí. —Cierto, eso eran, y se le encogió un poco el corazón en el pecho al oírlo. Le gustó que Peter fuera lo bastante sensible como para comprenderlo—. ¿Quieres uno? Elige. El que sea. —Él asintió. No dudó mucho. Cogió la piedra—. ¿Por qué has elegido eso?

Él sonrió.

—Quiero pensar que su magia logrará reunirnos pese a todo, si algún día nos separa un océano.

Helen se ruborizó. Con el corazón desbocado, volvió a cerrar la caja y se puso en pie.

—Tengo que irme a casa. Se va a hacer de noche y me reñirán si tardo.

—Claro. —Peter se apartó y ella volvió a ponerla en su sitio secreto. Colocó las piedras ocultando el hueco y las cubrió bien con tierra—. Vamos. Te acompañaré.

—No es necesario.

—Lo sé.

Empezaron a caminar lentamente hacia Terrace House. Durante cosa de un par de minutos lo hicieron en silencio, un silencio cómodo que decía mucho más de su amistad que cualquier palabra.

—Gracias —le dijo Peter, entonces.

—¿Por qué?

—Por el regalo de cumpleaños. Nunca había tenido uno. Y este, es mágico.

Ella sonrió.

—Deberías tener también una fiesta… —De pronto, se detuvo en seco—. ¡Ay, se me ha ocurrido una idea, Peter! ¡Una idea genial!

—¿Cuál?

—Organizar una fiesta de cumpleaños, claro está. Para propiciar que la señorita Hobbs y tu padre vuelvan a reunirse.

—¿Qué dices? —Pues no parecía tan entusiasmado como había supuesto—. Por lo que me has contado, ella no quiere ni verlo.

—No. Pero el destino está de parte de esa relación.

—No te entiendo.

—Pues que ha vuelto a reunirlos. ¡Fíjate cómo se han reencontrado después de toda una vida!

—De toda mi vida, de hecho. Y algo más.

—Sí… No puede ser casualidad.

—Helen, pese a lo que cree mucha gente, las casualidades sí que existen.

—Pues, si lo es, hay que aprovecharla.

Peter titubeó.

—Lo siento, no sé cómo podría ayudar. Mi padre no querrá organizar una fiesta para mí. Y el mayordomo, menos. Es más, si lograra convencer a mi padre, contándole cuál es nuestro plan, el objetivo real de la fiesta, no serviría tampoco de nada. La señorita Hobbs dudo que asistiera. Estoy seguro de que le pediría el día libre a tu madre. Y son amigas, como me contaste.

—Es verdad. —Helen se mordisqueó el labio inferior, pensando—. Pues, nada: lo haremos nosotros.

—¿Qué? ¿Tú y yo?

—¡No! —Se rio—. Nosotros no podríamos dar una fiesta, no sé si tengo siete peniques ahorrados. Me refiero a hacerla en Terrace House. Se lo pediré a mis padres.

Peter se mostró sorprendido.

—Helen… Apenas me conocen. La verdad, no me parece buena idea.

—Déjalo de mi cuenta —dijo ella, pensando que quizá tendría que recurrir a «el arte de mandar desde la sombra» de Talleyrand—. Pero, a ver si podemos antes ir propiciando algún que otro encuentro. Sería bueno, para que vaya aliviándose el enfado.

—¿Qué? ¿Encima pretendes complicarlo todavía más? ¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo?

—Tú conoces a tu padre y nosotras a la señorita Hobbs. Buscaremos el modo de provocar distintos encuentros, cuando salgan de paseo o lo que sea.

—Se te olvida lo que te he dicho: yo no conozco a mi padre. No tengo ni idea de qué vida hace.

—Pero… sabrás si sale o cuándo, ¿no?

—Sale cuando quiere y vuelve si le da la gana, que suele ocurrir, porque no tiene vida social, más que algún concierto de vez en cuando. Espera… —Se interrumpió—. Eso sí que podría ser. Le gusta

mucho la música.

—¿Ves? —Helen entrecerró los ojos—. Y estás pensando en algo, Peter Swann. ¿A que sí? ¿Sabes si va a ir a algún concierto?

—Sí. Si no recuerdo mal, el día tres de junio va a ir al Queen's Hall, a un concierto oficial de gala. Al menos, hace poco vi el programa sobre su escritorio. Pero tengo que confirmarlo —se apresuró a añadir, cuando ella empezó a dar brincos de contento—. Helen, no te apresures a sacar conclusiones. Tengo que confirmarlo y ni siquiera sé cómo voy a poder hacerlo.

—Ya se te ocurrirá algo. Será una buena oportunidad, le diré a mis padres que queremos ir, y nos acompañará la señorita Hobbs, seguro. Y ya iremos pensando cómo provocar otros encuentros, espero al menos uno antes del concierto. Tenemos que lograr que estén menos enfadados para cuando llegue el día de tu fiesta de cumpleaños. ¡A ver si conseguimos que bailen!

—¿Que bailen? ¡Helen! ¿Se te ha ocurrido pensar que podrían enfadarse más todavía?

—No.

—Miedo me das. ¿Qué estás planeando?

—Todavía no lo sé. Pero hay que intentarlo. Estaban enamorados, Peter… —añadió, en un susurro que sonó casi atronador en el jardín envuelto en sombras—. Se les notaba en la cara. A ambos —añadió con convicción—. Y, cuando alguien ama, ya no lo olvida nunca.

Él no respondió. Bajó los ojos y dejó que el silencio se alargara, y ella se preguntó si no le estaría diciendo algo, realmente. Pero no había tiempo. Helen suspiró. Le encantaría seguir así, allí, con él, pero ya casi era totalmente de noche. Tenía que regresar a casa.

Al moverse para volver a avanzar, tropezó con una raíz traicionera y perdió el equilibrio. En un movimiento rápido, Peter la sostuvo por la cintura.

Y ese gesto lo cambió todo.

—Cuidado —murmuró.

Sus rostros quedaron demasiado cerca. Los ojos de él, claros y serenos, se posaron en Helen con una gravedad inesperada. Y algo en el pecho de la jovencita se contrajo, como si el mundo entero, con todos los seres vivos que lo habitaban, se hubiera estremecido con ella.

Cuando Peter la ayudó a recuperar el equilibrio y le dedicó una sonrisa breve, casi imperceptible, Helen sintió que algo dentro de ella pulsaba con fuerza, haciéndola sentir muy viva.

Empezó a caminar, casi huyendo hacia Terrace House, pero sintiendo casi dolorosamente la presencia de Peter a su lado.

¿Era eso perder la cabeza?

¿Podía fiarse en el futuro de lo que él dijera, si ya no tenía cabeza?

Las normas. Sus queridas normas. Aquellas que había recitado en el desván como un conjuro. Se le enredaban en la mente y…

—Ten cuidado, no corras tanto —le oyó decir—. Esto está muy descuidado y habrá más raíces. Podrías haberte torcido un tobillo.

Y, eso, le dio una idea.

Quizá todavía conservaba algo de cabeza.

Capítulo 13

Las infalibles estrategias del Ministerio del Cuervo Silencioso: «Operación Tobillo Torcido»

Helen se detuvo frente a la puerta principal de la casa del conde de Deelright y respiró hondo.

Sentía que todo su cuerpo era un nudo de nervios. No por el plan en sí, puesto que lo habían estudiado a fondo y estaba más que segura de que funcionaría, sino por lo mucho que deseaba que funcionase. Peter le había dicho que su padre seguía en casa esa tarde, encerrado en la biblioteca como de costumbre, y ella había preparado su aire más inocente para la ocasión.

Incluso se había recogido el pelo con una cinta que Annabelle y Lorna decían que le daba un aire de niña bondadosa, tímida y algo enfermiza. No sabía de dónde sacaban aquella idea, pero esperaba de verdad que tuvieran razón.

Peter abrió la puerta antes de que le diera tiempo a pulsar el timbre de la campanilla. Habían decidido que estuviera al acecho para evitar en lo posible la intervención del señor Berenson.

—¿Estás lista? —murmuró en voz baja, tras mirar a un lado y otro

del jardín como si esperase ver espías escondidos entre los setos.

Helen asintió con gravedad y entró. El corazón le latía muy fuerte en el pecho. Vale, no iba a saltar al mar desde lo alto de un faro, pero iba a torcerse el tobillo en nombre del amor verdadero. Y sin dado. Y sin aplauso salvador.

—Mi padre está en la biblioteca. Si quieres puedes... —Peter llamó con los nudillos y abrió la puerta sin acabar la frase—. Padre, lady Helen ha venido a pedirme un libro. ¿Podemos pasar un momento?

—Claro —murmuró la voz de lord Alexander desde dentro. Helen siguió a Peter al interior. La biblioteca olía a papel, humo de pipa y ese perfume seco y elegante que siempre acompañaba al conde—. Buenas tardes, lady Helen.

—Buenas tardes, milord —replicó ella, dedicándole una reverencia perfecta. Esperaba que no se acordase del día que quiso darle una patada en la espinilla. No se lo dijo, pero seguro que se lo leyó en la cara—. Muchas gracias por atenderme.

Él parecía genuinamente intrigado.

—¿Puedo saber qué libro es ese en el que está tan interesada?

—Lord Peter me habló de *Music and Morals*, de Haweis. Me pareció... interesantísimo.

El conde la miró con una mezcla de incredulidad y placer.

—¿Haweis? ¿Una jovencita como usted interesada en semejante tratado?

—Soy muy curiosa —replicó Helen, dando un paso más—. Y me gusta mucho la música... aunque no se me da bien, la verdad. Toco muy mal el piano. Peor que mi hermana pequeña, que ya es decir. ¡A ella, al menos, le entusiasma estar horas y horas al teclado!

—Y a usted no, por lo que veo.

—No. Pero, como le digo, me gusta la música. La bien hecha. No la mía. —Eso hizo que el conde casi sonriese. Helen tuvo un atisbo

del hombre amable y cordial que hubiera podido ser, de no estar tan amargado. Alguien muy parecido a Peter. En un arrebato de inspiración, añadió—. Me encanta cómo toca el piano la señorita Hobbs. Es maravillosa.

Las pupilas del conde lanzaron un destello.

—Sí, lo recuerdo.

—Ella fue la que me habló de la obra del reverendo Haweis, ¿sabe, milord? Me dijo que combinaba análisis musical con reflexiones filosóficas y morales muy acertadas —repitió puntualmente lo que le había dicho Peter. Quizá le salió con aire de sabidilla, pero no pudo evitarlo. Estaba demasiado nerviosa—. Que explica cómo la música influye en el carácter.

—Y tiene razón. Es una opinión muy acertada. Lo que me sorprende es que una jovencita como usted se muestre así de interesada en semejante tema.

—Ah… —Pues esa respuesta no la tenía. ¿Por qué había tenido que extenderse tanto? Helen miró a Peter de reojo, buscando ayuda o inspiración, pero el muchacho permanecía serio, con la mirada perdida, como ausente—. Yo… yo quería saber si una joven debería tocar Chopin o Bach para parecer… Bueno, más seria.

Eso, definitivamente, hizo que el conde arquease una ceja. No tuvo claro si lo encontró absurdo o divertido.

—Entiendo. Si le sirve mi opinión, una joven debería tocar la música que la haga feliz. En este mundo nada es… —Se interrumpió y, al cabo de un segundo, señaló en una dirección—. El trabajo de H.R. Haweis está por ahí. Segunda balda. Peter puede alcanzárselo si…

—No hace falta, gracias. —Helen caminó unos pasos en la dirección indicada y, justo al llegar al centro de la gran sala, sobre el círculo verde que dibujaba la hermosa alfombra, soltó un quejido

muy creíble y se dejó caer al suelo—¡Ay! ¡Ay, ay!

—¿Qué ocurre? —preguntó el conde, alarmado. Fue hacia ella—. ¡Lady Helen, ¿qué le pasa?!

—¡Me duele mucho! —gimió ella, apretándose el tobillo derecho con ambas manos—. ¡Creo que me lo he torcido!

—¿Qué?

—¡El tobillo! ¡Me duele muchísimo! ¡He pisado mal y…! ¡Ay, milord, Peter, duele de verdad! ¡Muchísimo!

—La ayudaré a llegar al sillón —propuso el conde, inclinándose para levantarla. Ella intentó estorbar en lo posible para darle tiempo a Peter, que se acercó a la ventana para apartar la cortina y agitar una mano. Aquello era parte del plan: al hacer la señal, Lorna, que estaba en el jardín esperando, saldría corriendo a buscar a la señorita Hobbs y le diría que Helen había sufrido un pequeño accidente en la casa del conde.

Con un poco de buena suerte, el deber vencería al rencor. Y, de no ser así, tampoco pasaría nada. Peter la ayudaría a salir y ella simularía ir recuperándose.

Lord Deelright logró alzarla del suelo, pese al forcejeo de brazos y pies de Helen, que además había intentado permanecer clavada en el sitio como un peso muerto. Pero el conde era un hombre fuerte. La levantó en brazos y la llevó hasta uno de los sillones, donde la depositó con delicadeza.

—Peter, dile a Berenson que vaya a buscar un médico.

—Oh, no será necesario, milord, por favor —dijo Helen con una voz que aspiraba a ser débil, aunque le salió un poco más dramática de lo previsto. Carraspeó intentando recuperar el tono. ¡Por Dios! Era una espía acostumbrada a enfrentarse a los secuaces de Napoleón, tenía que saber cómo salir de un entuerto tan simple—. Se me pasará en un momento, no quiero molestarle. De verdad que

no...

—Déjeme ver —sugirió, arrodillándose a su lado. Intentó cogerle uno de los pies—. Quizá pueda ayudarla.

—¡Oh, no! No, no es necesario. —Recogió pudorosamente las piernas y las protegió con las faldas, sujetándolas a presión con los brazos—. ¡No quiero que me toque el pie! ¡Ni el tobillo! ¡Ni la media! ¡Ni nada!

Lord Deelright sonrió con ese aire ligeramente cansado que Helen ya le conocía. Peter le hacía gestos desde el fondo, para indicar que no sobreactuara, lo cual la ponía más nerviosa todavía.

—Entonces, haré que llamen a un médico —decidió el conde, volviendo a ponerse en pie—. Peter…

Helen abrió mucho los ojos.

—¡No! No hace falta. Quizá repose un poco…

—Lo siento, milady, pero es usted una jovencita que se encuentra ahora mismo bajo mi protección. Y no puedo permitir que pase el tiempo cuando me consta que estas cosas es mejor atajarlas cuanto antes. Peter, dile a Berenson que traiga hielo y que mande al lacayo a buscar al…

Entonces, se oyó la campanilla de la entrada.

Nadie dijo nada al principio. El conde miró indeciso hacia la puerta. Helen sostuvo el aliento. Peter esperó, muy quieto.

Se oyeron pasos en el pasillo, dos personas, una con un repiqueteo de tacones. Luego, la puerta de la biblioteca se abrió. Entró el señor Berenson.

—Milord, la señorit…

Ella no esperó a que la terminasen de presentar. Entró en la biblioteca con una expresión entre la angustia y la cautela.

La señorita Hobbs.

Vestía de marrón oscuro, sin adornos, con el pelo perfectamente

recogido en un moño severo. Su expresión era pétrea. Pero Helen percibió el leve temblor de su barbilla cuando sus ojos se posaron en el conde de Deelright, aunque se apartaron al momento para dirigirse a ella.

—Lady Helen —dijo con tono seco—. ¿Qué ha pasado?

—Me he torcido el tobillo —susurró ella, avergonzada—. Un poco. Muy poco. Ya casi ni me duele.

La institutriz le frunció el ceño.

—¿Y has considerado apropiado venir a torcérselo precisamente en esta casa?

Helen bajó la mirada, asustada por esa nueva faceta de la señorita Hobbs. Qué mujer tan intimidante podía llegar a ser cuando estaba enfadada. Incluso hablando en voz baja, como en ese momento, lo que decía parecía llenarlo todo. Además, tenía una forma de fruncir los labios que le recordó a estatuas de ciertas reinas antiguas. Esas que habían sido esculpidas para mirar con desaprobación a las gentes del futuro.

—Yo no pretendía...

—No es culpa suya —intervino el conde de Deelright—. Ha sido un accidente. Lo importante es que se recupere.

La señorita Hobbs alzó una ceja.

—Sin duda alguna. Es una suerte que usted estuviera aquí, lord Deelright.

Él se ruborizó.

—Si está insinuando que yo tengo algo que ver en alguna clase de… trampa para obligarla a usted a algo, se equivoca de medio a medio, señorita Hobbs. —Helen abrió mucho los ojos. No se le había ocurrido que por su plan pudieran acusar al conde de formar parte de la trampa—. La niña se ha torcido el tobillo y yo he intentado ayudar. Como habría hecho con cualquier niña y en cualquier sitio.

—Vaya. —Ella cruzó los brazos. Su mirada era glacial—. Qué caballeroso. Quizá sea cierto y haya aprendido algo con los años.

Helen deseó poder hacerse invisible.

El silencio se hizo espeso. Finalmente, el conde habló con voz ahogada.

—Juliet… —Fue casi un suspiro—. Por favor, deja que me explique.

—No le he permitido que me tutee, milord. Y no quiero explicaciones. Creí habérselo dejado muy claro el otro día.

—Aun así…

—¿Aun así qué? —le interrumpió ella. Su voz sonó tan cargada de furia contenida, que el silencio que siguió pareció aún más denso—. ¿Acaso va a decirme que no fui razonable? ¿Que debería haberme quedado a escuchar cómo usted justificaba… lo injustificable?

Helen tragó saliva. Aquello iba de mal en peor.

—El otro día tuve la impresión de que el destino nos había dado una oportunidad. ¿Tú no? Y quise aprovecharla, quise…

—No tiene derecho —le cortó la institutriz—. No tiene ningún derecho a esperar oportunidades ni a aprovechar nada. No tiene derecho a buscarme ahora. A mirarme con esa expresión… esa expresión… —No debió encontrar el modo de terminar la frase, así que lo intentó de otro modo—. Como si usted y yo fuésemos aún los mismos. Como si Euston Station no hubiese ocurrido.

Aquello golpeó al conde como un puñetazo. Hasta echó la cabeza hacia atrás.

Helen y Peter intercambiaron una mirada.

—Juliet… —susurró lord Deelright.

—¡No me llame así! —le gritó la señorita Hobbs con los ojos brillantes. Helen pensó que, si se ponía a llorar, ella se moriría allí mismo.

Él asintió despacio. Puso las manos tras la espalda y la enfrentó

resignado.

—Lo siento, señorita Hobbs. Le ruego que me disculpe, por eso y por todo.

Ella se tomó un tiempo para recuperar la calma.

—Lo siente… Y ya está.

—No, en absoluto. Pero usted no me permit…

—¿Quiere saber lo que más me dolió? —El conde abrió la boca, seguramente para mostrar interés, pero la señorita Hobbs no le dio tiempo a hablar—. No fue la espera. No fue la humillación de estar allí sola durante horas, envuelta en los vapores de los trenes, aturdida por el desconcierto, la pena y el fragor de las máquinas y el gentío. No fue el tiempo que pasé rodeada de viajeros que iban y venían mientras me miraban con lástima. Fue que usted sabía que yo iba a estar allí. Y, aun así, no se molestó en enviar una nota. Una simple nota. Un miserable recado. Algo que dijera «He decidido que no te quiero. No iré. Adiós».

El conde palideció.

—Eso no hubiera sido cierto. Sí que te quería…

—¡No se atreva! —exclamó ella, apretando los puños—. Aunque supongo que no debería extrañarme, porque usted no sabe lo que es el amor, así que no puede tener ni idea al respecto. Yo era una niña y me dejó allí, sola. Me dio la espalda con toda frialdad. Sabía que estaría allí, en la estación, hora tras hora, cada vez más triste y desesperada. Lo sabía y, aun así, no hizo nada. ¿Y ahora pretende que me siente a escuchar sus razones con una sonrisa comprensiva? —Agitó la cabeza con desprecio—. ¡Y rebajarse hasta el punto de aliarse con una niña para simular una torcedura de tobillo! ¿De verdad pensaba que así iba a obligarme a escucharle?

Él frunció el ceño.

—Insisto en que yo no he tenido nada que ver.

—Fui yo —intervino entonces Peter—. Mi padre no lo sabía. Yo quise… Quería ayudar.

—¡No! —intervino Helen, y se puso en pie de un salto—. ¡No fue él, no fueron ellos, fui yo! Yo lo planeé todo. Ya sabe que es cierto, señorita Hobbs.

La institutriz ni la miró. Estaba clavada en su sitio, como una figura de mármol, con los ojos relucientes fijos en el conde.

—Da igual. Sea culpable o no en este triste espectáculo, no tengo ganas de escucharle.

—No lo entiendes. Te debo una explicación…

—No, milord. Usted no me debe una explicación. Me debe una disculpa. Me debe el día terrible que pasé en aquella estación, sola en mitad de la multitud, con el corazón sobrecogido. Me debe la mirada de lástima del revisor que cerró la puerta del tren, porque veía lo que yo era: una niña destrozada. Me debe cada minuto del tiempo que luego caminé sola por la ciudad en sombras, cargada con mi maleta, sin saber si llorar o fingir que no pasaba nada, mientras reunía fuerzas para volver derrotada a la casa de mi madre. A enfrentarme a sus reproches por haber intentado escaparme con alguien que me abandonó.

—Oh, maldita sea… —El conde pareció a punto de dar un paso hacia ella, pero se contuvo—. ¿Puedo…? —murmuró—. ¿Puedo al menos decir que no fue por desdén? No fue porque no te quisiera, yo estaba…

—Da igual, ¿no lo entiende? —La institutriz bajó la mirada, como si necesitase un instante para no quebrarse—. Puede decir lo que quiera. Pero no soy la muchacha que usted dejó plantada. Ya no. Ella ya no puede escucharle. —Y, con eso, se giró hacia Helen—. Vamos, lady Helen. Creo que su tobillo se encuentra lo bastante fuerte como para acompañarme caminando.

—Sí —Helen asintió muy deprisa, con la cabeza baja, y se apresuró a seguirla, sin simular ya cojera alguna. Miró de reojo a Peter, que le devolvió una expresión preocupada.

Cuando salieron de la biblioteca, el silencio que dejaron atrás fue más elocuente que cualquier palabra.

Capítulo 14

Las infalibles estrategias del Ministerio del Cuervo Silencioso: Preparando artimañas

Organizar el encuentro en el Queen's Hall entre la señorita Hobbs y el conde de Deelright fue una empresa mucho más complicada que la «Operación Tobillo Torcido».

Primero, habían tenido que asegurarse, gracias a la información de Peter, de que el conde no faltaría a ese concierto de gala, una cita anual donde la alta sociedad londinense se reunía para escuchar la música más exquisita, mientras lucían sus mejores galas y se cruzaban miradas y frases cargadas de secretos y expectativas. Y algún que otro veneno, también, entre quienes eran rivales o completos enemigos.

—¿Entonces, es seguro que asistirá al concierto? —había preguntado Helen a Peter con una mezcla de ansiedad y esperanza, días antes.

—Sí —había replicado el muchacho, con paciencia, mientras palmeaba la cabeza de Sócrates—. Ocupará su palco, el cuatro, lado

este. Compra el abono para toda la temporada. Le gusta mucho la música, raro es que se pierda un concierto o una ópera.

Helen asintió, satisfecha.

—Vale, pues está todo… —Iba a marcharse, pero Peter la sujetó por un brazo. Estaba sonriendo con esa expresión ambigua que hacía imposible saber si estaba a favor o en contra de sus planes—. ¿Qué pasa?

—¿Qué vais a hacer?

—Nada peligroso, ya lo sabes. Solo queremos que se reencuentren. ¡Es una cuestión de amor verdadero!

—Amor verdadero, ¿eh? El otro día no fue nada bien. Y a mí me cayó una buena bronca.

—Deberías haberle dicho a tu padre que fue idea mía.

—Lo hice. —Pues vaya… Ambos rieron—. Solo te pido que no compliques más las cosas.

Helen sonrió.

—Ya no pueden ir peor.

Él puso cara de no estar muy de acuerdo con eso.

—Esa es una cuestión de opiniones —dijo, de hecho, y luego suspiró—. Me gustaría poder ir con vosotras.

—No puedes. La señorita Hobbs podría sospechar. —Al verle tan desanimado intento ofrecerle opciones—. ¿No podrías ir con tu padre?

—Ja. No. Nunca he ido con él, sospecharía algo. Sería como gritar en el teatro que estoy confabulado contigo. Imposible.

—Bueno… No te preocupes, te contaremos todo puntualmente, te lo prometo.

—Espera. Quería…

—¿Qué?

La idea de que fuera un beso pasó por su mente como una

estrella fugaz, incandescente y, en definitiva, aterradora. No podía dárselo, no estaba preparada para aquellas cosas de adultos.

Por suerte, él sonrió.

—Quiero recordarte que me debes un baile.

—¿Te lo debo?

—Sabes que sí. Desde el día aquel en que me decidí a hablar contigo.

—Es verdad. Antes parecías muy tímido.

—Lo soy. Pero voy haciéndome mayor. Por eso me decidí a hablarte, aunque el corazón me retumbaba como loco en el pecho.

Ella se colocó un mechón tras la oreja.

—¿Y te alegras de haberte animado a hacerlo?

—Mucho. Desde entonces mi vida ha sido mucho mejor. —Peter se encogió de hombros—. No sé ni cómo me atreví, pero te pedí aquel baile, que te recuerdo hoy. Quiero tenerlo el día de la fiesta. Si es que se hace.

Ella rio bajito y se alejó unos pasos. Miró un momento hacia atrás. Vio a Peter y a su perro entre las sombras.

—Se hará.

Esa fiesta sería un último paso en su estrategia, pero de momento no había querido decir nada. Antes, Annabelle, Lorna y ella tenían la tarea de plantear la idea del concierto a sus padres y preparar bien el terreno para todo.

Decidieron hacerlo durante un almuerzo en el comedor familiar, un día tranquilo, con el sol colándose por las cortinas y el murmullo lejano del servicio en la cocina. Los marqueses de Terrace, sentados en las cabeceras, conversaban de distintos asuntos —todos de adultos y bastante aburridos— mientras las niñas comían y se intercambiaban miradas nerviosas.

La señorita Hobbs, que solía acompañarles en la mesa durante las

comidas familiares en las que no se presentaba la tía Gormlaith, estaba como siempre, discreta en su puesto frente a Annabelle, comiendo con elegancia y manteniendo su compostura habitual. Si se dio cuenta de que ese día les pasaba algo, no lo demostró.

Últimamente no estaba tan atenta como antes. Tras el incidente del tobillo torcido, como llamaba Helen a lo sucedido en casa del conde, no había hecho más referencia al tema. Volvieron a Terrace House y las mandó al aula a leer un libro, el que ellas quisieran. Eso fue todo, aunque por la noche se disculpó a través de una doncella y no acudió a la cena, alegando un fuerte dolor de cabeza.

Al día siguiente, se mostró normal. Era como si nunca hubiese ocurrido, aunque decirlo así no era totalmente exacto. Ya no sonreía como antes, y se mostraba siempre un tanto taciturna.

¿Estaría enfadada con ella? Quizá. Seguramente. Pero en realidad, había empezado a estar así desde su encuentro con el conde, en el parque.

Una patadita por debajo de la mesa la sacó de sus pensamientos. Annabelle, a su lado, le hizo un gesto. También Lorna parecía impaciente.

Helen suspiró y asintió. Empezaba el juego, lo que habían llamado «la estrategia Talleyrand», al más puro estilo de aquel francés tan tortuoso del que les había hablado la señorita Hobbs.

Lorna se volvió hacia sus padres.

—Papá, mamá —empezó, con inocencia meticulosamente ensayada—, ¿sabéis que en pocos días toca la Orquesta Sinfónica de la Royal Philharmonic Society en el Queen's Hall, con Henry Wood dirigiéndola? Es la gala de verano. Van a tocar a Tchaikovsky. ¡Y a Grieg!

Las pupilas de la señorita Hobbs titilaron. Seguramente le gustaba la idea del concierto, además de Tchaikovsky y Grieg. Al fin y al

cabo, era una virtuosa del piano que estaba consiguiendo que Lorna empezase a tocar bien, y todo.

Lady Beth apartó la vista de su esposo y contempló a su hija menor con una sonrisa.

—Lo sé. Nos han invitado al palco de la reina.

—Oh… —Lorna puso su mejor cara de pena—. Entonces... ¿nosotras no vamos?

—¿Vosotras? Pues la verdad, no lo había pensado. A Helen no suelen interesarle esas cosas.

—¡Pero a mí sí! ¡Y ya soy mayor! —Lorna la miró con ansiedad—. Podría ir y portarme muy bien.

—Pero tendría que ir Helen también.

—¡Oh, no, menudo aburrimiento! —dijo Helen—. A mí no me líes, Lorna.

—¡Helen! ¡Por favor! —suplicó Lorna, y miró a su madre—. ¡Dile que venga! ¡Yo quiero ir, mamá!

—No sé… —Su madre frunció ligeramente el ceño—. Al palco real no podéis venir, eso seguro. Los niños no tienen nada que hacer allí.

El padre intervino entonces, con una sonrisa dedicada a Lorna.

—Pero podrían ir con la señorita Hobbs y ocupar el nuestro, ¿no? ¿Qué le parece, señorita Hobbs? Sería de agradecer. Ya sabes lo mucho que le gusta a Lorna la música, y últimamente se está portando muy bien.

La institutriz asintió.

—Desde luego. —Sonrió a Lorna sin sospechar nada. Habían dado numerosas clases de piano, sabía que el interés de la niña era genuino y se la veía contenta de poder llevarla—. Será un placer. Nos divertiremos.

—Muy bien, entonces —dijo el marqués.

—¡Gracias! —exclamó Lorna, dando palmaditas.

—Pero ni una sola travesura —les advirtió la madre, señalándolas con el cuchillo de pescado. Incluyó también a Annabelle, que puso expresión de no haber lanzado nunca por los aires un plato de estofado—. Ni una.

—¿Cómo podríamos, mamá? —canturreó Lorna, feliz—. Estaremos escuchando a Tchaikovsky. La travesura está fuera de lugar en un Andante *cantabile*.

—Pero yo no tengo que ir, ¿verdad? —preguntó Helen, simulando estar molesta con la idea. Era el momento de la verdad. Si le decían que no, que se quedar en casa, todo el plan se vendría abajo.

—Pues claro que sí —le dijo su madre con el ceño fruncido—. No puedes dejar que Lorna vaya sola.

—Pero si van la señorita Hobbs y Annabelle…

—Pero tú eres su hermana mayor, tienes que acompañarla. Por no hablar de que tienes que empezar a interesarte por esas cosas, Helen, te estás convirtiendo en una jovencita. Iréis las tres. Te dejaré mis gemelos de ópera de nácar, los que me regaló tu abuela.

Aquel era un buen soborno. Le encantaban esos gemelos: eran muy elegantes y, sobre todo, le gustaba poder ver a la gente sin que se dieran cuenta. Se lo pasaría maravillosamente en el Queen's Hall.

—¡Oh! —protestó Lorna—. ¡Los quería usar yo!

—Los podréis compartir.

—Pero yo no quiero… —empezó de nuevo Helen.

—Irás, Helen —le dijo su padre. Y añadió con amabilidad—. Hazlo por tu hermana. Sabes que le hace mucha ilusión.

—¿Y qué hay de lo que me hace ilusión a mí?

—¿A qué te refieres?

Helen se aclaró la garganta como si fuera a pronunciar un discurso ante la Cámara de los Comunes.

—Mamá, papá… —dijo con la mejor voz adulta que pudo

improvisar—. ¿Puedo hablar con vosotros de algo… serio?

Sus padres la miraron preocupados.

—¿Qué has hecho, Helen? —la acusó su madre, sin más rodeos.

—¿Yo? ¡Nada! ¿Por qué tendría que haber hecho algo? —Como sus padres seguían mirándola con sospecha, continuó—. He estado pensando en Peter —dijo.

—¿Peter? ¿Te refieres a lord Peter? —Su padre ladeó la cabeza con interés—. ¿Qué pasa con él?

—Pues… que va a cumplir quince años, papá. ¿Y sabes una cosa? Nunca ha tenido una fiesta de cumpleaños. Y se me ocurrió que sería bonito hacer algo en nuestro jardín para celebrarlo.

La señorita Hobbs arqueó ambas cejas y, claramente, se contuvo de decir nada. Por el contrario, lady Beth entrecerró los ojos, como sopesando la propuesta con un cierto escepticismo amable.

—¿En nuestro jardín? ¿Una fiesta para lord Peter? Pero, cariño… No es posible. Es un vecino, no un miembro de la familia. No sé si sería adecuado…

—En realidad, ¿por qué no? —intervino su padre, y le lanzó una mirada curiosa a lady Beth antes de volver a centrarse en Helen—. Lord Peter y tú os lleváis muy bien, ¿verdad, hija?

—Sí. Somos buenos amigos. Y su padre… bueno, no creo que el conde vaya a organizar nada. Por lo que me contó Peter, nunca lo ha hecho. Ni siquiera comen juntos, a veces ni se tratan durante días. Está muy solo.

El tono sugería una crítica suave, disfrazada de compasión. Lady Beth intercambió una mirada con su esposo y asintió lentamente, con una sombra fugaz cruzándole el rostro.

—El conde de Deelright tiene sus complejidades, sí —convino su padre—. Por decirlo de algún modo. Le conocí en tiempos. Ahora, ni siquiera me saluda cuando nos cruzamos.

Helen vio la grieta y se apresuró a deslizarse por ella.

—Pues a mí me gustaría obsequiarle con una fiesta, sería un gesto encantador. Una pequeña velada en el jardín, con farolillos y algo de música. Nada grandioso. Solo algo bonito, cálido. Y si se invita a su padre… —esquivó los ojos de la señorita Hobbs, que la estaba mirando con sospecha—, quizás le recuerde lo que es estar rodeado de alegría. Ya sabes… de compañía verdadera.

—Yo no veo nada malo en ello —dijo el marqués, que no sabía nada de lo que estaba pasando y no se dio cuenta de la mirada que intercambiaron lady Beth y la señorita Hobbs. Muy por el contrario, parecía satisfecho cuando añadió—: Es una amistad que le conviene, Beth.

Su esposa le miró con reproche.

—Pero, Walter, ¿no ves que siguen siendo unos niños?

—¿Y qué? No está de más ir afianzando algo por ahí. Por lo que sé, Deelright es muy rico y…

—Por favor, no.

Lady Beth le hizo un gesto disimulado hacia las niñas. El marqués asintió, aunque contrariado.

—Está bien. Pero que hagan la fiesta.

Lady Beth suspiró. Helen bajó la mirada al plato, ocultando la sonrisa que amenazaba con traicionarlo todo. «Gracias, *monsieur* Talleyrand», pensó. Se sentía exultante, una artista en aquello del «arte de mandar desde la sombra», como lo llamaba el francés. Nadie se había dado cuenta de nada.

Pero, quizá se equivocaba en eso porque, tras el almuerzo, mientras dibujaban en el aula, la señorita Hobbs la llamó a un aparte.

—Espero, lady Helen, que eso de la fiesta no sea algún nuevo ardid.

—¡No! —protestó, con su cara más inocente—. Quiero hacer una fiesta para Peter, eso es todo.

Le quedó bastante claro que su cara más inocente no hubiese servido en el teatro, porque la señorita Hobbs no pareció demasiado convencida.

—Eso espero.

¿Por qué todo el mundo sospechaba de ella, como si estuviera tramando cosas? Bueno, quizá fuera porque sí estaba tramando cosas, suspiró con ecuanimidad.

A sí que no se extrañó cuando, diez minutos más tarde, se asomó a la puerta del aula una doncella que le comunicó que su madre deseaba verla.

Helen fue a su salita, el lugar donde recibía a sus amigas y escribía sus cartas, y la encontró leyendo una novela.

Lady Beth la miró fijamente durante un segundo que a Helen le pareció eterno. Su madre no era tonta. No lo había sido nunca. Sus ojos violetas, tan semejantes a los suyos, brillaban con una mezcla de agudeza y ternura. Conocía lo bastante a su hija como para saber que siempre hacía las cosas por alguna razón. No iba a dejar pasar la motivación real.

—¿Esa tontería de la fiesta para lord Peter tiene algo que ver con la señorita Hobbs?

Cuando su madre la miraba de ese modo, no podía mentir. Helen se ruborizó, pero no se rindió. Alzó el mentón.

—Sí.

—Helen…

—¡Pero lo hago por una buena causa! Creo que… la señorita Hobbs ha sido muy buena con nosotras. Y que ha sufrido mucho. Y también creo que lord Deelright se comportó de un modo horrible con ella… —Hizo un gesto vago—. No sé todos los detalles, pero sí lo

suficiente.

—¿Qué sabes?

—Que la dejó plantada en una estación. Iban a escaparse para casarse, creo, y él no fue. Ni siquiera la avisó, la dejó allí.

Los ojos de lady Beth brillaron por las lágrimas.

—¿Te lo ha contado ella?

—No. La vi… la vi discutir con lord Deelright. —No quedaba otro remedio que confesar aquella parte, así que se lo contó también, con todo lujo de detalles—: Y ella estaba… Mamá, ¡estaba tan triste!

—¡Oh, Helen! —Su madre la contemplaba asombrada—. ¿Cómo te metes así en las vidas ajenas?

—Porque la aprecio mucho. Y ella no lo va a hacer, tú lo sabes, mamá. Y creo que se quieren.

Lady Beth asintió contrita.

—Yo también lo creo.

—¿Lo ves? Mamá, tenemos que hacer algo. El destino les ha dado una segunda oportunidad, y ella no la va a aceptar solo porque no ha podido perdonarle.

—Pero eso es cosa suya, Helen.

—Es tu amiga.

—Pero él hizo algo horrible.

—Y será ella quien pague. Porque quiere estar con él, pero no se lo va a permitir a sí misma. ¿Eso es normal, mamá?

Beth suspiró, y se reclinó en el sillón, pensativa. Durante un momento, sólo se oyó el canto de un mirlo a través de la ventana abierta.

—Eres demasiado joven para entender ciertas cosas —murmuró—. Pero, a la vez, te vas haciendo mayor, y se nota. Tienes razón en que a veces… a veces los adultos se equivocan y no saben cómo pedir perdón o cómo aceptarlo, y en que, si no hacemos algo, Juliet

se va a negar a sí misma la posibilidad de ser feliz, solo por rencor. —Agitó la cabeza—. ¿Y tú crees que una fiesta en el jardín podría ayudar? —Helen asintió. No se atrevió a hablar. La emoción le cerraba la garganta—. Bien. Pues organizaremos esa fiesta. Pero sólo si el homenajeado acepta.

Helen se levantó de un salto, radiante.

—¡Aceptará! Estoy segura. ¡Va a ser un baile precioso, mamá!

—No, no será baile. Sois demasiado pequeñas para bailes.

—¡Mamá!

—He dicho que no.

—¡Pero si no hay baile no podremos hacer que bailen! —¿Cómo no se daba cuenta de lo obvio?—. Y no servirá de nada, porque no se verán obligados a permanecer cerca y cada cual irá por su lado…

—Helen, eso no tiene ningún sentido. Además, da igual lo que digas: sois muy pequeñas para bailes. No lo voy a consentir. Pero… —añadió casi al momento, con lo que la cara de decepción de Helen se paralizó en el inicio de una nueva protesta— será una fiesta de cumpleaños con música, en la que se podrá bailar al anochecer.

Helen puso los ojos en blanco y sonrió.

—Vale. Una fiesta de cumpleaños. Tiene que ser muy bonita, mamá, que Peter nunca ha tenido una. Pondremos farolillos en los árboles y una mesa larga de dulces, y música de verdad, con violines, y...

—Helen —la interrumpió su madre, todavía sonriendo, pero con severidad fingida—. Una cosa más. Ni una palabra a la señorita Hobbs sobre tus intenciones. Que sea lo que tenga que ser, sin artificios.

Helen hizo una pequeña reverencia de complicidad.

—Palabra de buena hija. Ni una sola.

Su madre la miró con esa cara que le ponía cuando no creía una

palabra.

Capítulo 15

Las infalibles estrategias del Ministerio del Cuervo Silencioso: Un concierto con mucho llanto

La noche del concierto llegó envuelta en una intensa emoción, y no solo por lo que Helen, Annabelle y Lorna tenían pensado hacer. El solo hecho de asistir al Queen's Hall las tuvo varios días de nerviosos preparativos, y no era para menos. Peter decía que, para los amantes de la música en Londres como lo era su padre o la propia Lorna, el Queen's Hall no era una simple sala de conciertos: para ellos era como un templo.

Desde su inauguración en 1893, su elegante fachada neobarroca de ladrillo rojizo y piedra clara rematada por su marquesina acristalada, dominaba con solemnidad Langham Place como un discreto monumento al arte. Famoso por su acústica impecable, en su interior todo parecía pensado para ensalzar el sonido: los techos altos, los paneles de madera cuidadosamente curvados, las galerías circulares que rodeaban el auditorio… hasta las butacas, tapizadas en terciopelo, parecían absorber el murmullo del público con

respeto, para lograr que, allí dentro, solo reinase la música.

Incluso quienes no entendían de esos temas, sabían que allí cada nota musical se escuchaba mejor que en ninguna otra parte del mundo.

—Creo que moriré —decía Lorna una y otra vez—. Porque será como estar en el cielo, y me moriré y me quedaré dentro para siempre.

—Tú no olvides que tenemos un plan —le recordaba Helen, y la pobre Lorna ponía pucheros. Su madre, claro, algo captaba, por lo que no estaba del todo tranquila.

—Portaos bien —había insistido lady Beth, al separarse esa tarde, y la miró a ella con especial atención—. Confío en ti, Helen. Es una noche muy importante. Va a estar todo Londres. Santo cielo, no quiero ni pensar que cometas un error.

—No lo haré, mamá —replicó ella, cruzando los dedos a la espalda.

Una hora después, el carruaje en el que iban las hijas del marqués de Terrace y la joven lady Annabelle Sanders, junto con su institutriz, una dama de excelente cuna y educación se detuvo a varios metros de la entrada del fabuloso edificio, a poca distancia de la hilera de vehículos que atestaban la calle. El murmullo de la multitud cercana crecía poco a poco, mezclado con el retumbar lejano de los cascos de los caballos sobre el adoquinado y el ruido constante de los carruajes.

—Será mejor que bajemos aquí —dijo la señorita Hobbs—. Llegaremos antes caminando estos pocos metros. El señor Martin podrá salir de la zona y volver cuando se haya descongestionado un poco.

Ella descendió primero y luego ayudó a Helen y a Annabelle. Lorna fue la última, intentando que no se le moviese el lazo del pelo. En

cuanto estuvieron en el suelo, las cuatro se apresuraron a sacudir sus vestidos nuevos, estrenados para la ocasión, y que tan preciosos les parecían.

El de Helen no era ostentoso —su madre había insistido en que no lo pareciera, siendo todavía tan joven y tratándose de un concierto y no de un baile de sociedad, donde se esperaría otra cosa—, pero la caída suave de la muselina y los pequeños bordados de margaritas en el corpiño, en un azul más intenso, lo hacían especial. Llevaba guantes de encaje blanco y un adorno azul pálido en la cintura, a juego con la cinta del cabello.

Ella hubiera preferido algo diferente y, sin duda, un flequillo como el de la actriz cuya foto atesoraba en su caja de secretos. Cuando fuera mayor, se cortaría así el pelo. Aunque sus padres la desheredasen y tuviera que vivir en una buhardilla con la señorita Hobbs.

Annabelle iba muy seria, porque estaba triste por la terrible tragedia de *El heredero de Redclyffe* y preocupada por lo que pudiera pasar cuando provocasen el encuentro con el conde, pero la felicidad que le causaba su precioso vestido de gasa verde con ligeros plisados en la falda, lo compensaba de sobra. Bueno, quizá lo de Redclyffe no. Pero sabía que le sentaba muy bien y le daba un aire casi etéreo. Llevaba el cabello trenzado en corona, sujeto con un pasador de plata en forma de hoja de roble, regalo de Helen y Lorna en su último cumpleaños.

Lorna, por su parte, brillaba. El vestido rosa empolvado que lucía, y que le encantaba, tenía unas discretas aplicaciones de gasa blanca en los puños y el cuello, lo que suavizaba todavía más su expresión, ya de por sí dulce. Había insistido en rizarse un poco el flequillo, lo justo para que su madre no la obligara a deshacerlo, y llevaba la melena suelta, tan solo sujeta por un lazo, como Helen.

Parecía más una heroína de novela romántica que una niña a punto de meterse en líos, pensó su hermana, divertida y preocupada a partes iguales. Porque, sí, a fin y al cabo, Lorna iba a sacrificarse esa noche, pobrecilla. Su primera vez en el Queen's Hall, con lo que le gustaba la música, y sin embargo, se iba a perder más de la mitad del concierto, o incluso casi todo.

La señorita Hobbs, por último, fiel a su estilo, llevaba un vestido gris perla con adornos de finas rayitas gris humo, de corpiño entallado y elegante y un chal sobre los hombros. El cuello alto estaba rematado con un camafeo de marfil antiguo —herencia de su abuela, les había explicado en el coche—, y en las manos enguantadas de suave encaje gris humo, llevaba un abanico de madreperla.

El tocado, también blanco con rayitas humo, y una pluma de cada color, era una preciosidad. Para Helen, aquel conjunto era el colmo de la elegancia.

Se alegraron de haber tenido la precaución de acercarse a pie al ver el embotellamiento de carruajes delante del Queen's Hall, donde la larga hilera que se nutría de los vehículos que llegaban de tres calles cercanas, se había convertido en un auténtico caos en el que unos cocheros gritaban a otros para intentar pasar, y los caballos corcoveaban y se revolvían nerviosos.

Todo estaba lleno de gente, por todas partes. Algunos caballeros se quitaban el sombrero para airearse un momento, y las damas agitaban discretamente sus abanicos de encaje. Una brisa cálida, casi veraniega, arrastraba el perfume dulzón de algún clavel aplastado bajo las ruedas de los coches y, al pasar junto a ellas, hizo bailar las plumas del tocado de una dama.

—No os separéis de mí —les advirtió la señorita Hobbs, viendo que cada vez había más gente y costaba más avanzar. Cogió a Lorna

de la mano—. Vosotras dos, agarraos también. —Helen y Annabelle así lo hicieron—. Y, en caso de que ocurra algo y nos separen, recordad, os acercáis a cualquier acomodador y le pedís que os lleve al palco nueve, el de los marqueses de Terrace.

—Sí, señorita Hobbs —dijeron las niñas, a la vez, disfrutando maravilladas de cada detalle a su alrededor. La institutriz se echó a reír.

—Cerrad las bocas —les advirtió en voz baja—. Es solo una sala de conciertos. No es la coronación.

Pero incluso ella alzó la vista para contemplar admirada el soberbio edificio mientras se acercaban.

Desde la acera, el gran pórtico del Queen's Hall se alzaba ya iluminado como una especie de faro, un punto de luz desafiante, sin miedo a las sombras que se alargaban tras el crepúsculo. Un pequeño ejército de lacayos uniformados se movía de un lado a otro ayudando en cuanto fuera necesario a damas enjoyadas y caballeros distinguidos que iban llegando, tanto a bajar de los carruajes como a abrir las puertas del edificio. El brillo de las luces eléctricas en el vestíbulo hacía destellar las piedras preciosas en cuellos y muñecas.

Incluso desde fuera, abrumadas por el caos del exterior, pudieron captar el murmullo apagado del gentío que ya llenaba el vestíbulo, y que hasta lograba opacar el rumor constante de los ventiladores eléctricos de techo, instalados en los pasillos y entradas principales. No refrescaban mucho, pero al menos movían el aire.

Dentro, olía a una gran mezcla de perfumes caros, a lacas y afeites femeninos y a ecos de jabón. Helen pensó que, aunque no existiera la música, habría bastado con todo aquello para tener la sensación de estar a punto de vivir algo importante.

El techo abovedado estaba adornado con molduras blancas y doradas. En aquel lugar, todo parecía relucir: los candelabros de

cristal, los mármoles pálidos, las columnas falsas que sostenían balcones decorativos… Acomodadores con chaquetas oscuras y expresión solemne guiaban a los asistentes, comprobando entradas. Algunos reconocían a las damas y los caballeros habituales por su nombre o título.

La señorita Hobbs se dirigió a uno de ellos y le explicó quiénes eran. Él les indicó de inmediato la ubicación de su palco con un leve gesto y hasta se ofreció a llevarlas, pero la institutriz rehusó con una leve inclinación de cabeza.

Al pasar junto a un pequeño mostrador, Helen vio un cartel enmarcado: PALCOS DEL LADO ESTE COMPLETOS. El número 4 destacaba en tinta negra junto a otros. Sintió cómo se le encogía el estómago. Cuatro. Allí estaría el conde.

—¿Pasa algo? —le preguntó la señorita Hobbs.

—No, no… —replicó, siguiéndola hasta llegar al palco de sus padres.

Cuando se asomaron desde allí a la gigantesca sala, Helen sintió un pequeño vuelco. Todo era más grande de lo que había imaginado: la bóveda blanca, los balcones de hierro forjado, el escenario de madera clara, los asientos, entre los dorados y rojos del elegante tapizado, ordenados en abanico… El órgano monumental al fondo le pareció impresionante.

—Oooh —exclamó Lorna, asombrada al ver lo enorme y majestuoso del teatro, con el impresionante escenario a un lado y el palco real al otro—. ¡Oh, santo cielo! ¡Oh, qué maravilla! ¡Ya puedo morirme…!

—Deja de decir eso —replicó Annabelle, aunque sonreía, divertida por lo feliz que estaba Lorna. Helen se sintió culpable. Algún día tendría que acompañarla para escuchar una de esas óperas larguísimas que tanto le gustaban, en la que la gente no dejaba de

chillar. O cualquier otro concierto. Se lo merecía, era una niña buena y generosa que iba a sacrificar su primera vez en el Queen's Hall por el bien del plan del Ministerio.

Helen se sentó. ¿Cuánto faltaría para empezar? El escenario aún estaba vacío y el público seguía entrando. Desde el palco de enfrente, alguien levantó unos gemelos de ópera. Quizá ya estaban siendo observadas.

Abajo, en los laterales, por todas partes, las voces murmuraban nombres, teorías musicales, comparaciones entre otros conciertos. Allá donde mirase había gente que se conocía, que se observaba, que tomaba nota de las joyas, de los saludos y de los silencios de los demás.

Helen sacó los gemelos de ópera de nácar, el regalo de su abuela que le había prestado su madre, y los acercó a los ojos con gesto curioso

El palco de sus padres era excelente. Tenía una buena vista del escenario y, desde él, Helen pudo ver el número cuatro, en el lado este, más cerca del centro. Ya estaba ocupado. Con los gemelos pudo ver con claridad al conde, elegante y solitario, que estaba escrutando a su vez el teatro con sus propios gemelos. Al principio, estudiaba el escenario, donde iban apareciendo los músicos, pero luego siguió abarcando más zona.

Casi tuvo un sobresalto cuando los dirigió, derivando sin prisas, hacia ellas.

¿También él se sobresaltó?

Helen apartó los gemelos y miró a otro lado.

—¿Pasa algo? —le preguntó la señorita Hobbs.

—No, no. Nada.

Por suerte, justo en ese momento se levantó todo el mundo, para recibir a la reina, que entraba en su palco acompañada del príncipe

heredero y de un grupo selecto de invitados.

—¡Mira, es mamá! —le dijo Lorna, que alzó una manita como saludo—. ¡Mamá! ¡Qué guapa está!

—¡Y papá! —añadió Helen.

—Lady Lorna, lady Helen, por favor —le pidió la señorita Hobbs, pero no tuvo mucha suerte. Las niñas estaban entusiasmadas viendo tan atractivos a sus padres, y en un lugar tan prominente.

Para su asombro, la reina alzó la mano y saludó también en su dirección, con una sonrisa.

—¡Oh, santo cielo! —dijo Annabelle, y ella y Lorna se encogieron en el asiento. Helen se vio sola saludando de frente a la reina de Inglaterra, y como le pareció feo dejarla con la mano en alto, agitó otra vez la mano mientras se preguntaba si habría llevado el perrito. Hubiese sido genial poder jugar con él.

La vio hablar con su padre y él la miró. Aunque saludó también, seguro que ya se había buscado problemas.

Las luces empezaron a menguar y, en consecuencia, el ruido atronador de las voces. En el escenario ya estaban todos los músicos, que empezaron a arrancar acordes de sus instrumentos, para estar seguros de sonidos.

Lorna estaba visiblemente nerviosa. Helen le apretó la mano con disimulo.

—Recuerda —le susurró—: solo cuando empiece Grieg. No antes. La señorita Hobbs tiene que estar bien inmersa en la música.

Su hermana arrugó el morrito.

—¿No podríamos dejarlo para otro día? ¡Me voy a perder el concierto!

—No hemos venido por el concierto, sino por la señorita Hobbs. No seas egoísta.

Lorna asintió, tragando saliva.

—Vale.

Y así fue. El concierto se inició con una soberbia interpretación de distintas composiciones de Tchaikovsky, empezando por la preciosa *Dance of the Mirlitons* del *The Nutcracker.* Helen tuvo que admitir que se descubrió disfrutando. El sonido era maravilloso en aquel lugar y la música, preciosa.

La señorita Hobbs, a su lado, parecía algo inquieta. ¿Habría visto también al conde? Supuso que sí cuando le pidió, en un susurro:

—Déjame un momento los gemelos, Helen.

Hubiese querido decirle que los había perdido, o que se le habían caído del palco abajo, pero hubiera sido poco creíble, dado que no se había movido del sitio. Y no podía tirarlos de repente. Consideró la idea, pero temió que, al caerle en la cabeza a alguien, pudieran hacerle daño. Solo le faltaría ya que justo en ese momento la estuviera mirando la reina. Podía verse deportada de inmediato a cualquier colonia penal, si quedaba alguna, que no lo sabía.

Además, estaba muy oscuro. Con un poco de suerte no tendría mayor sentido arriesgar su libertad. Por tanto, le pasó los gemelos y, sí, ella miró hacia el palco del conde. No debió ver nada, aunque tampoco se mostró muy tranquila.

Pasó cosa de un cuarto de hora hasta que se hizo un ligero silencio y la orquesta cambió a Grieg, con un inicio lleno de intensidad gracias a su *In the Hall of the Mountain King*. A la señorita Hobbs debía gustarle mucho, porque la sintió tensarse y eso que nunca se la había oído interpretar. Pero le gustaba, se veía en el modo en que se llevó la mano al pecho y cómo se centró en el escenario, aunque también volvió a mirar, con disimulo, el palco del conde. Aprovechando la situación, Lorna se levantó con discreción y salió sigilosamente del palco.

Helen apenas se atrevió a respirar durante todo el proceso. Y,

luego, durante los largos minutos en los que el pianista hacía realmente maravillas sobre el teclado, cada vez más enloquecido, nada ocurrió. La multitud estaba como fascinada, con la atención fija en el escenario.

Al terminar, hubo una poderosa ovación.

Helen miró al otro lado, al palco cuatro, pero seguía sumido en sombras. No, no del todo, captó un destello. ¿Los binoculares? ¿Estaría mirando hacia allí? Se hizo luz, se había abierto la puerta. Tenía que ser Lorna. ¿Estaría siguiendo el plan?

—¿Dónde está Lorna? —preguntó de pronto la señorita Hobbs, como si le hubiese leído la mente. Sus hombros se irguieron con fuerza y frunció el ceño al revisar el palco y ver que el asiento de Lorna vacío.

Helen fingió sorpresa, sin perder la compostura.

—Creo que fue al baño.

—¿Al baño? ¿Y por qué no me lo habéis dicho? ¡No la hubiese dejado ir sola!

—Yo no me di cuenta —dijo Annabelle.

—Yo le dije que si la acompañaba —mintió Helen—. Creí que lo había oído usted.

—No, yo…

La puerta del palco se abrió entonces. Un acomodador, con una expresión que mezclaba preocupación y confusión, se asomó discretamente:

—¿Miladies? ¿Familia del marqués de Terrace?

—Sí, soy la señorita Hobbs, la institutriz —dijo esta—. Ellas son lady Helen y lady Annabelle. ¿Qué ocurre?

—Perdón, señorita Hobbs. Una jovencita está llorando en el palco cuatro. Dice que se ha perdido y me ha pedido que viniera a avisarla.

La señorita Hobbs palideció y se levantó, rígida como una estatua.

—¿Qué palco ha dicho? —dijo en voz alta.

—¡Silencio! —se oyó desde un palco vecino, y otras voces corearon lo mismo.

—Por favor, señorita, baje la voz —le pidió el acomodador—. El cuatro. Lado este.

Helen contuvo el aliento.

—Quizá deberíamos ir.

La señorita Hobbs la miró con una acusación tan grande que Helen titubeó.

—Claro que vamos a ir. Se acabó el concierto. Vamos.

Helen y Annabelle compartieron una mirada de angustia y salieron tras ella.

Con el acomodador a su izquierda, la señorita Hobbs avanzaba por el pasillo todo lo rápido que le era posible sin llegar a correr, con los labios apretados en una línea tan fina como severa. Helen y Annabelle iban tras ella, en silencio absoluto. Ambas sabían que aquello podía terminar muy mal.

El acomodador les hizo una leve reverencia y les indicó la puerta del palco número cuatro, donde aguardaba el conde de Deelright. La señorita Hobbs no se anduvo con rodeos: apoyó una mano y entró.

Lo primero que vieron fue a Lorna, sola en el borde del asiento, el rostro bañado en lágrimas, los ojos rojos, el lazo ligeramente torcido. El conde, sentado a un par de butacas de distancia, miró hacia la puerta.

—¡Señorita Hobbs! —exclamó la niña en cuanto la vio, y se lanzó a su cuello, sollozando como si acabaran de anunciar que llegaba el fin de los tiempos—. ¡Lo siento, lo siento! ¡Me equivoqué, creí que era nuestro palco!

El conde se levantó con gesto contenido.

—Entró sin más —dijo, como si se sintiera violento por tener que excusarse—. Me dijo que pensaba que era el suyo, y al verse sola... se asustó. Al menos, eso dijo.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

Él hizo un gesto de circunstancias.

—Yo no sé nada, Juliet. Se echó a llorar y no quise dejarla marcharse sola por los pasillos. Por eso pedí que te fueran a buscar.

La señorita Hobbs tomó aire despacio, separó a Lorna de su hombro con delicadeza y le sostuvo la mirada.

—Has recorrido medio teatro para llegar aquí. Ambas sabemos que no te has equivocado, así que deja de llorar.

Lorna abrió mucho los ojos y a punto estuvo de empezar a llorar en serio.

—Yo… no… no sé…

—¿No? ¡Lady Helen, lady Annabelle! —dijo la señorita Hobbs, girándose hacia ellas—. ¿Van a explicar esto ustedes?

Se oyeron unos chistidos molestos desde el palco contiguo.

—¡Silencio! —dijo alguien—. ¡La *Sarabande* está comenzando!

La señorita Hobbs no pareció oírlos. Siguió escrutando a las niñas, pero Helen solo se encogió sobre sí misma con expresión culpable. Annabelle no se atrevía ni a mirar.

—Sea como sea —intervino el conde—, ha sido un malentendido sin importancia. No ha hecho ningún daño a…

—Nos vamos —indicó la señorita Hobbs, alzando la barbilla.

Salieron al pasillo de mármol blanco y alfombra roja. El conde las siguió.

—Por favor, Juliet, espera… —Ella no se detuvo—. Ha sido un error —dijo él, alzando un poco la voz—. Pero no de ellas. Mío. Porque debí hablar contigo antes, a pesar de todo. Debí plantarme en vuestro jardín, bajo tu ventana, para hacer guardia día y noche

hasta que me hicieras caso y me dieras la oportunidad de explicarme y pedirte perdón a gritos. —Y así lo hizo, para espanto de las niñas —. ¡Perdón! ¡Perdón!

Un acomodador surgió por un pasillo, con cara de espanto.

—¡Milord! —exclamó, al reconocerlo—. ¡Por favor! ¡No puede dar esas voces! ¡La orquesta…!

—¡No me importa! ¡Que me detengan! ¡Que me lleven a prisión, me da igual! ¡Perdón! Yo te amaba, Juliet. Quería ir aquel día, pero mi padre me salió al paso y me mostró pruebas de que tu familia estaba arruinada y de que tú habías intentado ya conseguir un matrimonio con otros tres caballeros, antes de llegar a mí.

La institutriz se detuvo en seco. Se giró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que oyes. Lo sé porque, en su lecho de muerte, el muy canalla me confesó la verdad, para que le perdonase. Para que le absolviese por el terrible crimen de haber destrozado mi vida. Jamás. Jamás se lo perdonaré. Jamás Porque sigo queriéndote. Quiero que te cases conmigo.

—¿Está usted loco?

—Puede ser. Sí, claro que sí. Me volví loco hace años, cuando hice caso de quien pensé que podía fiarme. Yo adoraba a mi padre. Le quería, tú lo sabes. —Ante el horror de las niñas, el conde empezó a llorar sin el menor pudor—. Le quería, Juliet, confiaba en él y me hizo eso. Nos hizo eso. Jamás me lo perdonaré, ni a él, pero te pido, te ruego, que me ayudes a superarlo.

Ella también pareció al borde de las lágrimas. Parpadeó para contenerlas.

—Dios mío… Por favor.

—Cásate conmigo, te lo ruego. Te lo estoy pidiendo de veras. Haremos lo que quieras, viviremos donde quieras. Solo déjame estar

a tu lado. —Ella negó, aunque sin auténtico convencimiento—. No digas que no, no digas que no, Juliet. El destino se ha empeñado en reunirnos, porque nos merecemos un poco de felicidad. ¿O no has pensado en nuestro rincón secreto de Charlotte Street? —Ella palideció todavía más, y una sombra veló su mirada—. Antes, cuando ha sonado *In the Hall of the Mountain King* de Grieg. Dime, ¿en qué has pensado?

—En *The Gilded Clef* —susurró ella.

—Exacto. Aquella vieja tienda de partituras, con mesas al fondo donde poder tomar un té o un chocolate caliente, con su viejo piano… ¿Recuerdas aquel piano, Juliet? Fue allí donde te escuché por primera vez tocar esa pieza de Grieg… y supe que estaba perdido. Que te amaba, que te amaría por siempre.

—Alexander…

—Y la hemos oído aquí, hoy. Yo te contemplaba desde mi palco y tú simulabas que no lo sabías… Tenemos una nueva oportunidad de ser felices. Quizá yo no la merezca, pero tú, amor mío… Tú, que lo único que hiciste siempre fue amar de un modo maravilloso, incondicional… Por Dios, Juliet, perdóname. Por Dios, ayúdame a reparar lo que rompí.

Ella lo miró un instante, muda. Luego bajó la vista, negó con la cabeza y siguió su camino hacia la salida sin decir palabra.

Él no la detuvo.

Cuando subieron al coche, la señorita Hobbs no abrió la boca hasta que se cerraron las puertas y el cochero dio el primer golpe de riendas.

—Si volvéis a hacer algo así —dijo con voz baja y temblorosa, como si se contuviera—, me marcharé de Terrace House. No lo advierto dos veces.

Las niñas no respondieron. Nadie lo hizo.

Pero el silencio en el interior del carruaje fue tan elocuente como una confesión.

Capítulo 16

Confesiones bajo las estrellas

Se sentía muy culpable. Y estaba segura de que, por eso, Helen se despertó bruscamente esa noche de una pesadilla y ya no pudo volver a conciliar el sueño.

Dio mil vueltas en la cama hasta enredarse por completo en las sábanas, y el aire, pesado y húmedo, le oprimía el pecho. Se levantó en silencio, descalza, y apartó con suavidad la cortina de su habitación, esperando conseguir así algo de fresco, pero la noche era demasiado cálida.

Estaba a punto de retirarse cuando distinguió una figura apenas iluminada por los faroles de gas que alumbraban los senderos de grava. Estaba sentada en uno de los bancos de hierro forjado en el jardín, junto al viejo rosal.

La señorita Hobbs.

No debía haberse acostado, porque seguía con el vestido que había llevado al concierto, aunque se había dejado el cabello suelto sobre los hombros, en una larguísima melena. Estaba inmóvil, con las manos sobre el regazo, la espalda muy erguida, como si todos

sus músculos estuvieran en tensión. Helen suspiró, lamentando haber sido tan imprudente. Tenía que pedirle perdón, como el conde. Lloraría, igual que él.

Cogió la bata y se dirigió a la puerta. Realmente, no supo por qué razón bajó en ese momento. No era lo más prudente, a semejantes horas. Pero no podía dejarla allí. Por primera vez, intuyó que los adultos también podían sentirse perdidos.

Bajó sin hacer ruido y cruzó el césped en su dirección. Solo cuando estuvo cerca, la señorita Hobbs alzó la mirada. No pareció sorprendida.

—¿No podías dormir? —preguntó, con voz baja, sin rastro de reproche.

Helen negó con la cabeza y se sentó a su lado, en el banco, en silencio.

—La vi desde la ventana —dijo al fin—. Pensé que quizá... quería compañía.

La señorita Hobbs sonrió apenas.

—Gracias, Helen. Aunque deberías estar en la cama. Si nos ve tu madre, se va a enfadar.

—No creo… —Un momento de pausa se deslizó entre las dos. Luego, Helen se atrevió a decir—. He venido a pedirle perdón. Sé que no debimos hacer nada, pero pensamos que… —Suspiró—. Solo queríamos ayudar.

—Oh, cariño… — La señorita Hobbs la rodeó con el brazo y la estrechó con fuerza—. Lo sé. No hace falta que te disculpes. Pero sí que agradecería de verdad que no volváis jamás a hacer nada así.

—No lo haremos. Teníamos preparada una artimaña más, antes de la fiesta, pero no lo haremos.

—¿Qué iba a ser?

—Hemos retenido una carta que venía a su nombre —explicó. No

dijo que había sido Oliver el encargarlo de vigilar el correo y conseguirlo—. Y pensábamos dársela mañana o pasado al conde, hacérsela llegar como que había habido un error en la entrega. Así vendría a traérsela, y eso propiciaría un nuevo intento de conversación. —Se miraron—. Sabe que vendría.

La señorita Hobbs asintió.

—Lo sé.

Helen suspiró.

—¿De verdad no va a perdonarle?

La señorita Hobbs no respondió enseguida. Agitó la cabeza.

—No sé si puedo, cariño. Han sido muchos años de reproche, de rencor.

Helen contuvo el aliento. Esa era la respuesta, sí, pero no bastaba.

—Yo solo soy una niña —le dijo—. Pero creo que todo se reduce a algo muy simple, señorita Hobbs. ¿Le ama?

—Sí. —La institutriz no vaciló, no se sonrojó—. Fue el primer hombre del que me enamoré. Jamás he querido a otro. —Agitó la cabeza—. Jamás querré a otro, pese a todo. Lo he sabido siempre.

El corazón de Helen palpitó más deprisa.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo se conocieron?

La señorita Hobbs sonrió. De pronto, pareció muy joven. Un reflejo, en ese jardín, de la muchacha que había sido.

—En un baile, un lugar lleno de luz y música, y de magia, que es como suelen ocurrir esas cosas, cuando estás en una escuela como la de Minstrel Valley, en tu primera temporada. Beth… tu madre, acababa de casarse, Eve tenía varios pretendientes y jugaba un poco con cada uno, aunque ya estaba enamorada del que luego se convirtió en su marido, el padre de Annabelle. Yo me sentía sola, mucho.

Helen apoyó una mano en la de la señorita Hobbs. Entrelazaron

los dedos.

—Lo lamento.

—Son épocas… Habíamos estado años juntas en el colegio, y de pronto, me veía como un naipe suelto, fuera de la baraja. Pero sé que se hubiese solucionado en poco tiempo, sin más. La cuestión es que así me sentía en aquella época, cuando le conocí, en ese baile que te digo. Lord Alexander Swann era… tan gallardo, tan atractivo... Me sacó a bailar y nos agradamos. ¡Estuvimos hablando durante horas! Fue el comienzo de algo maravilloso, pese a todo.

—¿Pese a todo?

—Me pidió discreción. Él sabía que su padre no estaría satisfecho viéndole cortejar a una muchacha como yo, de modo que lo hicimos todo a escondidas. Ni siquiera se lo dije a Eve, Beth estaba lejos así que ni llegó a conocerlo. Yo estaba… no sé. Totalmente enamorada, supongo. Me buscaba en cada velada. Me escribía versos. Me preguntaba qué pensaba de todo, de la vida, del mundo…

—Fueron conociéndose.

—Eso es. Así que, con ese deseo de estar a solas, de disfrutar de tiempo lejos de las fiestas de la alta sociedad, empezamos a quedar a escondidas y me llevó a *The Gilded Clef* un pequeño local de venta de partituras situado en Charlotte Street, en Fitzrovia, al norte de Soho. Cerca de Tottenham Court Road, no sé si lo conoces, aunque ni siquiera sé si sigue existiendo.

—No he estado nunca.

—Pues esa calle era frecuentada en aquella época por artistas, escritores, estudiantes del University College y gentes un poco… bohemias, pero sin estridencias. No tan escandalosa como la que podías encontrarte en otros rincones del Soho, pero con el suficiente encanto y anonimato.

—Debía ser divertido.

—Sí. Y mágico. La fachada de *The Gilded Clef* era discreta: un escaparate angosto con partituras iluminadas por una bombilla cálida y un rótulo de madera oscura pintado a mano de una forma algo torpe. Dentro, los anaqueles rebosaban de más partituras, libros de música y, en el fondo, tras una cortina granate, se abría una salita con paredes cubiertas de estanterías y un piano vertical junto a una mesa de té con manteles bordados. Servían chocolate caliente en tazas desparejadas, y a veces, si no había demasiada gente, uno podía tocar. —Sonrió, con una nostalgia serena—. Durante un tiempo, unos meses, fui muy feliz.

—¿Y qué pasó?

—Su padre… —La señorita Hobbs miró hacia los setos oscuros del jardín—. Era un hombre ambicioso y muy rico, y estaba plenamente convencido de la superioridad de su familia. Yo no era bastante para su hijo.

—¡Pero era hija de un barón!

—Sí. Pero no era bastante. Hay gente para la que nunca es bastante. Y nosotros no éramos una familia especialmente rica, ni contamos con demasiado respaldo social. Vivíamos en el campo, y éramos felices con nuestra existencia sencilla. Para el padre de Alexander yo solo era «esa campesina». —Se encogió de hombros—. Supongo que no puedo culparle, realmente no tenía nada que ofrecerles, aparte de mí misma.

—Eso hubiera debido ser suficiente.

La señorita Hobbs la miró con una sonrisa triste.

—Qué joven eres, Helen. Todavía crees en la magia. Pero me temo que no fue así. Alexander prometió que encontraría la manera y finalmente me propuso huir juntos para casarnos en Gretna Green. Quedamos en la estación para irnos a Escocia, pero, como ya sabes, no apareció. Pasé horas allí sola hasta que me hice a la idea y lo

acepté.

Helen sintió un nudo en el estómago.

—Lo siento mucho… ¿Y qué pasó luego?

—Volví a casa. Al poco tiempo supe que se había comprometido con la hija de un marqués, y se casó con ella. No sé si fue feliz, la verdad. Yo tenía mis propios problemas. Tuve que ponerme a trabajar de inmediato, y aproveché que había conocido a la hija mayor de un embajador que iba a ir destinado a París, con tres hijos pequeños, y me fui con ellos.

—¿Nunca se ha arrepentido?

—Nunca —confirmó la señorita Hobbs—. Como te dije el día de mi llegada, escogí otra vida. Me hice institutriz. He trabajado en muchas casas. He enseñado a muchos niños. He viajado a lugares que ninguna de mis amigas de juventud habría imaginado visitar. Vi las pirámides desde el Nilo. Crucé los Alpes. Leí a Rousseau en francés, al pie de la Bastilla. —La señorita Hobbs se volvió hacia ella. Sus ojos eran de una ternura inesperada—. No me arrepiento. Pero sí que lamento que no pudiera combinar eso con una vida junto a Alexander.

Helen tragó saliva. Pensó en lo injusto que era todo. En lo valiente que era la señorita Hobbs. En lo triste también. En lo mucho que dolía imaginar a alguien esperando en un banco durante horas, con una maleta y sola.

—¿Le sigue queriendo? —preguntó en voz baja.

La señorita Hobbs no respondió enseguida. Luego, con una calma honda, dijo:

—No lo sé. Tal vez solo amo lo que pudo ser y no fue.

Helen se quedó muy quieta. La noche era tibia, y olía a lavanda y tierra húmeda. De pronto, su corazón de casi joven mujer palpitó distinto, de otro modo. Era como si hubiera cruzado una puerta

invisible hacia el mundo de las cosas serias, de las que dejan marcas para siempre.

—Señorita Hobbs… —susurró, aunque no iba a decirle nada nuevo. Era, simplemente, la verdad—. Debería darse a sí misma una oportunidad.

La señorita Hobbs rio en voz baja. Le pasó un brazo por los hombros, breve, cálido.

—Lo voy a pensar, Helen.

Y durante un rato, no hablaron más. Solo se escuchaba el canto lejano de un búho y el viento nocturno que removía las ramas.

Capítulo 17

Un malentendido muy embarazoso

Helen, con el corazón dando brincos en su pecho, se asomó a la ventana de su dormitorio para contemplar el jardín trasero.

Estaba irreconocible. Las ramas de los robles y las glicinas del cenador se habían llenado de farolillos blancos y dorados que se encenderían al caer la tarde. Las mesas largas que habían colocado formando un semicírculo, dejando espacio para el baile que empezaría tras el atardecer, estaban cubiertas de manteles bordados con flores pequeñas y rebosaban con bandejas de bizcochos de fresa, tartas de almendra, bollitos de crema, tartaletas de limón y una monumental torre de merengues que en esos momentos Oliver estaba intentando defender de las avispas con una especie de cubierta que parecía una crinolina.

—¡Oliver! —le gritó. El muchacho miró hacia arriba—. ¡Que eres un invitado! ¡Ve a cambiarte!

—¡Ahora voy!

—¡Helen! —La voz de lady Beth llegó desde la puerta del dormitorio—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no des voces

por la ventana?

Helen se volvió, sonriendo con una mezcla de nervios y emoción.

—Perdona, mamá. Es que Oliver todavía estaba con el uniforme.

—Ya, bueno… No sé si va a ser buena idea que asista... Vale, vale, ya sé que es muy amigo de lord Peter. Esperemos que tu tía Gormlaith no se entere.

—Se enterará. La señora Rowling, el ama de llaves, se lo dirá.

—Cierto. —Lady Beth se encogió de hombros—. Bueno, ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. ¿Estás lista?

—Sí, mamá.

Lady Beth sonrió. Se acercó a ella y le acarició las mejillas antes de besarla.

—Estás preciosa, cariño. Y ya convertida en toda una mujercita. ¡Me alegra tanto verte crecer, tan resuelta y llena de vida!

—¿Ya no soy una cabeza loca?

—Pues claro que sí. Pero, te confesaré una cosa: yo era bastante parecida a ti, a tu edad.

—¡No! —Helen la miró atónita. Lady Beth era tan… etérea, tan formal y elegante, que no podía imaginar la idea de lograr convertirse ella en alguien así—. Eso es imposible. Tú eres… eres… ¡perfecta!

Lady Beth se echó a reír.

—Nada más lejos de la realidad, querida. Pero te agradezco el apoyo incondicional. Ya hablaremos de eso. Ahora debes bajar. Lord Peter no tardará en llegar y eres su anfitriona.

—Espero que todo salga bien. ¿Has hablado con la señorita Hobbs?

—Un poco. Está nerviosa. Pero creo que, llegado el momento, se dejará llevar más por el corazón que por el rencor. Y eso será, en buena parte, gracias a lo que vosotras habéis hecho.

Helen puso cara de circunstancias.

—Ojalá. Solo buscaba ir limando asperezas, antes de esta fiesta o seguro que nunca hubiese aceptado bailar con él. Y, a veces, un poco de música y un paso de baile son todo lo que se necesita para empezar a arreglar el corazón.

Lady Beth sonrió.

—¿Cuándo te has hecho tan sabia, mi vida?

—¡Ya soy mayor!

La puerta se abrió de golpe. Annabelle y Lorna, con cara de excitación, dieron saltitos en el umbral.

—¿Vamos, Helen?

—¡Termina yaaaa! —exclamó su hermana.

—¡Voy! —replicó Helen saliendo a la carrera.

—¡Helen, no corras! —protestó su madre. Casi arrollaron a la pobre Daisy, que llegaba con una bandeja llena de toallas limpias—. Con que mayor, ¿eh? ¡Será posible! ¡No corráis!

Simularon cierta formalidad hasta el piso bajo, donde estuvieron seguras de que ya no las veía. Entonces, volvieron a correr hacia la entrada de la casa que daba a su parte trasera.

Las grandes puertas de cristal estaban abiertas de par en par y, desde lo alto de la escalinata de piedra blanca, vieron que los invitados ya habían empezado a llegar. Helen pasó contenta entre las mesas. ¡Era una fiesta de verdad! ¡De las que no podían olvidarse ni en mil años!

Unos criados les sirvieron limonada en copas de champán y rieron divertidas, sentadas a la sombra, en la bella y aromática pérgola de jazmines. Helen estaba bebiendo cuando vio llegar a Peter con su padre.

Peter iba vestido con traje de lino crema, chaleco verde pálido, camisa blanca y un pañuelo dorado al cuello, que no dejaba de

recolocarse con disimulado nerviosismo. Era un detalle quizá demasiado llamativo para la ocasión, pero en él resultaba una mezcla encantadora de atrevimiento e inseguridad juvenil. Como si hubiese querido parecer mayor, elegante, digno de una fiesta en su honor… y no un muchacho de quince años que aún no sabía qué hacer con las manos.

Sócrates iba a su lado, aunque no tardó en perderse por ahí, a ver qué conseguía comer a costa de los generosos invitados.

El conde de Deerlight, impecable como siempre, vestía un traje gris perla y un sombrero de ala ancha. Lady Beth, que estaba recibiendo a los que iban llegando le sonrió cortés y él besó su mano, aunque su mirada fue directa hacia la señorita Hobbs, que estaba junto a su amiga, hablando con otros invitados. Ella no lo vio enseguida, pero cuando lo hizo, se quedó inmóvil. Después, muy despacio, inclinó la cabeza en un saludo. Él sonrió.

Peter las vio y fue hacia ellas. En el camino se le unió Oliver, que acababa de salir de la casa con un traje correcto, aunque más humilde.

—¿Qué te parece? —le preguntó Helen cuando los muchachos llegaron a su lado—. ¿Te gusta?

—Está precioso —replicó. Y, realmente, parecía abrumado—. No sabía que ibais a hacer tanto por mí. No lo merezco.

Lorna le miró apurada, como si estuviese a punto de llorar por él.

—¡Claro que lo mereces, Peter! Es tu primer cumpleaños con gente que te quiere. ¡Y te queremos mucho, así que, algo habrás hecho para merecerlo!

Helen sonrió.

—Mi hermanita tiene razón. Me temo que vas a tener que acostumbrarte.

Peter no respondió, pero le dedicó una sonrisa que a Helen le

pareció la más bonita del mundo.

Durante horas, comieron, bebieron y persiguieron globos de papel entre los árboles. Lady Beth se había asegurado de invitar a varios niños del vecindario, para que tuvieran más diversión: estaban las primas pequeñas de los Carlton, los sobrinos de los Maynard y un par de nietos del reverendo, que parecían salidos de un cuento vikingo, tan rubios y brutos como recién llegados de feroces tierras a conquistar el país.

Oliver organizó una carrera de cucharas con huevos duros, y Lorna se cayó a la fuente mientras reía a carcajadas. Para sorpresa de todos, los vikingos acudieron al rescate y la sacaron con unos cuantos nenúfares sobre su recogido de trenzas. Lady Beth la riñó y la mandó a cambiarse, pero no le importó.

Al bajar, los vikingos seguían allí esperándola, uno con una copa de limonada y el otro con un merengue en un platillo.

—¡Ay! ¡No sé cuál me gusta más! —exclamaba entre susurros, teatral y trágica, para diversión de Helen y Annabelle.

El sol descendía cuando los criados empezaron a encender las pequeñas luces de las farolas de papel colgadas entre los robles, mecidas en esos momentos por una brisa suave y fresca. Su madre había insistido en que, si aumentaba el viento, no podrían usarse o que quizá habría que apagarlas para evitar accidentes, pero, por suerte, no sería necesario.

A Helen le encantaban y quería que Peter se sintiera impresionado en su primera fiesta de cumpleaños, y sin duda lo estaba consiguiendo. La atmósfera tenía algo mágico, como si todo el mundo esperase que esa noche sucediese algo especial.

Empezó la música. Un cuarteto de cuerda, instalado en el extremo de lo que se iba a convertir en la zona de baile, empezó a tocar una polca alegre y vivaz. Varias parejas, en su mayor parte de adultos,

aunque también había algunos niños, ya se agrupaban con risas y titubeos, animadas por el aire suave y las luces temblorosas entre los robles.

Helen vio cómo el conde de Deelright atravesaba el jardín en dirección a la señorita Hobbs. Avanzó con paso firme, sin desviar la mirada un solo instante. Se detuvo frente a la joven como si fuera la única persona en la fiesta —como si no hubiera luces, ni música, ni otros invitados—, e inclinó apenas la cabeza.

—¿Me concede este baile? —preguntó, tendiéndole la mano.

La señorita Hobbs parpadeó, pero no dio un paso atrás. Durante un instante pareció medir con la mirada no solo la propuesta, sino todo lo que podía esconderse detrás de ella. Luego, muy despacio, extendió su mano y permitió que el conde, evidentemente emocionado, tomase sus dedos con delicadeza.

—Puede que sí —murmuró—. Quién sabe, milord…

Él asintió, serio, como un hombre aceptando su destino, y la condujo a la zona de baile, donde la música los recibió como si llevara esperando ese momento toda la tarde. O incluso toda una vida. «Dieciséis años», pensó Helen, que sintió que estaba asistiendo a algo importante. Así debía ser siempre, cuando triunfaba el amor.

—Buen trabajo, agente Seraphina D'Arcy. —Helen se volvió de un brinco. Peter estaba tras ella, con una sonrisa, y se descubrió pensando que era la sonrisa que más temía y más deseaba del mundo—. Lo has conseguido.

—Ha sido… ha sido mérito de todos —replicó ella.

—Pero fuiste tú quien más se ha empeñado en la tarea.

—Eso es porque me gusta que triunfe el amor.

—Me alegra saberlo. —Peter le tendió la mano con la misma elegancia con la que el conde había solicitado el baile con la señorita

Hobbs—. Porque me has prometido un baile, lady Helen Bowler.

Helen tragó saliva.

—Lo he prometido, sí. —Vieron pasar a Oliver y Annabelle, bailando con gracia el vals. ¡Santo cielo! ¡Qué buena pareja hacían! A su lado iba a parecer un auténtico pato. Se le ocurrió una idea—. Pero no dije que tuviera que ser aquí.

Él se mostró confuso.

—¿Y dónde pretendes que sea?

—Ven conmigo. —Le tomó de la mano y él se dejó llevar. Se alejaron del centro de la fiesta, en dirección al invernadero, que estaba en penumbra.

—Helen, no podemos alejarnos tanto ni, mucho menos, meternos ahí —dijo Peter, tirando suavemente—. Tu padre…

—No se darán cuenta, verás —replicó ella sin volverse, decidida. La luz de los faroles no llegaba tan lejos, pero se adivinaba el contorno del invernadero entre los setos, como un lugar escondido dentro del propio jardín.

La puerta estaba cerrada, pero una de las ventanas altas se hallaba entornada, lo justo para que una joven testaruda creyese que aquello era una buena idea.

—No pensarás entrar por ahí —susurró Peter, sin mucha convicción.

—Claro que sí. ¿Por dónde si no?

Se apoyó en una jardinera baja, se subió con cierta torpeza y tanteó el marco. Se alzó a pulso, aunque con esfuerzo.

—¿Qué haces? —le preguntó Peter.

—Entrar —jadeó—. Luego podré abrirte la puerta desde dentro.

—Eres una loca. Si la cosa iba de hacer cabriolas, podría haber entrado yo.

—¿Qué dices? Con lo elegante que vas. Además, soy más ágil que

tú.

—¿Estás segura de eso?

—Por completo. Yo… —Intentó colarse con más ímpetu que técnica, alzando un pie para intentar pasarlo por el borde, pero el botín resbaló y estuvo a punto de caer. El sonido inconfundible de un desgarrón rompió el aire. Si no se estampó de golpe contra el suelo, fue porque Peter la sujetó al momento—. ¡Oh, no!

—¡Creo que te has roto la falda, Seraphina! —observó Peter, jadeando por el esfuerzo de soportar su peso. La sujetaba por la cintura, torpe, cuidadoso, como si tuviese miedo de rozarla más de la cuenta. Estaba claro que no sabía dónde poner las manos, y eso lo hacía todo mucho más ridículo.

Ella soltó una carcajada breve y nerviosa, con la tela aún enganchada a un hierro que sobresalía.

—Tranquilo —murmuró, conteniendo otra risa—. ¡Y para quieto de una vez!

—Es solo que… no quiero empujarte —replicó él, tenso—. Y… tampoco quiero… eh… tocarte más abajo…

En el trasero, claro. Una zona que estaría en esos momentos totalmente expuesta frente a su rostro. Helen notó cómo se ruborizaba. ¡Cielos, sí que era una cabeza loca! Mejor no pensarlo más.

Con un último impulso, ayudada por Peter, logró entrar, tanteó hasta tocar con el pie una maceta y se dejó caer con la esperanza de apoyarse en ella para mantener el equilibrio y bajar con más comodidad.

Por desgracia, la maceta se volcó, junto con las otras que tenía la mesa y ella cayó de bruces al suelo.

—¡Ay!

—¡Helen! —oyó gritar fuera, con angustia. Decidió no contestar

mientras trataba de contener la variedad dolores de las contusiones que acababa de hacerse—. ¿Helen? ¿Estás bien? ¡Helen! Dime algo o voy a buscar a tus padres.

—¡No! —se incorporó aturdida—. Estoy bien. Un segundo, ve a la puerta.

Se levantó con esfuerzo y, cojeando, alcanzó la puerta y la abrió.

Peter estaba al otro lado, con el susto aún dibujado en la cara. Tenía el cabello un poco revuelto, como siempre, la respiración trémula y una expresión entre desafiante y preocupada. Aún se le notaba el temblor en las manos.

—Estás loca —le dijo, y casi parecía enfadado.

—No me he hecho nada, de verdad… —replicó, retrocediendo un poco. Se miró en la penumbra: la falda desgarrada, la ropa manchada de tierra, un tobillo magullado, la muñeca mostraba un feo golpe…

Peter dio un paso hacia ella, que tuvo que obligarse a permanecer quieta, y cerró a su espalda.

Dentro, el invernadero olía a tierra húmeda, a flores nocturnas y a un leve perfume cítrico que parecía flotar entre las hojas. La luz de la luna se colaba por los cristales altos, pintando reflejos pálidos sobre las losetas del suelo. Peter y Helen seguían mirándose, mientras los segundos pasaban su alrededor, unos segundos que, al menos así lo sentía ella, eran insustituibles.

Los recordaría por siempre, por larga que fuera su vida.

El silencio era tan denso que el latido de sus corazones parecía resonar entre las orquídeas y los helechos dormidos.

—Lo siento —dijo ella en voz baja, como si tuviese miedo de despertarlos.

Peter bufó bajito y sonrió.

—No es verdad.

Ella sonrió en respuesta y batió las pestañas del modo en que había visto ensayar a Annabelle frente al espejo. Siempre le había parecido una tontería. Ahora, lo encontró natural. Quería gustarle. Quería que Peter se volviera loco por ella

—Y, ahora, ¿qué? —susurró Peter.

—Ahora bailamos. O eso creo —susurró—. Si todavía quieres.

—Aquí no se oye la música.

—Claro que sí. —Ella le apoyó la mano en el pecho, y vio que las pupilas de Peter titilaban—. Escucha bien. Y, por cierto, si te piso, no puedes gritar —le advirtió—. Estamos en misión secreta.

Peter se echó a reír. La cogió entre sus brazos y empezaron a girar, despacio, al ritmo de una música que ya no venía de la fiesta, sino de dentro de ellos, de un lugar muy profundo. Como si todo el invernadero esperase este momento desde hacía años.

Casi parecía un sueño. Pero no, no estaba soñando, estaba muy viva, lo sentía en la sangre; en el aroma de la vegetación que la rodeaba; en el tacto suave de la mano de Peter, y en su sonrisa melancólica.

Bailaron en silencio, felices, sin miedo ni reproches, solo risas y miradas que se cruzaban con timidez y promesas silenciosas. Peter tenía un aire arrebatador esa noche. No sabía si era por la luz de la luna en aquel sitio casi mágico o porque acababa de salvarla, pero a Helen le pareció más guapo que nunca.

Él llevaba el ritmo con delicadeza, sin empujarla ni apretarla y Helen se sintió absurdamente feliz entre sus brazos. Pero ninguno de los dos sabía bailar, y sus movimientos eran algo torpes, más tiernos que elegantes.

Y en una situación así, podía ocurrir cualquier cosa.

Por eso, de pronto, cuando en un giro él se inclinó hacia ella, como para decirle algo al oído, justo mientras Helen se volvía al

mismo tiempo, sus labios se rozaron. Fue solo un instante, un roce leve y tembloroso, pero que provocó una convulsión en cada milímetro del cuerpo de la muchacha. El estómago se le dio la vuelta, como si hubiese saltado desde una torre.

Peter se separó enseguida.

—¡Perdón! —la miró horrorizado—. Helen, perdón, no era mi intención.

Pero ella se había quedado helada. Su rostro pasó de la sorpresa al pánico en cuestión de segundos. Dio un paso atrás. Luego otro.

—¡No, no, no…!

—¿Qué ocurre?

Pero ¿cómo decírselo? ¿Cómo explicarle que había roto la tercera norma y ahora iban a tener un bebé! ¡Un bebé de los dos! ¡Se moriría de vergüenza!

Sin más, se dio la vuelta y salió corriendo del invernadero, dejando a Peter confundido en mitad de su penumbra.

Helen no tenía una dirección clara, o al menos eso pensaba ella. Solo corría, con el corazón en la garganta, la respiración entrecortada y una frase repitiéndose en su cabeza como una maldición: «¡Voy a tener un bebé! ¡Voy a tener un bebé!»

No supo cómo, de pronto estaba de la entrada de Terrace House. Entró, se estrelló contra un perchero que habían colocado a un lado ese día, para los invitados —y que terminó en el suelo, con todo lo colgado en él desparramado de mala manera, ante el escándalo de dos doncellas que acudieron al momento—, atravesó el vestíbulo, subió los escalones de tres en tres, sin mirar atrás, y finalmente empujó la puerta del desván con tanta fuerza que uno de los muchos marcos apoyados en la pared, retratos de antepasados y distintos paisajes, se desplomó con estrépito.

Se dejó caer sobre el viejo colchón de juegos, se cubrió la cabeza

con una manta raída y sollozó como si se le hubiera roto el alma.

Momentos después, la puerta volvió a abrirse.

—Helen… ¿estás aquí?

Era Annabelle. Detrás venía Lorna, jadeando.

—Te hemos visto pasar corriendo… ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lorna, alarmada, sentándose junto a ella—. ¿Por qué lloras?

—¡Oh! ¡Es terrible! —gritó Helen desde debajo de la manta—. ¡¡Espantoso!!

—Pero qué pasa —preguntó Annabelle, ya con los ojos llenos de lágrimas. No necesitaba saber lo que fuera, para llorar con ella, ni Lorna tampoco—. ¿Qué te ha ocurrido?

Helen asomó la cara, arrasada de lágrimas.

—¡Peter me ha besado! ¡En los labios!

—¿Qué? —Las otras dos la miraron horrorizadas. Lorna se llevó las manos a la cabeza—: ¡Pero si parecía muy tímido!

—Bueno, sí… ¡Fue sin querer! Pero el caso es que ocurrió. ¡Y ahora… ahora voy a tener un niño!

Hubo un silencio perplejo.

—¿Un… niño? —preguntó Lona.

—Claro —asintió Annabelle—. ¡La tercera norma!

—¡Un bebé! —gimió Helen—. ¡Estoy perdida

—Oh, Dios mío. —Lorna palideció—. ¡Papá y mamá te van a matar!

Annabelle se llevó las manos a la boca.

Y entonces las tres se echaron a llorar, descompuestas, abrazadas como si la vida ya no tuviera sentido para ellas.

Fue así como las encontraron la señorita Hobbs y lady Beth: hechas un ovillo, empapadas en lágrimas.

—¿Qué es todo este drama ahora? —dijo la señorita Hobbs, alzando una ceja.

—¡Helen ha roto la tercera norma! —dijo Annabelle, entre hipidos —. ¡Y ahora está encinta!

—¡Peor! —dijo Lorna llorando compungida—. ¡Helen espera un bebé!

Lady Beth se llevó la mano al corazón, como si estuviera preguntándose dónde estaba el ataque que debería estar sintiendo, y la señorita Hobbs abrió los ojos al máximo.

—¿Qué? —fue todo lo que pudo preguntar.

Helen se retorció en el colchón mientras hacía memoria sobre conversaciones que había escuchado, sobre mujeres que esperaban bebés.

—Tengo mareos. Me duele la cabeza. —Pensó en algo que le apetecería comer y no tardó en encontrarlo—. Y tengo antojo de pan con mantequilla y mermelada. ¡De melocotón, no de fresa! ¡Es evidente!

—Pero ¡Helen! —exclamó su madre, desencajada—. No puedes estar hablando en serio. Es que… es que no sé, no entiendo cómo sabes de lo que estás hablando.

—¡Hicimos unas normas, se lo oyó a las criadas! —explicó Lorna y se sonó ruidosamente la nariz.

—Calma, calma todo el mundo, por favor… ¡Basta de lágrimas! — La señorita Hobbs alzó las manos con las palmas extendidas y todas la miraron, dejando de llorar y lamentarse—. Bien, ahora, con calma, explicaos.

Las niñas lo hicieron, entre hipos y lloros. Cuando escucharon la historia completa, las dos adultas se miraron y no pudieron evitarlo: estallaron en carcajadas. Helen, Annabelle y Lorna no sabían si ofenderse o preocuparse aún más.

—Santo Cielo… —dijo lady Beth que, para asombro de las niñas, se dejó caer en el colchón—. No sé cómo no me he muerto del

susto.

—¡Pero, mamá! —protestó Lona.

—Deja a tu pobre madre, que acaba de salvarse de un infarto. —declaró la señorita Hobbs, limpiándose las lágrimas de los ojos—¿A quién se le ocurre? Lamento informarte de que no vas a tener ningún bebé, Helen. No de momento, al menos.

—¡¿No?! —preguntó Helen, con un puntito de decepción. Le gustaban los bebés. Le hubiera gustado tener uno propio, pero no así, ni tan pronto.

—Pero… ¡se han besado! —alegó Annabelle.

—Y la tercera norma lo dice claramente —añadió Lorna—: si le das un beso a alguien por el que has perdido la cabeza, tendrás un bebé.

—Y yo he perdido la cabeza por Peter —reconoció Helen, aunque no estaba muy segura de que fuera cierto, porque pensaba con claridad sobre todas aquellas cosas.

—Helen, cariño —dijo su madre al fin, conteniendo las lágrimas de risa—. Los besos no causan bebés.

—¿No? Pero… se lo oí a la señora Stewart: hay que tener mucho cuidado, porque, si pierdes la cabeza por un hombre, tras los besos llegan los bebés.

—Oh, santo cielo, pobrecillas. La señora Stewart se refería a que si te enamoras y te dejas llevar, pues… una cosa conduce a la otra. Pero no solo por los besos.

—¿No? —repitió Helen.

—No. Para que ocurra eso, se necesita… algo bastante más complejo que un beso en el jardín. —Lady Beth suspiró y le dio un pañuelo limpio—. Aunque sospecho que ha llegado el momento de que tengamos tú y yo esa charla.

El silencio ahora fue distinto. De comprensión lenta, confusa y

sonrojada.

—¿Quieres decir que… la norma no es cierta? —dijo Lorna, con voz temblorosa.

—La norma —respondió la señorita Hobbs, con una sonrisa amable— es preciosa. Y poética. Pero no científica.

A Lorna nada de eso le sirvió. Se volvió hacia su hermana y la miró enfadada.

—¡Menudo susto nos has dado! ¡Y ni siquiera nos vas a traer un bebé con el que jugar!

—Bueno, tranquilas. Todo tiene una explicación. —Lady Beth se incorporó y se sentó con ellas, para revelarles una de las verdades más grandes de la vida, mientras la señorita Hobbs acercaba más la mecedora y, sentada en ella, procedía a repartir las galletas que les había llevado en los bolsillos—. Creo que hay llegado el momento de contároslo.

Durante los siguientes minutos, hubo preguntas, suspiros, momentos de incomodidad y una o dos galletas más. Lady Beth y la señorita Hobbs explicaron lo esencial de las relaciones íntimas con la delicadeza que requería la situación. Y las niñas quedaron más tranquilas —al menos, no había un bebé en camino—, más decepcionadas —¡no había un bebé en camino!— y más espantadas —¡¿de verdad se hacían así los bebés?!—, según cada caso.

Un rato después, con las mejillas aún coloradas y los ojos brillantes, Helen bajó de nuevo al jardín. Ya era totalmente de noche, pero hacía un calor muy agradable y la música seguía flotando en el aire como si nada hubiera pasado.

Peter estaba solo junto a la fuente, observando cómo las luces de los farolillos se reflejaban en el agua. Era como un estanque mágico.

Helen se acercó y, sin decir nada, le cogió de la mano. Él se volvió hacia ella.

—¿Ya no estás enfadada?

—No —dijo ella—. Nunca lo he estado.

Peter apretó los labios, contrito.

—Fue sin querer. Te iba a decir al oído que estabas preciosa y que me acordaría por siempre de esta noche. Gracias por esta fiesta, por este maravilloso regalo de cumpleaños. Gracias por intentar hacer feliz a mi padre, que nunca lo ha sido. Y gracias por estar ahí, para mí.

—No hay de qué.

Y entonces, muy despacio, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Peter enrojeció.

—Estás loca —murmuró, riendo.

—Sí —dijo ella—. Y cuando sea mayor me voy a casar contigo.

Él se quedó mirándola, sin decir nada. Luego sonrió, con esa dulzura tímida que le salía solo con ella.

—Lo sé —le respondió.

Mientras volvían juntos a la pista de baile, para unirse al vals en el que bailaban todos —los padres de Helen, Annabelle y Oliver, Lorna y sus dos vikingos dando saltos…—, pasaron junto a ellos el conde y la señorita Hobbs, bailando entre risas, mirándose como si el resto del mundo se hubiera desvanecido.

Y Helen pensó, con una certeza clara, tranquila y luminosa: «Ellos también se van a casar».

Capítulo 18

Sombreros prestados, identidades robadas y un moño en peligro

Lo habían intentado durante días por las buenas.

Incluso mientras la señorita Hobbs y sus padres —como representantes del círculo filantrópico local— se preparaban para ir al Congreso, donde la primera iba a dar su ponencia, habían probado distintos argumentos:

—¿Y nosotras por qué no podemos ir? —preguntó Helen, muy digna, con las manos cruzadas en el regazo.

—Porque tenéis trece años, Helen —respondió la señorita Hobbs por enésima vez, terminando de colocarse el sombrero y ajustándose los guantes—. Y porque no es una charla pública, ya os lo he dicho. Es solo para miembros del Congreso. Dudo mucho que el comité organizador acepte la inscripción de tres jovencitas como vosotras.

—¿Ni llevando un tocado elegante? —insistió Lorna.

—Ni tocados ni trucos. Os quedaréis en casa.

Eso no les sentó bien. No por rebeldía, sino por justicia.

—¡Llevamos semanas estudiando historia de la lucha por el sufragio! —protestó Annabelle poco después, sentadas las tres en el desván—. ¡Hicimos hasta un mural sobre Mary Wollstonecraft!

—Y los carteles de «educación para todas» —añadió Helen, dramática.

—Y el lema bordado con canutillo dorado —añadió Lorna.

—No es justo —concluyeron las tres, con solemnidad.

Y así, como nacen las grandes aventuras, se decidieron a llevar a cabo la idea descabellada.

En realidad, ya lo tenían todo preparado, aunque habían tenido la esperanza de no tener que recurrir a ello, más que nada porque, si las pillaban, iban a estar castigadas hasta los cuarenta y cinco años, o eso dijo Helen, para curarse en salud, cuando advirtió a las otras del peligro. Pero querían ir, así que no hubo otro remedio.

Primero, habían conseguido el pase que guardaba la señorita Hobbs en su habitación e hicieron una copia.

Usaron para ello la vieja máquina de escribir del despacho del padre de Helen, una Remington algo caprichosa que había que golpear con fuerza si querías que salieran las letras con claridad. Lorna se ocupó de teclear, con la lengua entre los dientes y la espalda muy recta, como si estuviera tocando a Beethoven. Cada vez que cometía un error, empezaban de nuevo.

Las hicieron a nombre de lady Seraphina D'Arcy, señorita Morwenna Blythe y *mademoiselle La Chatte Fantôme*, aunque las otras insistieron en que las iban a descubrir por culpa de Lorna y ese nombre tonto de espía.

—Eso no es verdad —insistió ella—. Es un nombre muy bonito y nadie se dará cuenta de nada.

Al final, la dejaron por imposible y siguieron la tarea, contando con la buena suerte de que el portero no supiera francés.

Annabelle, con su talento para el arte, fue la encargada de hacer la parte más artística de la falsificación: imitó la firma de una tal E. F. Naughton, *Secretary General* con una pluma de punta fina y un gesto decidido, copiado de la original que habían conseguido. Reprodujo el sello circular a mano, sombreándolo con lápiz, y luego repasándolo con tinta morada y una pizca de polvo de tocador violáceo que Helen había tomado prestado del estuche de Juliet. El resultado era tan convincente que, durante unos segundos, hasta Lorna se creyó que eran miembros del Congreso. Y, en opinión de las tres, quedó incluso mejor que la original, mucho más bonito.

—Mejor que las auténticas, ya te lo digo —asintió Helen, mientras las tres contemplaban el resultado como si fuera una obra de arte.

—¡Con estas no pueden negarnos el paso! —afirmó Lorna, entusiasmada.

Lorna quería que le dibujase también un gato, pero tras mucho discutir tuvo que conformarse con tenerlo en la parte de atrás, justo al lado del número de registro, como si fuese parte del grabado original. Helen lo llamó *el gato subversivo*, y a Annabelle le dio un ataque de risa que casi les estropeó el papel con una mancha de tinta.

—¿Y si el número de pase ya está asignado a alguien? —preguntó esta última en un momento de duda.

—Entonces diremos que somos ella, y punto —resolvió Helen con una lógica aplastante que convenció por completo a las otras dos.

Después, recortaron los bordes con unas tijeras especiales que Helen había tomado prestadas del costurero de su madre, para darles ese acabado de tarjeta oficial. Finalmente, Annabelle les pasó un poco de vapor con la tetera del desván, para que el papel se combase apenas, como si hubiese viajado mucho tiempo en un sobre o estado guardado entre papeles importantes.

—Ahora solo falta vestirse como adultas respetables —anunció Annabelle, muy seria—. Y no parecer en ningún momento que tenemos trece años.

—Trece años y medio —corrigió Helen. Miró a su hermana pequeña—. Al menos, algunas.

—No importa —replicó Lorna, que tenía dos novios vikingos y sentía que había dado un gran estirón, aunque no había crecido de forma evidente en esas semanas—. ¡Voy a parecer la más mayor!

Entre los muchos vestidos de época que tenían en el desván, eligieron los que más les gustaron, y recogieron los largos con alfileres, como pudieron. Luego, ajustaron los cuerpos con chales o cinturones. Se colocaron todos los abalorios que pudieron encontrar y que les parecieron bonitos: largos collares de cuentas de mil vueltas y un broche con forma de búho que todas querían, pero que acabó quedándose Helen, porque su personaje era una lady.

—Señorita Morwenna Blythe… —dijo Helen, que llevaba un velo violeta y una actitud altiva, haciendo una reverencia a Annabelle.

—¡Oh, mi querida lady Seraphina D'Arcy! —exclamó Annabelle, con vestido verde y envuelta en un chal de encaje.

—Y yo… ¡Saludadme también a mí! —protestó Lorna, que iba de negro con un monóculo de utilería—. Soy *mademoiselle La Chatte Fantôme*.

Las otras dos la miraron enfadadas.

—¡Como nos detengan por tu culpa, verás!

—No me van a detener. —Dio una vuelta sobre sí misma, haciendo ondular los tres chales que había decidido llevar superpuestos, porque le gustaban todos—. ¡Es francés! Suena elegante.

—Suena a nombre de espía —bufó Annabelle.

—Precisamente —respondió Lorna—. Es perfecto.

Se escaparon de la casa al amanecer, ayudadas por Oliver y Peter,

que pensaban que era una locura sin mayor sentido, pero aun así les prestaron dinero para un coche de alquiler, un mapa de Londres, por si tenían que buscar refugio y un paraguas por si llovía o si había que pelear.

Ninguno de ellos dos podía ir ese día: Oliver tenía que trabajar, como siempre, y Peter iba a acompañar a su padre a realizar algunas gestiones para su boda con la señorita Hobbs. Alegar que no podía ir, hubiera levantado sospechas.

Helen, Annabelle y Lorna solo vieron un coche de alquiler, y su conductor, un hombre suspicaz y malvado, se empeñó en preguntar quiénes eran. Además, les dio a elegir: o las llevaba con sus padres o las llevaba de inmediato al puesto de policía más cercano.

De modo que las elegantes lady Seraphina D'Arcy, la señorita Morwenna Blythe y *mademoiselle La Chatte Fantôme*, tuvieron que salir corriendo, cada cual en una dirección, para desalentarle de intentar seguirlas. Lorna se tropezó con las largas faldas y se cayó, se llenó de barro, se le rompió el monóculo y se le deshizo el moño. Se echó a llorar y tuvieron que consolarla, pero al menos lograron esquivar a aquel conductor tan desalmado.

Luego tuvieron más suerte y vieron pasar un carro que transportaba flores al mercado. Lo llevaba la señora Mildred, que resultó ser muy amable —se admiró de lo elegantes que iban y dijo a Lorna que parecía mucho más joven que sus veintiocho años, le hubiese imaginado como veinte— y se ofreció a llevarlas en cuanto oyó sus intenciones.

Menos mal que la buena mujer sabía lo del Congreso. Llegaron a las inmediaciones del Westminster Town Hall —accedió a dejarlas «cerca del edificio con muchas banderas»— y se despidió con una gran sonrisa.

—Luchad por todas nosotras, pequeñas —les dijo, divertida, y

ellas la despidieron agitando las manitas, agradecidísimas.

Nerviosas, llenas de barro y de determinación, con los sombreros torcidos y el moño de Lorna convertido en un amasijo que se caía de continuo, se dirigieron a la entrada del Westminster Town Hall.

Fue emocionante. Ya en los alrededores, había mujeres por todas partes, feministas, seguro. Las niñas las observaron con curiosidad. Algunas llevaban pancartas, otras, cuadernos. Todas hablaban, mirando de frente y con el brillo de la libertad en las miradas. Y las miraban, a ellas. Algunas, parecían divertidas.

—Quizá también piensen que somos feministas —sugirió Annabelle.

—No sé… Arréglate bien el moño —le susurró Helen a Lorna—. Creo que eres tú la que estás llamando la atención.

—No es verdad —replicó la niña, aunque sí que se esforzaba por hacer algo con el peinado—. O igual sí, porque soy la más feminista de todas.

—Espera. —Annabelle lo sujetó con una cinta del sombrero—. Así. Pero no muevas mucho la cabeza.

Al dirigirse a la entrada, el portero las miró de arriba abajo.

—¿Puedo saber… eh… quiénes son, señoritas?

—Somos una delegación espontánea —dijo Helen—. Del extranjero.

—Yo tenía monóculo —le informó Lorna—. Pero se me ha roto.

El hombre hizo un ruido raro. Cualquiera diría que ahogaba la risa.

—¿De qué país vienen tan elegantes?

—Luxemburgo —dijo Lorna, sin pestañear. Había leído la palabreja en un libro y no había dejado de repetirla durante días.

El portero arqueó una ceja.

—¿Edades?

—Eso nunca se le pregunta a una dama, caballero —le increpó

lady Seraphina, indignada.

—Cuarenta y cinco, veintiocho y treinta y seis —replicó Annabelle —. Pero no le diremos quién tiene qué, somos damas.

Helen le entregó los pases.

—Aquí tiene, buen hombre. Mire qué bonitos.

El portero parpadeó, estudiándolos.

—Ah, preciosos, sin duda. Veamos… Lady Seraphina D'Arcy, la señorita Morwenna Blythe y *mademoiselle La Chatte Fantôme*. —Miró a Lorna—. La de veintiocho supongo.

—No —replicó ella—. Yo soy la de treinta y seis. Pero no los aparento, ya me lo han dicho muchas veces.

—Estoy seguro de ello. —Hizo una señal a un compañero—. Dick, por favor, ocúpate de la puerta. Tengo que llevar a estas señoras a su palco.

—Por supuesto.

Ellas entraron eufóricas. ¡Lo habían conseguido! Muy tiesas, con sus vestidos recogidos, sus sombreros prestados y sus collares de cuentas, siguieron al portero hasta una sala.

No era un palco. Era una salita con solo unas cuantas sillas.

—Lo lamento, señoritas —les dijo, antes de salir y cerrar la puerta —. Un momento.

Y ciertamente solo fue un momento, pero para cuando entró una señora muy seria y les pidió que contaran la verdad, ya estaban sollozando asustadas, pensando que iban a secuestrarlas o a meterlas en prisión. Lo confesaron todo: que eran niñas y que, desde luego, nunca habían estado en Luxemburgo.

La mujer parecía muy enfadada, sobre todo por los pases falsificados, que describió como «pintorescos», pero se ablandó un poco cuando ellas explicaron que habían querido ir porque eran feministas y que no querían perderse el congreso por culpa de su

edad.

Aparecieron los marqueses y la señorita Hobbs, avisados con urgencia. Al principio serios. Luego, entre confundidos y divertidos.

—¿Nos vais a castigar? —preguntó Helen, con lágrimas en los ojos y el sombrero torcido.

—No —dijo lady Beth—. Pero solo si juráis que nunca más haréis algo semejante.

—Ni iréis a ningún lado disfrazadas de espías francófonas —añadió su padre, conteniendo la risa. Torció el gesto cuando lady Beth le frunció el ceño—. Pues eso, que no vuelva a repetirse.

La señorita Hobbs se marchó para debatir con las organizadoras lo ocurrido. Finalmente, una señora escocesa con voz muy grave dijo:

—Que pasen. Que escuchen. Al fin y al cabo, son el futuro.

Y así, desde la última fila, con la ropa arrugada, las mejillas ruborizadas de entusiasmo y los ojos como lunas llenas, las niñas asistieron a su primera conferencia feminista.

Horas después, Helen, Lorna y Annabelle volvían en el coche familiar, las dos primeras apiñadas entre los marqueses y la última muy formal junto a la señorita Hobbs, que seguía insistiendo —con el tono más dulce posible— en que «podrían haberse metido en problemas muy serios».

—Falsificar la entrada hubiese podido ser uno de ellos —les dijo, frunciendo el ceño—. Pero simplemente el salir solas por ahí… Habéis corrido un peligro terrible.

Helen y Annabelle intercambiaron una mirada y suspiraron. Lorna, ni se enteró de la regañina. Iba dormida, con el pelo suelto y sujetando con fuerza en la mano una insignia bordada con las palabras «Sufragio femenino» que le había regalado la amable lady Aberconway.

—Creo que quiero ir a la universidad —dijo Helen, de pronto.

Sintió, más que ver, cómo sus padres se miraron. Sonreían—. Han dicho que se podía, ¿no? Que ya hay chicas en Cambridge y en Oxford.

—Pero ten en cuenta que, en la mayor parte de las materias, no pueden obtener el título aún —dijo la señorita Hobbs apesadumbrada—. Solo asisten a las clases.

—Eso no es justo —dijo Helen con firmeza.

—Sin duda —convino su institutriz—. Por eso luchamos.

Silencio. Luego, Lorna soltó un ronquido breve y se acomodó mejor sobre el hombro de su hermana.

—Quiero poder decidir —susurró Helen—. Si quiero casarme, o no. Si quiero escribir un libro. Si quiero tener un despacho lleno de libros, como el del abuelo, y decir cosas brillantes sin que nadie me llame «mandona» o diga que soy poco femenina.

—Quiero tener derecho a equivocarme —añadió Annabelle, bajito —. Y a casarme con quien quiera.

¿Estaría pensando en Oliver? Seguramente. La igualdad y el amor eran los únicos temas que les importaban de verdad ese verano.

Al fondo de la calle, las campanas del Parlamento empezaron a tocar, y fue como si alguien dijera: «Seguid, seguid adelante, aunque todavía no os escuchen. Porque tenéis que haceros oír».

Epílogo

Lo que bien termina, bien acaba, y además es un comienzo

Esa noche, cuando acababan de sentarse para la cena, apareció en el comedor la tía Gormlaith.

No había vuelto a reunirse con ellos, para ninguna comida, desde el día del plato de estofado volador. Y la familia no había vuelto a subir a comer con ella, nunca. Era como si desde aquel momento, tras la discusión mantenida entre ella y los marqueses, vivieran vidas separadas.

Pero esa noche volvió. Y estaba furiosa.

—¡Ya me he enterado, Walter! —increpó a su sobrino nieto—. Tus hijas y esa amiga suya, montando un escándalo en el Westminster Town Hall, disfrazadas de francesas y empeñadas en escuchar esas tonterías feministas. ¡Qué vergüenza! ¿Dónde iremos a parar?

—Tía Gormlaith… —empezó el padre de Helen, que se había levantado, cortés, al ver entrar a la anciana—. Eso no…

—No más excusas. Voy a reclamar la promesa que me hicisteis y espero que os deis cuenta de que actúo por su propio bien: o se

controla ese carácter rebelde desde el principio, o se convertirá en una feminista. O, peor, en una mujer trabajadora chillando que quiere votar. —Dio un golpe con el bastón en el suelo—. ¡Inadmisible! Así que, ya está decidido. He escrito a la directora del Cheltenham, para avisarles de que Helen empezará allí lo antes posible. No dejaría ni pasar el verano. En cuanto a Lorna, estoy decidiendo el lugar. —Dio otro golpe con el bastón y luego señaló con él a la señorita Hobbs, que la miraba con expresión pétrea—. Ah, y quiero que despidáis de inmediato a esa institutriz irreverente…

Lady Beth se puso en pie.

—Mi hija no va a ir a ninguna parte. Ninguna de ellas.

La tía Gormlaith apenas se dignó mirarla. Se centró en el marqués.

—¿Walter?

—No le pregunte a él, tía Gormlaith —siguió lady Beth—. Ya se lo estoy diciendo yo. Mi hija no va a ir a ningún lado.

—Eres una descarada. ¿Cómo te atreves a hablarme así? No me extraña que tu hija haya salido tan rebelde. Walter nunca debió casarse contigo.

—Ya. Ya sé que lo piensa. Sé que lo ha pensado siempre y no voy a permitir que se vengue de mí utilizando a mis hijas.

La Gorgona del Tartán entrecerró los ojos con rabia.

—Esos dos monstruos no merecen la fortuna Bowler. No la tendrán.

—Pues no la tendrán.

—¡Ja! Si no fuera por Walter, todas las mujeres de esa mesa seríais institutrices.

—Yo no —dijo Annabelle con un sobresalto. Nadie la hizo caso.

—Y, por supuesto, a usted le parece un destino terrible —replicó

lady Beth—. Pero ya ve, a mí me lo parece más el suyo. Una anciana sola, muy rica, sí, pero a la que toda su fortuna no le sirve de nada. Porque nadie la quiere.

—Beth, por favor —intervino el marqués, apesadumbrado.

—¿Qué? Es cierto, Walter. Está ahí, enquistada en sus dependencias, disfrutando del poder que ejerce sobre nosotros. Estoy harta.

—Preparen el equipaje, señora Rowling —le dijo al ama de llaves —. Y bájenlo cuanto antes al vestíbulo.

—Bien. —La anciana sonrió satisfecha y lanzó una mirada de soslayo, llena de suficiencia, a lady Beth—. Sabía que tú entrarías en razón.

—No, tía Gormlaith —la corrigió el marqués—. Me refiero a que preparen el suyo. Está claro que desea abandonar esta casa.

La tía Gormlaith pareció desconcertada.

—¿Qué? ¡No! Lo que quiero es que metáis de una vez en cintura a Helen. Y luego a Lorna. Esos pequeños monstruos que engendrasteis sin permiso, porque no me hiciste caso a la hora de escoger un buen matrimonio.

—Ya. Pero las cosas no van a ser así, tía Gormlaith. No voy a consentir que siga insultando a mi esposa y mis hijas. Helen y Lorna tienen… bueno, mucha personalidad. Que deberemos trabajar estrechamente, dado lo fuertes que son. Pero ¿sabe? Me alegro de ello. Se quedarán en casa, con nosotros. Y seremos una familia feliz, pese a sus malos augurios y a su enfado.

La anciana apretó los labios con fuerza.

—Te lo advierto, Walter Bowler: sigue por ese peligroso camino y no te dejaré ni un penique

—Quizá. Pero no se preocupe, porque ya no me importa —replicó él—. Gracias a Dios he solucionado el futuro de mis hijas. El otro día

hablé con la reina, durante el concierto, y ha sido tan amable de prometer que, si llegara a pasarme algo, ella se ocupará de las dos. Van a ser sus pupilas, aunque no de un modo directo, sino a través de una de sus amigas más queridas, que se ocupará de su bienestar. Ya no me preocupa pensar que puedan llegar a quedarse sin nada en la vida. De modo que, usted, tía Gormlaith, puede irse cuando lo desee.

La tía Gormlaith se balanceó ligeramente. Helen parpadeó. Nunca le había parecido más anciana.

—Yo… no quiero irme.

El marqués asintió.

—Lo imaginaba. Por poco que haya compartido nuestra vida, sé que no desea estar sola, ni yo quiero que lo esté, nada más lejos de mi voluntad. Pero esta es mi casa, y la de mi esposa. Si ella se siente incómoda con usted, no tendré más remedio que dejar en sus manos este asunto.

—Por supuesto, puede quedarse todo el tiempo que quiera —le dijo lady Beth con tono amable—. Sé que Walter es toda la familia que le queda, y que le quiere: no seré yo quien se interponga en su relación o quien la aleje de aquí. Pero dejará de intentar sus absurdas venganzas sobre mí y, por supuesto, sobre mis hijas. Nos dejará en paz o tendré que pedirle que se vaya. —La tía Gormlaith hizo una mueca. Lady Beth señaló la mesa, y en concreto una de las sillas vacías—. Puede empezar, si quiere, sentándose a cenar con nosotros. Nos encantaría tenerla aquí.

La tía Gormlaith suspiró y empezó a caminar hacia uno de los sitios libres.

—¿La institutriz en la mesa? —masculló. No podía evitarlo—. Debe ser cosa de los nuevos tiempos.

—Será mejor que me retire, puedo cenar en m… —empezó la

señorita Hobbs poniéndose en pie para irse.

—No, Juliet, por favor, vuelve a sentarte —le dijo lady Beth, y luego se dirigió a la anciana—. Es una cena familiar y la señorita Hobbs las comparte con nosotros porque, al margen de todo, es mi amiga. —La tía Gormlaith bufó—. Y ya no es nuestra institutriz, por cierto. Es la prometida del conde de Deelright. Está con nosotros mientras organiza la boda.

La anciana volvió a bufar. Dos veces.

—Veo que las amigas supieron cómo medrar.

—Si no va a decir nada amable… —empezó Walter. Lady Beth sonrió.

—No pasa nada, Walter. Tu tía está comprobando cuáles son los límites. Pero estamos en familia, bien podemos ser comprensivos también con ella, aunque solo sea por esta noche. Señor Cartwright por favor, que sirvan la cena. Pruebe la ensalada de berenjena, tía Gormlaith. Creo que hoy está deliciosa.

Helen se encontró con la mirada directa de la anciana y, por primera vez, no sintió miedo ni enfado, sino lástima. Por mucho que luchase, la Gorgona del Tartán ya no podría seguir imponiendo su voluntad y eso hacía que se sintiese perdida y asustada.

No se merecía sus simpatías, pero le daba pena.

También debía dársela a Annabelle, porque le preguntó de pronto, mientras le servían la sopa:

—Por lo que sé, el tartán siempre significa algo. ¿El suyo, qué quiere decir, lady Gormlaith?

La Gorgona del Tartán miró a Annabelle como si se sorprendiera de que hubiese sido capaz de hablar.

—Son los colores. En el tartán cada color tiene un significado —admitió—: En el caso del clan MacEòin, el negro simboliza el duelo y la fortaleza, el verde oscuro la conexión con la tierra y las montañas

escocesas, mientras que las líneas rojas representan la sangre derramada por los antepasados en defensa del clan. —Pasó una mano con delicadeza por el tejido—. Nunca los olvido, nunca. Llevo esta banda no solo como señal de pertenencia, sino también como una declaración de identidad y orgullo, incluso en la austeridad del luto.

—¿Podría hacerme yo mi propio tartán? —preguntó Lorna. Lady Gormlaith arqueó una ceja.

—Por supuesto que no. Tú tienes el tuyo que es este mismo, el del clan MacEòin. —Decir aquello en voz alta la hizo recapacitar al respecto. Miró al marqués. Luego, agitó la cabeza y se centró en su sopa.

—Cuéntenos algo de cuando era niña, tía Gormlaith —le pidió de pronto Helen.

Ella pareció sorprendida.

—Hace mucho de eso. No me acuerdo.

—Seguro que sí. ¿Le gustaba correr tras las mariposas? ¿Subirse a los árboles?

Durante unos momentos, la anciana siguió impasible. Luego, se percibió un leve movimiento de las comisuras de su boca, como si dudara entre bufar o sonreír.

—Me escapaba para ir al arroyo —dijo al fin—. Había uno, en la casa de verano de mi abuela, la madre de mi madre. Me quitaba los zapatos y hundía los pies en el agua. La institutriz creía que estaba estudiando francés.

—¿Y no lo estaba? —preguntó Helen.

—Claro que no. Era espantoso. Me daba dolor de cabeza.

—¿Y cazaba renacuajos? —preguntó Lorna con interés.

—Con la mano. Pero me daban pena y los soltaba antes de volver. Una vez me caí al agua. Volví chorreando. Tuve una pulmonía y mi

madre no volvió a dejarme ir nunca más. Me dio mucha pena.

Helen le sonrió.

—Dentro de unos días vamos a ir al *cottage*.

—¡Sí! —exclamó Lorna con entusiasmo—. ¡Ya no estamos castigadas!

—¿Por qué no viene? —le ofreció Helen—. Allí hay gansos. Lorna puede enseñarla a pescar, y yo a coger cangrejos. Es muy divertido.

Tía Gormlaith la miró un momento largo, como si viera algo que no esperaba.

—Supongo que aún podría encontrar el camino.

—¿Al arroyo de su infancia?

—A lo que me hacía feliz —dijo ella, y al decirlo, su voz sonó como si, por primera vez en años, se hablara a sí misma.

Una sensación agradable recorrió la mesa. Helen miró a su padre y vio que él la observaba, con aire agradecido. Y se sonrieron.

Nota de la autora

Queridísima lectora, espero que hayas disfrutado tanto como yo con las locuras de mis tres jóvenes protagonistas o, mejor dicho, de su camino hacia la madurez. Porque seguro que coincidimos en que Helen —maravillosa, osada, creativa, temeraria y tantas otras cosas más— tenía que hacerse mayor y aprender que todo acto tiene sus consecuencias y debemos responsabilizarnos de ellas.

¡Pero qué pena me da que se hagan mayores! Me he divertido muchísimo con ellas. En mi memoria siempre permanecerán como la delegación espontánea de Luxemburgo en el Congreso Internacional de la Mujer o como el grupo que, en aquel maravilloso rincón del desván, hablaba entre aplausos de esas tres normas del amor que no dejaban de ser una expresión de su inocencia feliz, algo de lo que deberían poder disfrutar todos los niños del mundo.

Cuando mi editora me propuso la idea de escribir una «novela blanca» pensada para jovencitas, me ilusionó mucho el proyecto. Es cierto que, sobre todo en estos géneros, hay un limbo entre lo que se lee de niña y lo que se debe leer ya siendo una mujer. Como no estoy especializada en esos tramos de edad, he intentado hacer algo que le hubiese gustado a la niña que fui una vez, aquella que disfrutaba enormemente leyendo Las aventuras de los Cinco o Torres

de Mallory. Cruzo dedos para que sea algo con lo que puedan disfrutar las jovencitas de hoy en día.

Es obvio que el juego que desarrollan los niños de mi historia —con *Le Spectre*, su mundo de espías franceses y su aventura *steampunk* con Napoleón, que creo que sería un gran argumento para alguna novela del género—, es lo que hoy se conoce como «juego de rol», a los que siempre he sido muy aficionada.

Lo reconozco: para mí, el fin de semana perfecto a mis veinte años, era estar de viernes a domingo noche jugando a rol sin descanso. ¡Qué felicidad! Llamadme rara, pero no me interesaban ni discotecas ni viajes físicos a ninguna parte, ni nada, solo jugar a rol con mis amigos, imaginar grandes aventuras juntos en cualquier parte del mundo —o de otros mundos— y salvar el universo una y otra vez. No me ruboriza decir que fui una gran Máster de Rol —la persona que crea la aventura—, cuyas historias todos querían jugar. Entonces era joven, y podía pasarme mucho tiempo sin dormir, jaja.

Alguna vez he pensado organizar alguna partida de romance histórico vía discord, no estaría mal la cosa. ¿Te gustaría ser una joven recién llegada a la escuela de Minstrel Valley? ¿Una florista en Piccadilly? ¿La protagonista de alguna de mis historias? De ser así anímate a ponerte en contacto conmigo, a ver si formamos grupito y montamos algo divertido. Me encantaría.

Y si piensas que te gustaría leer las historias futuras de lady Helen y lord Peter, y lady Annabelle y —quizá— el joven explorador Oliver Cartwright, o incluso la de lady Lorna y sus dos vikingos —¿cuál de ellos le robará el corazón y más de un beso?—, solo tienes que decírmelo a través de las redes.

Qué más quisiera yo que poder escribirlas, pero para eso se necesita el apoyo de las lectoras, tu apoyo. Lamentablemente, la situación del mundo literario está muy complicada, y yo, como

cualquier trabajador, necesito centrarme en lo que pueda hacerme llegar a fin de mes. Son las lectoras, a través de la muestra de su interés, las que indican qué rumbo puede y debe tomar una escritora, qué obras ocuparán su tiempo.

Por eso, si te ha gustado esta historia, por favor, coméntala por ahí, recomiéndala y, también, ponte en contacto —un simple comentario en cualquier red me sirve— para pedir esas continuaciones. Para que otras lectoras vean que han gustado y eso despierte su interés. Para que yo pueda dedicarle mi tiempo.

Esta novela, como todas, tiene mil detalles de documentación que me han traído de cabeza. Espero haber acertado en todos, no será nunca por no intentar documentarme. A veces, simplemente, interpretas mal algún dato —sobre todo cuando investigas en otros idiomas, aunque cada vez lo facilitan más los navegadores— y cometes un error. Que sepas que a nadie le da más rabia que a mí. Tengo novelas por ahí con detallitos que ya sé que tengo que cambiar en un futuro, quizá en las versiones papel. En cuanto tenga una oportunidad.

No sé francés ni latín —bueno de latín saqué notable de media en el colegio, pero fue hace ya mucho tiempo—, de modo que monté las frases como lo hago siempre: gracias a los recursos de internet. He tratado de que tengan los errores propios de haber sido construidas por niñas que no saben mucho del tema, y espero no haber metido yo la pata en nada. De ser así, me disculpo. Se hace lo que se puede.

En esta novela ha tenido por fin lugar el Congreso Internacional de la Mujer. Quizá alguna lectora piense que hago mucho inciso en el tema del feminismo, pero es que creo que es algo muy importante. En mi entorno, que es el de ese primer mundo privilegiado, sufrimos de discriminación, pero, por suerte vamos avanzando con buen

rumbo. Sin embargo, en cuanto te asomas a la ventana del planeta, te das cuenta de todo lo que queda todavía por recorrer. No lo olvides, querida lectora, lo que tu hagas repercutirá en las mujeres del futuro

Por mi parte cualquier ayuda que pueda ofrecer a mis hermanas del mundo, la daré feliz.

Como siempre, si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de las redes (estoy prácticamente en todas, solo tienes que meter mi nombre en un buscador) o por medio de mi correo electrónico, bethanybells@yolandadiazdetuesta.es

Siempre estaré encantada de saber de ti. Un abrazo enorme.

Si te ha gustado

Las tres normas del amor según lady Helen

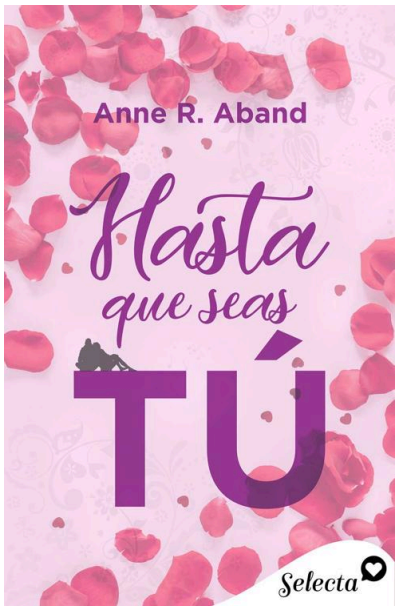
puedes disfrutar de estas






Julianne May
Solo por un BESO
Selecta


Alma Vera
Un regalo para Laia
Selecta

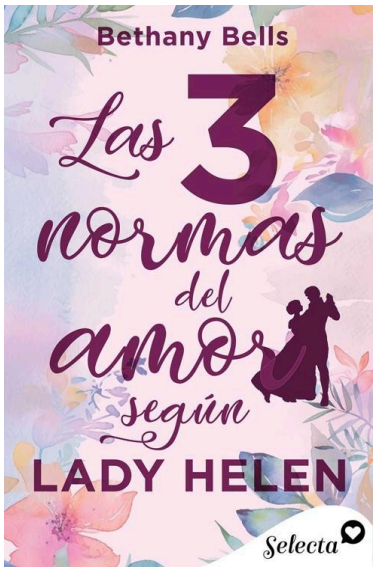

Anne R. Aband
Hasta que seas TÚ
Selecta


Alexandra Black
Un vals en INVIERNO
Selecta


Ana F. Malory
Toda una vida
Selecta


Una boda en invierno
MARÍA HEREDIA
Selecta

¿Acaso hay en la vida algo más maravilloso, y más inolvidable, que el primer amor?



Las jóvenes hijas del marqués de Terrace son unos pequeños diablillos. Helen y Lorna, junto con su amiga Annabelle —que está con ellas casi todo el tiempo porque sus padres viajan mucho—, viven divirtiéndose y atormentando a sus institutrices, a los criados en general y suspirando por el nuevo vecino de enfrente, el guapísimo pero muy tímido **lord Peter Swann**, que tiene un perro precioso llamado Sócrates.

Conquistar a lord Peter: ese era el reto que se habían propuesto para entretener aquel inicio de verano en el que el sol brillaba con

fuerza y la vida era maravillosa. Pero, para su sorpresa, sus padres —muy enfadados con las tres por el modo en que asustaron a la última institutriz— han decidido no esperar al otoño para contratar una nueva.

Así, aunque no tiene una buena entrada en las vidas de las tres jovencitas, **la honorable señorita Juliet Hobbs** —hermosa, alegre, instruida, sufragista y alguien nada dispuesto a dejarse amedrentar—, llega a Terrace House para mostrarles que, pese a ser mujeres, criaturas de las que solo se espera que hagan el mejor matrimonio posible, pueden llegar a ser lo que deseen, y hacer lo que quieran con sus vidas, si luchan lo bastante por ello.

Pero, aunque la señorita Hobbs siempre parece feliz y muy segura de sí misma, **lady Helen y sus amigas no tardarán en descubrir que, incluso alguien como ella, carga en su equipaje con el peso de un doloroso pasado.**

Bethany Bells es el seudónimo utilizado en romance por la escritora bilbaína YOLANDA DÍAZ DE TUESTA, autora de más de treinta novelas, entre las que destacan *Grados de pasión* (Ediciones B), *Lady Jolie y su arrogante vizconde* (Vergara), *Trazos secretos* (Ediciones B), *El mal causado, En aguas extrañas, La noche abierta,* las series de regencia agrupadas bajo el título *El mundo del Támesis*, las victorianas *The Rosegarden Family Tree, Historias de Little Lake* y otras, además de ideóloga de las series *Minstrel Valley* y *Salón Selecto*, todas ellas con SELECTA / Penguin Random House).



Edición en formato digital: junio de 2025

© 2025, Bethany Bells
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-82-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las tres normas del amor según lady Helen
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bethany Bells

Créditos